

Mario Spezzibottiani

---

# Espiritualidad y Ética para la Vida Política y Social

---



Ediciones Schola

2001

Título original de la versión italiana:

SCUOLA DI SPIRITUALITÀ PER POLITICI

*Espiritualidad y Ética  
para la Vida Política y Social*

D.R. © 1999 Mario Spezzibottiani

D.R. © 2001. Servicios de Apoyo a la Cultura e Innovación, S.A.  
Ediciones Schola. Insurgentes Norte 1579  
Col. Tepeyac Insurgentes. C.P. 07020 D.F.  
Tels./Fax: 5781-5940 y 5781-9346  
Página web: [www.ediciones-schola.net](http://www.ediciones-schola.net)

ISBN: **968-7931-22-1**

Primera edición, noviembre de 2001

Diseño y formación: Ediciones Schola/Raymundo Revilla Reyero

Reservados todos los derechos.

Impreso en México / Printed in Mexico.

# Índice

<i>Presentación</i>	7
<i>Introducción</i>	9
<b>Capítulo 1</b>	
SED SANTOS PORQUE YO SOY SANTO <i>La santidad a través del compromiso socio-político</i>	17
<b>Capítulo 2</b>	
QUIEN GOBIERNA SEA COMO AQUEL QUE SIRVE <i>Hacer política al servicio de Dios y de los hombres</i>	31
<b>Capítulo 3</b>	
VI SALIR UNA BESTIA DEL MAR <i>Las tentaciones del poder</i>	47
<b>Capítulo 4</b>	
SE HIZO SILENCIO EN EL CIELO DURANTE CERCA DE MEDIA HORA <i>Ponerse a la escucha de la palabra de Dios</i>	63
<b>Capítulo 5</b>	
DAME LA SABIDURÍA <i>La oración del cristiano comprometido en política</i>	75

## Presentación

### Capítulo 6

¡ESTAD ATENTOS, VELAD!

*La vigilancia en la acción  
socio-política*

87

### Capítulo 7

TODOS HAN PERDIDO,

TODOS SON CORRUPTOS

*La hora de la nueva responsabilidad*

99

### Capítulo 8

YO HAGO NUEVAS TODAS LAS COSAS

*Para un renovado compromiso  
social y político*

115

Tiene entre sus manos quizá uno de los libros más desafiantes para los hombres y las mujeres que se dedican a la vida política y social, ya que se afirma hoy que la Espiritualidad y la Ética son indispensables para la vida política. Es una afirmación que no resulta evidente en el mundo actual, además, es afirmar que la política por sí sola ha sido incapaz de resolver los grandes males que hoy nos acosan.

Efectivamente, cuanto más éxito tienen nuestros esfuerzos políticos, peores son los problemas de la humanidad; piense sólo por un momento en la enorme pobreza, racismo y desigualdad que han generado las estructuras políticas en los últimos treinta años.

¿Y entonces qué? ¿Cuál es el próximo paso?

Mario Sepzzibottiani nos propone en este extraordinario ensayo, que ha sido escrito con el corazón y con la mente, —y así también debe ser leído: con la mente y el corazón—, vivencias para meditar e interrogantes que cuestionan el ser y el quehacer de quienes se dedican a la vida de servicio público y a la “caridad política”, desde la óptica de la Ética y la Espiritualidad.

Aunque escribe desde Italia, habla de tentaciones que no tienen fronteras espaciales ni temporales: el político que usa el nombre de Dios en provecho propio; el que vota o actúa según “instrucciones” o “conveniencia de grupo” y no por conciencia; la persona que nunca se separa de un puesto público; aquella que, por “popularidad”, deja de luchar por causas “perdidas” pero nobles; el que por soberbia cree tener las soluciones para todo sin escuchar al pueblo; y el que se avergüenza de hablar y actuar conforme a los valores que profesa.

## Introducción

Las preguntas y las propuestas de respuesta de Don Mario no son fáciles. Nos muestra que el ejercer la “caridad política” es una actividad exigente y que nos interpela para no caer en el estereotipo del hombre público con las manos sucias, con el corazón de piedra y la mente maquiavélica; es necesario orar, orar, orar, escuchar, meditar, confrontarse con otros, purificar las intenciones.

Hoy los libros más vendidos son los de “superación personal”. Este libro es tan práctico o más que los que ofrecen *consejos*, pero tiene dos importantes diferencias: la filosofía profunda como sustento para el caminar práctico y la superación como servicio a la sociedad.

Una diferencia más lo distingue de la literatura actual: está impregnado de confianza y esperanza. Aunque el panorama actual de la vida pública es desolador y aunque en esta oscura noche ningún centinela nos puede responder cuándo vendrá la aurora (Cfr. Is. 21, 11-12), sabemos que el Señor ha vencido la batalla y “a nosotros toca solamente lograr que esta victoria de Cristo ejerza su influjo y manifieste toda su potencia salvadora dentro de nosotros y alrededor de nosotros, en nuestra sociedad”.<sup>1</sup>

Me complace, en presentar este interesantísimo volumen de meditaciones para políticos, iniciando con una anotación de crónica de actualidad, es decir, mostrando un tema de coyuntura. La referencia es al momento histórico que estamos atravesando, un momento ciertamente difícil y delicado, pero también de gran influencia. Parece a los expertos en el ámbito social y político, que la preocupación prevaleciente —o hasta exclusiva— es la de las problemáticas de partidos y alianzas y aquellas relacionadas con cambios institucionales y constitucionales. Nadie puede negar la gran importancia de estas problemáticas. Deseamos, sin embargo, afirmar con fuerza que éstas no pueden considerarse las únicas, ni pueden tener como pretexto el que agotasen todos los compromisos y todas las energías de la vida política.

Es un momento histórico, el que estamos atravesando, en el cual la gente común, en particular los católicos, parece asaltada por una notable falta de rumbo y por no poca confusión. Al mismo tiempo, tanto entre los creyentes como entre los mismos «escépticos», se reinician debates y se profundizan reflexiones sobre el papel de los católicos en la vida del país y, en particular, sobre las modalidades actuales de su presencia.

De todo esto se ha interesado la Tercera Reunión Eclesial que se desarrolló en Palermo del 20 al 24 de noviembre de 1995, como puede verse tanto en las Relaciones fundamentales, en los trabajos de su segundo grupo de trabajo (dedicado precisamente al compromiso social y político), en el discurso del Santo Padre y en la intervención de clausura del cardenal Camillo Ruini, Presidente de la CEI. Presento aquí unas rápidas pinceladas de su síntesis.

---

<sup>1</sup> Spezzibottiani, Mario “Espiritualidad y Ética para la vida política y social”, “Yo hago nuevas todas las cosas”. Ediciones Schola, México, 2001.

Se señaló, ante todo, que «los católicos no son una 'realidad aparte' del país» y que, además, «ellos pretenden renovar su servicio a la sociedad y al Estado, a la luz de su tradición cultural y civil, de la Doctrina Social de la Iglesia y de los numerosos testimonios de caridad política, algunos de los cuales han llegado hasta el martirio». Y, como perspectiva general, se afirmó que «en el compromiso social y político los laicos pueden encontrar lo específico de su vocación eclesial al servicio del Reino de Dios en el mundo».

Y finalmente, aunque no de menor importancia, se ha subrayado fuertemente que «este compromiso exige una profunda formación en las motivaciones espirituales, en los criterios éticos y en las competencias científicas». Y se ha reafirmado claramente la urgencia de la formación y de la espiritualidad que, conjuntamente con la comunión y la misión, han constituido los cuatro criterios de la pastoral de la Iglesia para la «nueva evangelización» y, al mismo tiempo los cuatro objetivos de fondo de toda la Reunión de Palermo.

#### LA URGENCIA DE LA OBRA DE FORMACIÓN

En la óptica recién recordada, se debe afirmar que, si hoy es necesario regresar a la política, esto puede y debe realizarse por parte de los cristianos, precisamente partiendo de una articulada y completa obra formativa, que exige directamente la responsabilidad de la comunidad cristiana: ésta es «Madre y Maestra», y lo es para los cristianos en toda condición de su vida y en todo ámbito de actividad.

Se trata de ayudar a los hermanos en la fe que desean comprometerse o que ya se han comprometido directamente en lo social y en lo político a no caer en el peligro, siempre posible, de una reducción de tensión moral y espiritual, lo que lleva a deformar o a perder el «estilo cristiano» de hacer política.

Se trata de ofrecerles ayuda y estímulo para una profundización de la Doctrina Social de la Iglesia, para una participación en los momentos caracterizantes de la vida eclesial, para tener contacto y diálogo con la gente común y con sus problemas reales, para un discernimiento tanto comunitario como personal, para identificar qué cosa se le pide aquí y ahora en la realización

del bien común, para realizar un encuentro y una colaboración con todos, para vivir según un auténtico estilo de servicio, para aceptar la disponibilidad para saber retirarse en el momento justo y también para generar nuevas y apasionadas «vocaciones» al compromiso.

Como se ve, reproponemos lo que ya ha escrito Juan Pablo II en la exhortación *Christifideles laici*. «Los fieles laicos deben testimoniar aquellos valores humanos y evangélicos que están íntimamente conectados con la actividad política misma, como la libertad y la justicia, la solidaridad, la dedicación fiel y desinteresada al bien de todos, la sencillez de vida, el amor preferencial por los pobres y los últimos. Esto exige que los fieles laicos estén cada vez más animados por una real participación en la vida de la Iglesia e iluminados por su doctrina social. En esto podrán ser acompañados y ayudados por la cercanía de las comunidades cristianas y de sus pastores» (n. 42).

Está claro que la formación de los laicos comprometidos en lo social y en lo político estaría trunca si no comprendiese también una específica y precisa formación espiritual. Es necesario, por lo tanto, formular y continuamente sostener una verdadera y madura espiritualidad del compromiso político, entendida como actitud —adquirida a través de un esfuerzo personal de ascesis y de constante oración, mediante una sabia dirección espiritual y una continua profundización cultural— para ser capaces de acciones concretas en la encarnación de la llamada personal de Dios en el mundo y en la historia, y en vivir todo esto como «sacrificio espiritual agradable a Dios». En una palabra, es necesario sostener a los laicos, que se dirigen a hacer política, a vivir ese compromiso como camino de santidad.

#### EL CAMINO DE SANTIDAD EN EL COMPROMISO POLÍTICO

Diversos son los motivos que exigen este tipo de formación. Ya Juan XXIII, en su encíclica *Pacem in terris*, subrayaba la importancia y la urgencia de una formación global que comprendiera también las dimensiones espiritual y religiosa. Decía, que para vivir una correcta y adecuada participación en la vida política es necesario ser «cien-

tíficamente competentes, técnicamente capaces, profesionalmente expertos». Al mismo tiempo, recordaba que «la competencia científica, la capacidad técnica, la experiencia profesional, si bien son necesarias, no son, sin embargo, suficientes», sobre todo porque también en muchos que se consideran cristianos se encuentra una fractura entre la creencia religiosa y la acción en el orden temporal: una fractura que, en gran parte, es el resultado de un defecto de sólida formación cristiana. De aquí, proseguía el Papa, la necesidad de que «en ellos se recomponga la unidad interior, y en sus actividades temporales esté presente la Fe como faro que ilumina y la Caridad como fuerza que vivifica» y asimismo que «la educación sea integral e ininterrumpida; es decir, que en ellos el culto de los valores religiosos y la afinación de la conciencia moral proceda simultáneamente con la continua y siempre más rica asimilación de elementos científico-técnicos» (n. 51).

Una congruente formación espiritual se presenta urgente y sin posibilidad de postergación como manera para superar una dificultad y una situación errónea: se trata, es decir, de una precisa emergencia histórica. La situación italiana y europea actual pone más en evidencia la necesidad de esta formación espiritual. Ésta, requiere en los cristianos «un algo más» de conciencia moral y de inspiración evangélica, para que la nueva convivencia que se va proyectando y construyendo no haga caer en nuevas formas de no-reconocimiento y de negación de los valores del espíritu.

La legítima petición de «renovación», aunque a veces pedida a «gritos», cae en el vacío si no se tiene el valor de descender a las raíces: sólo la renovación moral y espiritual puede sostener y estimular eficazmente la renovación económica, social y política (cfr. *Veritatis splendor*, n. 98). En Palermo, el Papa ha declarado luminosamente que: «No hay renovación social, que no parta de la contemplación».

En segundo lugar, el crecimiento de la vida espiritual debe verse como la condición necesaria para poder servir verdaderamente al país actuando para la realización del bien común, que sabemos es el fin y la razón misma de ser de la política. Es esta una afirmación explícita que los obispos italianos han hecho en 1981 en un lúcido y estimulante documento, en el cual iluminaban la

necesidad, es más, la urgencia de volver a dar primacía a la vida espiritual. Precisamente en este contexto, no dudaban en escribir que «si no hemos hecho bastante en el mundo no es porque seamos cristianos, sino porque no lo somos suficientemente» (*La Iglesia italiana y las perspectivas del País*, n. 13). De ello deriva entonces que sólo si nos comprometemos a vivir en una comunión madura con el Señor Jesús —y esto sucede con una constante referencia a la Palabra de Dios leída en el álveo de la viva Tradición de la Iglesia y a la luz de su Magisterio, e interrogada conjuntamente con la propia experiencia cristiana y humana, con la oración convencida y fiel, con la participación creyente en los Sacramentos y en un exigente itinerario de ascesis interior— es posible recibir en don la sabiduría de Dios. Un don fundamental para todos, pero que reviste una importancia singular para cuantos están comprometidos en lo social y en lo político: precisamente la sabiduría de Dios, que nos acompaña en nuestra fatiga (cfr. Sabiduría 9, 10), nos asiste y nos permite conocer aquello que es agradable a Dios, a su proyecto para el hombre y el mundo, y, guiándonos con valerosa prudencia en nuestras acciones, nos hace capaces de elegir aquello que es coherente con el bien común.

Se trata, en fin, de recordar que, para el cristiano, la acción social o política debe ser vista a la luz de la caridad, es requerida por la caridad y es ella misma un modo complejo y arduo de vivir la caridad. Es lo que escriben los obispos italianos en su nota pastoral Evangelizar lo social (22 noviembre 1992): «Para el cristiano, la acción social y política debe ser expresión de una vida según el Espíritu, un modo, es decir, de vivir la caridad, que es la vida de Dios incrustada en su corazón por medio del Espíritu Santo. En este sentido, también el compromiso social y político se nos presenta como un específico camino de perfección en la caridad, es decir, de santificación» (n. 65).

Es por ello lógico y es un deber hablar de líneas de espiritualidad y de formación espiritual sobre este tema, en la renovada conciencia de que aquello que está en juego es la posibilidad de «vivir según el Espíritu» y de «crecer en la santidad» a través del ejercicio de la caridad en sus típicas dimensiones sociales y políticas.

Con el término «devoción», que indica exactamente la perfección de la caridad y por tanto la santidad, san Francisco de Sales afirmaba: «es un error, es más, una herejía, querer excluir el ejercicio de la devoción del ambiente militar, del taller de los artesanos, de la corte de los príncipes, de las casas de los esposos (*Introducción a la vida devota*, I, III). En términos más precisos está el señalamiento de Giorgio La Pira: «No se diga aquella frecuente frase poco seria: la política es una cosa sucia. No, el compromiso político —es decir el compromiso dirigido a la construcción cristianamente inspirada de la sociedad— es un compromiso de humanidad y de santidad».

#### UN PRECIOSO APOYO

El presente volumen, que estoy contento de presentar, se coloca en las perspectivas arriba señaladas. No es y no quiere ser una reflexión completa y articulada sobre cuestiones socio-políticas o sobre los diversos capítulos de los que trata la Doctrina Social de la Iglesia. Se trata de una reflexión meditativa sobre el aspecto de la formación a una seria espiritualidad para cuantos operan en el ámbito socio-político. Para madurar en esta espiritualidad el volumen se presenta como un precioso apoyo.

No ha sido escrito simplemente en un escritorio, porque nace de una experiencia de ya casi un decenio de encuentros espirituales para los cristianos comprometidos en el campo social y político, desarrollados por don Mario Spezzibottiani en la diócesis de Milán, y no pocas veces también en otras partes de Italia. El autor reconoce, con admiración y gratitud, que su experiencia ha sido alentada y madurada en seguimiento al trabajo iniciado por el entonces obispo auxiliar de Milán, Mons. Attilio Nicora, actualmente obispo de Verona: a él, como a estimado y amado maestro, el autor expresamente se refiere, de manera explícita o implícita.

Los capítulos del volumen —por el lenguaje usado y por alguna inevitable cita de contenidos específicos en diversos contextos— traicionan el estilo de las conversaciones y de las meditaciones propuestas en varios momentos y en varios ámbitos; pero se asegura la armonía y la integridad temática de cada capítulo y la vivacidad

del conjunto. Por otra parte, la diversidad ocasional de las intervenciones no disminuye la lógica ordenada y unitaria que subyace a los varios capítulos en su sucesión. Es una lógica que emerge de los mismos títulos de los capítulos.

El autor, de hecho, después de haber iniciado con la consideración de la universal llamada a la santidad, que involucra también a las personas comprometidas en el ámbito social y político (*Sed santos como yo soy santo*), identifica la característica específica del camino de santidad de estas personas en el servicio a Dios y a los hombres, que debe distinguir la actividad política, así calificada propiamente como «caridad» (*Quien gobierna sea como aquel que sirve*). Siempre tratando el asunto en esta perspectiva fundamental, se resaltan las tentaciones que inciden el ejercicio del poder (*Vi salir una bestia del mar*). Se presentan luego dos condiciones esenciales para poder vivir el compromiso social y político como camino de santidad -la escucha de la Palabra de Dios (*Se hizo silencio en el cielo por cerca de media hora*) y la oración (*Dame la sabiduría*) y la actitud espiritual de vigilancia (*Estad atentos, vigilad*). En los últimos dos capítulos, el autor recuerda algunas exigencias y urgencias típicas del actual momento histórico, subrayando que la que estamos viviendo debe considerarse como una hora de una nueva responsabilidad (*Todos han perdido, todos son corruptos*), que requiere actitudes nuevas en vivir el compromiso (*Yo hago nuevas todas las cosas*).

Estoy seguro que el esfuerzo del autor, tejido de riqueza teológico-espiritual y vibrante de gran pasión pastoral, logrará ser muy útil a muchos, no sólo para vivir personalmente en modo más auténtico su compromiso, sino también incluso para ofrecer una contribución calificada a la edificación de esa nueva sociedad en Italia a la cual todos aspiramos.

En este volumen se pueden encontrar elementos precisos y concretos para responder a aquella «gran interrogante» dirigida a la Iglesia, de la cual ha hablado el Santo Padre en la Reunión de Palermo: «Del dolor profundo que el pueblo italiano está atravesando parece subir hacia la Iglesia una gran exigencia: aquella de que ella sepa ante todo hablar de Cristo, la única palabra que salva;



aquella actitud también de no huir de la Cruz, de no dejarse abatir por los aparentes fracasos del propio servicio pastoral; la de no abdicar nunca en la defensa del hombre. Los hijos de la Iglesia podrán, por lo tanto, contribuir a reavivar la conciencia moral de la nación, haciéndose unidad y testimonio de esperanza para la sociedad italiana».

Dionigi TETTAMANZI  
*Arzobispo de Génova*

## CAPÍTULO 1

### SED SANTOS PORQUE YO SOY SANTO

#### La santidad a través del compromiso socio-político

Queremos determinar el tema de la llamada universal a la santidad. Es este un tema de capital importancia, a la luz de la cual se podrá reflexionar más específicamente sobre el tema de la santidad para aquellos que están comprometidos en lo social y en lo político.

#### LA SANTIDAD: PRERROGATIVA DE DIOS, DON Y LLAMADA PARA EL HOMBRE

Al inicio vale la pena quizá recordar que, cuando hablamos de «santidad» (sea que el vocablo sea todavía utilizado, o que haya perdido un poco de relevancia en nuestro tiempo), hablamos de una realidad que no es «del hombre», que no se atribuye inmediatamente al hombre, sino más bien que concierne directamente a Dios. La santidad es característica y prerrogativa de Dios.

Dios es santo. La santidad nos habla del «todo otro», el abismalmente superior, el que es absoluto, el que es siempre y completamente inatacable por toda mancha. La santidad es de Dios: ¡Dios es santo! La revelación bíblica continuamente hace explícita esta verdad, sobre todo en el Antiguo Testamento.

Sin embargo, es también cierto que en la revelación cristiana la santidad de Dios no es simplemente expresable con la dimensión del «todo otro». La santidad de Dios no es la santidad de un ser lejano, lejano: de hecho Dios se revela, se manifiesta, es más, comunica esta santidad suya. La santidad es suya; pero Dios no la guarda celosamente para sí, la manifiesta, quiere comunicarla y, comunicándola, crea un pueblo santo. Él realiza esta comunicación de su santidad interviniendo en la historia, convirtiéndose en

protagonista de la historia, creador en esta historia, con este pueblo a quien en esta historia se le da la existencia. Dios, por lo tanto, realiza la comunicación de su santidad interviniendo en la historia y entrando en comunión con el hombre. En este entrar en comunión con el hombre y con el pueblo —en otras palabras en esta «alianza»— que hace que el pueblo y el hombre específico dentro del pueblo, participen (sin embargo, siempre en modo tenue, siempre de manera inadecuada) de la santidad de Dios.

Desde este punto de vista se puede y se debe señalar que la santidad es algo a lo cual el hombre es llamado, pero conjuntamente es algo que al hombre se le da. El hombre es llamado a convertirse en santo viviendo esta comunión con Dios, pero, simultáneamente, y diría antes de ser llamado a ser santo, el hombre es hecho santo. La santidad le es dada, Dios realiza con el hombre esta comunión; al hombre se le pide sólo manifestar, explicitar y vivir esta comunión que originalmente, sin embargo, se le ha ya comunicado. Es toda la rica doctrina de Pablo en la carta a los Romanos sobre el tema de la «justificación». El hombre no es capaz de hacer lo justo, ni siquiera observando la ley de Dios; el hombre es justificado, por gracia de Dios.

Todo esto debe tenerse presente para mostrar correctamente el tema de la llamada universal a la santidad. La santidad es de Dios; Dios la comunica al hombre y el hombre, entonces, es llamado a vivir y a realizar la santidad.

#### INVITACIÓN A LA SANTIDAD EN LA REVELACIÓN BÍBLICA

A la luz de estas consideraciones, pasamos ahora a reflexionar sobre algunas explícitas y claras invitaciones a la santidad, que encontramos en la revelación bíblica.

Ya en el libro del Levítico encontramos una frase que continuamente regresa en algunas páginas de ese libro: «Santificaos, por lo tanto, y sed santos porque Yo soy Santo» (Levítico 11,44-45).

En el Nuevo Testamento encontramos esta llamada clara a la santidad durante el discurso de la montaña: «Sed, por lo tanto perfectos como es perfecto el Padre celestial» (Mateo 5,48). En el Evan-

gelio de Lucas encontramos traducida esta invitación con otro adjetivo, con otra calificación de la perfección y de la santidad de Dios, que el hombre es llamado a revivir y a imitar: «Sed misericordiosos como es misericordioso el Padre vuestro» (Lucas 6,36), ¡porque la santidad de Dios se manifiesta precisamente en la misericordia! La misericordia señala, una vez más, el amor intenso e inconmensurable de Dios para con el hombre: precisamente porque lo ama, Dios lo hace existir, lo hace santo, lo llama a ser plenamente partícipe de su gloria, le perdona si ha pecado. Como sea que se exprese, la invitación es clara: es la invitación a la santidad, a ser perfectos y misericordiosos como perfecto y misericordioso es el Padre.

También el apóstol Pablo en la Carta a los Efesios (5, 1) nos sugiere este camino de la santificación en respuesta a la justificación de Dios: «Sed imitadores de Dios como hijos queridísimos. En estas pocas palabras se puede notar la continua «interrelación» y la continua dialéctica entre la acción de Dios y la acción del hombre. «Sed imitadores de Dios»: la imitación es típica y ciertamente obra del hombre. «Como hijos»: el ser hijos queridísimos no es algo que el hombre ha producido, es algo que Dios ha hecho. Se podría, quizá, comentar este breve texto de Pablo diciendo así: se es hijo queridísimo, precisamente porque se ha sido hecho hijo queridísimo de Dios, precisamente para esto se es llamado imitar a Dios; porque se ha sido hecho santo, por esto es necesario ser santo. No olvidemos, entre otras cosas, que en las primeras comunidades cristianas los cristianos son llamados santos, se es santo por el Bautismo: ¡este es el don de Dios!. Toda la existencia que sigue al Bautismo debe manifestar y realizar en plenitud en el hoy de cada día esta santidad de Dios, ya comunicada por medio del don.

#### LA LLAMADA UNIVERSAL A LA SANTIDAD

Y bien; estas motivaciones— «sed santos porque yo soy santo»; «sed perfectos y misericordiosos como perfecto y misericordioso es el Padre»; «sed imitadores de Dios como hijos queridísimos»— son dirigidas a todos los cristianos, no sólo a algunos; así que en verdad se puede decir que todos son llamados a la santidad.

«La santidad —decía Mons. Montini el primero de noviembre de 1957 en la Catedral de Milán— no es la vocación exclusiva y excepcional de algunas grandes almas, que como santas llamamos y veneramos; y que nos aparecen en el fulgor de particulares dones divinos o en el heroísmo de difíciles virtudes. Esta es santidad singular, privilegiada y ejemplar, que la Iglesia examina, canoniza y propone al culto y a la imitación de los fieles. Pero todos los fieles tienen, precisamente en cuanto tales, una vocación a la santidad: una santidad que consiste al menos en el estado de gracia y en el cumplimiento completo y con voluntad de los deberes cristianos; una santidad común y posible. Un cristiano tibio y mediocre, un cristiano débil y tímido, un cristiano que vive a periodos intermitentes en gracia de Dios y en pecado grave, no realiza el concepto auténtico de cristiano, no es un verdadero cristiano. Y concluía: «La innumerable cantidad de Santos nos habla precisamente de esta universal vocación a la santidad, y nos pide a nosotros considerar esta vocación como nuestra, como posible, como un deber.

Todos, sin excluir a nadie, somos llamados a la santidad; y la santidad no es nada menos que ser perfectos como el Padre, ser imitadores de Dios, ser santos como Dios es santo. Yo creo que si todos nosotros los cristianos estuviéramos convencidos existencialmente de esto y que si estas afirmaciones de principio se convirtieran en «connaturales» a nosotros, al menos se nos haría ciertamente más alegre ser cristianos, al menos resultaría bastante evidente que ser cristianos no es algo mortificante, como si fuésemos «pobres», pero es esto lo más exaltante que puede existir, porque ser cristianos significa ser llamados «simplemente» a ser, por gracia suya, como Dios.

Que esta universal vocación a la santidad sea algo que debe entrar a ser parte de nuestra vida, lo ha confirmado claramente el Concilio Vaticano II en el capítulo V de la Constitución sobre la Iglesia, totalmente dedicada a la universal vocación a la santidad. Dice el Concilio: «Nuestro señor Jesucristo predicó la santidad de vida, de la que Él es Maestro y Modelo, a todos y cada uno de sus discípulos, de cualquier condición que fuesen. «Sed, pues, vosotros

perfectos como vuestro Padre Celestial es perfecto». Envió a todos el Espíritu Santo, que los moviera interiormente, para que amaran a Dios con todo el corazón, con toda el alma con toda la mente y con todas las fuerzas, y para que se amen unos a otros como Cristo nos amó».<sup>1</sup>

De ello, entre otras, emerge una característica típica de la revelación cristiana: toda invitación que se nos dirige, toda tarea y todo deber que se nos confía no son nunca algo dejado a un esfuerzo simplemente, que en ocasiones parece imposible y siempre fatigoso, para el hombre. Toda invitación que Dios dirige al hombre, toda tarea que Dios deja al hombre es, en cambio, hecho posible por una fuerza mucho más grande y mucho más fuerte, que en el hombre mismo está inserta. Tal fuerza es el Espíritu de Dios, es el Espíritu Santo. Y precisamente el Espíritu Santo que, desde el interior —como ley interior, como deber ser del cristiano— mueve al hombre a vivir y a realizar la santidad, que se identifica fundamentalmente con el amar a Dios y amar al prójimo, como Cristo nos ha amado.

#### LA SANTIDAD COMO PERFECCIÓN DE LA CARIDAD

Concluye luego el Concilio: «Fluye de ahí la clara consecuencia que todos los fieles de cualquier estado o condición, son llamados a la plenitud de la vida cristiana y a la perfección de la caridad»

De estas últimas palabras, como de aquellas anteriormente citadas, emerge claramente el contenido esencial de la santidad, a la cual somos llamados.

Decíamos al inicio que la santidad, a la cual somos llamados, es participación de la misma santidad que es prerrogativa de Dios. ¿Pero, quién es Dios? Al menos, así como nos lo ha revelado la primera carta de Juan: «Dios es caridad, Dios es amor» (1 Juan 4, 8). Entonces, convertirnos en santos como Dios es santo significa convertirnos en seres capaces de amar como ama Dios. Por esto se puede afirmar tranquilamente que el contenido esencial de la santidad, a la cual todo cristiano es llamado, es la perfección de la caridad. En esta óptica, la santidad puede ser entendida en dos sentidos: o como una vida que se expresa en la caridad que es perfec-

ción, o en un sentido más progresivo y gradual, como una vida expresada en la caridad que progresiva y gradualmente se perfecciona. Por una parte, vivir en la caridad es ya sinónimo de perfección, porque la caridad es vínculo de perfección (cfr. *Colosenses* 3, 14). Pero, junto con ello, convertirnos en santos y vivir la plenitud de la vida cristiana significa madurar y crecer progresivamente en la capacidad de amar hasta la medida extrema, que es Jesús, quien, precisamente porque ama, se da libremente en la muerte de cruz.

El contenido esencial de la santidad se identifica, por lo tanto, con la perfección de la caridad. Nos lo dice el Concilio y nos lo sugiere también el evangelista Mateo. De hecho, si ponemos atención en su Evangelio, en el lugar en el cual pone la invitación a ser perfectos como es perfecto el Padre que está en los cielos, nos damos cuenta que esta invitación viene inmediatamente después y concluye el texto del Sermón de la montaña, en el cual Jesús ha tratado el tema del amor (Mateo 5,43-48): «Habéis escuchado que se dijo: amarás a tu prójimo y odiarás a tu enemigo; pero yo os digo: amad a vuestros enemigos y orad por vuestros perseguidores, para que seáis hijos de vuestro Padre celestial, que hace salir su sol sobre los malvados y sobre los buenos, y hace llover sobre los justos y sobre los injustos. De hecho, si amáis a aquellos que os aman, ¿qué mérito tendréis? ¿No hacen así también los publicanos? Y si dais el saludo a vuestros hermanos, ¿qué cosa hacéis de extraordinario? ¿No hacen así también los paganos?. Como para decir que el cristiano, como hijo del Padre celestial, es aquel que sabe amar de esta manera; sabe amar también al enemigo y orar por él, su perseguidor. La perfección consiste precisamente en esto, en la capacidad de amar y de amar así. A la luz de esta revelación bíblica, santo Tomás de Aquino podía afirmar que la perfección de la vida cristiana se logra esencialmente en la caridad.

Cuanto hemos dicho vale para todos. Vale para todos en todo su significado: la santidad consiste, por lo tanto, para todos y para cada uno, en la perfección de la caridad, en el amor de Dios y del prójimo. Y vale para todos en su universalidad: vale para todo cristiano, sin distinción alguna; así que desde este punto de vista no hay diferencia entre los cristianos.

A este propósito me encanta recordar una página escrita por Giuseppe Lazzati en 1962, en su pequeño volumen *La madurez del laicado*. Así se expresaba: «La perfección de la vida cristiana que se logra en la caridad es verdadera para todos, cualquiera que sea el estado de vida en el cual uno se encuentre: para el sacerdote, para el religioso, para el laico. Y para todos, como se decía al inicio, la perfección de la caridad es precepto divino, por lo tanto estaría fuera de la genuina mentalidad cristiana quien pensase que a la perfección, y, por lo tanto, a la perfección de la caridad, son llamados aquellos que tienen particular vocación y no aquellos que permanecen en la condición común de simples fieles. La diferencia será dada por aspectos accidentales [...]. Y si, como se ha recordado, para todos es el precepto divino de la caridad que Jesús mismo expresó al maestro de la ley que lo interrogó para tentarlo, diciendo: «Amarás al Señor tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu mente. Este es el más grande y el primer mandamiento. El segundo es igual: amarás a tu prójimo como a ti mismo». Los dos no forman en realidad sino el precepto completo divino de la caridad que es compendio de toda la ley, como lo llamó san Pablo (*Romanos* 13, 10) y vínculo de perfección (*Colosenses* 3, 14. En esto sería equivocado pensar que el amor de Dios pueda separarse del amor del prójimo, o que el primero tenga que ver con los sacerdotes y los religiosos en tanto que a los laicos conviene el segundo. La revelación y la enseñanza de la Iglesia claramente muestran la inseparabilidad de los dos aspectos del único precepto de caridad por lo que a ninguno, en cualquiera que sea el estado en que se encuentre de vida, le es posible amar verdaderamente a Dios sin amar concreta y eficazmente a los hermanos, ni amar a los hermanos —sin límites como exige la caridad— sin amar a Dios y como reflejo del amor de Dios».<sup>2</sup>

Con las afirmaciones de este gran testigo de vida cristiana de nuestros tiempos, que me he permitido citar por completo, se nos dice una vez más que —si por un lado, la llamada a la santidad es de todos y para todos, por el otro lado— esta misma llamada a la santidad se identifica con la capacidad de amar a Dios y al prójimo.

San Pablo subraya estos aspectos en la carta a los Colosenses. Él habla de la vida del cristiano como vida del resucitado con Cristo y dice: «Así pues, si habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios. Aspirad a las cosas de arriba, no a las de la tierra» (Colosenses 3, 1-2). Para Pablo, las cosas que pertenecen a la tierra son fornicaciones, impurezas, pasiones, deseos malos, avaricia insaciable, idolatría, etc. (cfr. Colosenses 3, 5-11). Las cosas del cielo, las cosas de allá arriba, en cambio, todas pueden resumirse en la caridad, son misericordia, bondad, humildad, mansedumbre, paciencia, y también muy realísticamente, capacidad de soportarse mutuamente (que también es un aspecto de la caridad) y de perdonarse mutuamente, con motivo del Señor (cfr. Colosenses 3, 12-15). En síntesis: precisamente porque somos resucitados con Cristo (es decir, a partir de aquel don que se nos ha comunicado y que nos hace criaturas nuevas) debemos buscar las cosas de allá arriba, es decir, debemos vivir con estas actitudes que son actitudes típicas de caridad.

El mismo san Pablo expresa esta verdad de manera, si fuese posible, todavía más clara y más entusiasmante y solemne, en la Primera carta a los Corintios (12, 28-14, 1). Él parte de la constatación de que en la Iglesia se da a cada uno una manifestación particular del Espíritu: unos son profetas, los otros maestros, aquellos que hacen milagros, aquellos que asisten, aquellos que gobiernan, los apóstoles, etc. Sin embargo, inmediatamente relaciona cada uno de estos modos de ser en la Iglesia con aquello que es común a todos y que, una vez más, es la caridad. De hecho, después de haber recordado estos diversos trabajos, dice «¡aspirad a los carismas más grandes», y nos muestra la vía mejor para hacerlo.

Inicia así «el himno a la caridad» (1 Corintios 13): «Aunque hablara las lenguas de los hombres y de los ángeles, si no tengo caridad, soy como bronce que suena o címbalo que retiñe» (de donde deriva, que no basta hacer algunas cosas, ni siquiera aquellas mejores, si no se tiene caridad. Y aún más: «La caridad es paciente, es servicial, la caridad no es envidiosa» (intentemos releer este texto haciendo el esfuerzo de dar a cada uno de estos adjetivos y de estas características que califican a la caridad toda la concreta

que estos asumen en nuestra vida cotidiana, también para las personas comprometidas en lo socio-político. ¿Qué cosa quieren decir, para mí, paciencia, servicio, no envidia?). Y todavía: la caridad «no se jacta, no se infla, no falta al respeto, no busca su interés, no se irrita, no toma en cuenta el mal recibido, no se alegra con la injusticia, sino se complace con la verdad» (¿qué cosa quiere decir no buscar el propio interés en política? Y; ¡cuanta magnanimidad y fuerza de ánimo para no tener en cuenta el mal recibido. Y ¿no es quizá cierto que, a veces también nosotros nos gozamos de alguna pequeña, sutil y falsa injusticia, quizá sufrida por algún adversario nuestro y que ciertamente no provocamos nosotros, pero que, por otra parte, no obstaculizamos para nada?). Y al final de todo: «Buscad la caridad» (está precisamente aquí, en esta capacidad de vivir la caridad, el modo más auténtico de responder a la invitación a la santidad, que es para todo cristiano.

#### **MEDIOS PARA VIVIR EN LA CARIDAD**

¿Pero, cuáles son los medios para vivir en la caridad y, por lo tanto, para realizar la vocación a la santidad?

Los encontramos ya sugeridos por san Pablo, todavía en la carta a los Colosenses (3, 16): «La palabra de Cristo habite entre vosotros con toda su riqueza» (si no hay este habitar, este estar justo entre nosotros y la palabra de Dios, si no hay la escucha cotidiana de la palabra de Dios, el nutrimento normal de la palabra de Dios, no se puede vivir en la caridad); «instruíos y amonestaos con toda sabiduría» (otro medio, para progresar en la caridad y en la santidad es el de educarnos recíprocamente a estar en la palabra de Dios, o, en otros términos, es la capacidad de comunicar la fe y en la fe, a varios niveles); «cantad agradecidos a Dios en vuestros corazones con salmos, himnos y cánticos espirituales» que es todo aquello que tiene que ver con la oración, con la oración verbalmente expresada, precisamente con la oración dicha, la oración hecha, la oración vivida.

El Concilio retoma estas mismas indicaciones, las interpreta y las especifica así: «pero a fin de que la caridad crezca en el alma como una buena semilla y fructifique, debe cada uno de los fieles

oír de buena gana la Palabra de Dios y cumplir con las obras de su voluntad, con la ayuda de su gracia, participar frecuentemente en los sacramentos, sobre todo en la Eucaristía, y en otras funciones sagradas, y aplicarse de una manera constante a la oración, a la abnegación de sí mismo, a un fraterno y solícito servicio de los demás y al ejercicio de todas las virtudes».<sup>3</sup>

#### **CAMINOS DIVERSIFICADOS DE SANTIDAD**

Por último, es necesario subrayar que, si todos son llamados a la santidad, no todos son llamados a vivir la santidad de la misma manera. Todos son llamados a vivir la perfección de la caridad, pero con modalidades diversas. Si unívoco es el concepto de santidad, múltiples son, sin embargo, las formas con las cuales todo esto se manifiesta en nuestra vida: cada uno tiene la propia santidad por conquistar; cada uno tiene su vía de santidad. El radio de la caridad, que abarca santidad, puede partir de cualquier punto en la circunferencia de la vida humana; por ello, con la linterna de la propia conciencia, con la guía de la fe y de la Iglesia, con la fuerza de la gracia, cada uno tiene su particular camino por cumplir.

El Concilio nos presenta estas verdades con mucha claridad, ayudándonos a identificar cuál es el criterio y cuál es la forma para concretizar cada una de las vías de santificación. En donde habla, entre otros, de los pastores, de los padres cristianos, de los cónyuges y de los laicos en general<sup>4</sup>, afirma que el modo típico por el cual cada uno es llamado a realizar la santidad se inicia donde uno se encuentre y pasa a través de las cosas por hacer, que caracterizan cada específica condición de vida. Dice: «En los varios géneros de vida y en las varias profesiones una única santidad es practicada por todos aquellos que son movidos por el Espíritu de Dios y, obedientes a la voz del Padre, y adorando en espíritu y verdad a Dios Padre, siguen a Cristo pobre, humilde y que carga la cruz, para merecer ser partícipes de su gloria» (esta es pues la afirmación según la cual todos y cada uno, en los varios géneros de vida, deben vivir la santidad. Luego agrega: «Cada uno según los propios dones y las propias funciones debe sin dudas avanzar por la vía de la fe viva, la cual enciende la esperanza y obra por medio de la caridad.

Después de haber descrito para algunas categorías de personas la modalidad típica con la cual para ellos se realiza la santidad, concluye: «Todos los fieles por lo tanto, en sus condiciones de vida, en sus trabajos o circunstancias, y por medio de todas estas cosas, serán más santificados cada día si todo lo toman con fe de la mano del Padre celestial, y cooperan con la voluntad divina manifestando a todos, en el mismo servicio temporal, la caridad con la cual Dios ha amado al mundo.

En otros términos podemos decir que la santidad consiste en aquella perfección de caridad que nace a través del cumplimiento de las obligaciones de nuestro Estado de vida. Así, el sacerdote será santo si vive la típica obligación de caridad que podemos llamar «caridad pastoral»; los esposos serán santos si viven el típico modo de existencia que es el de la «caridad conyugal»; los y las vírgenes serán santos si viven la típica modalidad de existencia que es la «caridad virginal»; y, si para los cristianos existen también, otros estados (el compromiso en lo socio-político, en la actividad educativa, etc.), la posibilidad de ser santos se tiene a partir de la particular condición de vida que se conduce: a través de las cosas que cada uno está haciendo encontrarán el modo para expresar, para vivir en plenitud la caridad de Dios. Podemos también decir que, desde este punto de vista, toda condición honesta de vida no sólo puede ser rescatada del pecado y por lo tanto santificada, sino además toda honesta condición de vida se convierte en santificante, medio de santificación, instrumento de santidad. Naturalmente, este modo de santificación que atraviesa toda honesta condición de vida consiste no sólo en hacer lo que se debe hacer, sino también en buscar, al interior de los propios deberes específicos, las posibles vías de espiritualidad. Con otras palabras, quizá más provocativas, se podría también decir que las cosas que se está llamado a hacer se convierten en instrumentos de santificación sólo en la medida en la cual son realidades a través de las cuales se hace pasar la caridad de Cristo.

Quisiera tratar de explicarme con un ejemplo: el sacerdote —como enseña el Concilio— se hace santo haciendo las cosas de su ministerio<sup>5</sup>. No basta con celebrar la misa y el oficio o confesar,

para convertirse en santo; como tampoco es necesario que se haga monje de clausura. El sacerdote se convierte en santo confesando, celebrando la misa, diciendo el oficio, jugando con los niños en el oratorio, haciendo todo esto como expresión de caridad y por lo tanto animando todo con la caridad de Dios.

De la misma manera se debe hablar de las otras categorías de los cristianos. Tendrán sus cosas por hacer: a través de aquellas cosas y no a través de otras cosas, serán santos; pero aquellas cosas deben ser animadas por la caridad, es más, deben convertirse en expresión de caridad. En esta línea —como lo hacían nuestros Obispos en un documento de 1981— es necesario recordar que la fe y la caridad de aquellos que están comprometidos en el ámbito socio-político crecen «no obstante» su compromiso, sino precisamente «a través de él».<sup>6</sup>

Sobre el tema escribía Lazzati: «La vida de los laicos, que se honran con el nombre de fieles, no está destinada, en la mente de Dios, a ser una pobre vida lejana de la perfección, negada a ella. Como vida de hijos de Dios queridísimos, ella está llamada a ser y debe dirigirse a la búsqueda de la perfección de la caridad a través de la cual resplandezca en el mundo la operante presencia de Dios en sus hijos. Y concluía: «Cuando se habla de amor al prójimo en el sentido de caridad, no se habla de algo que nace de la naturaleza, sino de algo que es infundido por Dios y transforma la naturaleza, así que da a sus actos un valor distinto y la hace capaz de aquello que por sí misma no puede. Esta caridad del prójimo luego se enraiza en la caridad de Dios, por amor del cual aquella nos hace capaces de amar a todos, sin excepción, como Dios los ama. No podemos, por lo tanto, llegar al verdadero amor del prójimo, en sentido cristiano, si no amamos a Dios con base en la caridad infundida en nuestros corazones y amamos al prójimo en proporción al amor de Dios. Por ello todo aquello que hacemos para abrir el corazón a la verdadera caridad de Dios redundará en capacidad de amar al prójimo por amor de Dios».<sup>7</sup>

Todas estas consideraciones deben llevarnos a superar todo dualismo y separación entre el amor de Dios y el amor al prójimo. Aún más concretamente, deben ayudarnos a no creer que podemos

ser verdaderos cristianos que estamos caminando hacia la santidad sencillamente porque estamos haciendo algo para los otros; de hecho, aún las cosas más fatigosas, si no son informadas por el amor de Dios, no son instrumento o vía de santificación. Por otra parte, sin embargo, no debemos tampoco creer ser cristianos dirigidos hacia la santidad sólo si dejamos de hacer algo para los otros y nos metemos a orar un poco: esta sería también una santidad trunca y no sería, probablemente, la santidad típica del laico. Lo importante, en todo caso, es tener conjuntamente los dos polos —el amor de Dios y el amor al hombre— a través de una concreta conjugación. ¡A renovar en la experiencia de todos los días! Es la única forma posible para recorrer con perseverancia el camino de la santidad.

#### Notas

1 *Lumen gentium*, n.40.

2 G. LAZZATI, Iglesia, Laico y compromiso histórico. Escrito (1947-65) reeditado en su memoria, Vida y Pensamiento, Milán 1987, pp. 184-185.

3 *Lumen gentium*, n.42.

4 Cfr. *Lumen gentium*, n.42.

5 Cfr: Decreto sobre el *ministerio* y vida de los presbíteros, n.12.

6 Cfr. CEI- Consejo Permanente, La Iglesia italiana en la perspectiva del país (23 de octubre de 1981), n.34.

7 *Ibid.*, p.189.

## CAPÍTULO 2

### QUIEN GOBIERNA SEA COMO AQUEL QUE SIRVE

Hacer política al servicio de Dios y de los hombres

«EL COMPROMISO SOCIO-POLÍTICO COMO SERVICIO»

«Entre ellos hubo también un altercado sobre quién de ellos parecía ser el mayor. Él les dijo: los reyes de las naciones las dominan como señores absolutos, y los que ejercen el poder sobre ellas se hacen llamar Bienhechores; pero no así vosotros, sino que el mayor entre vosotros sea como el más joven y el que gobierna como el que sirve. Porque, ¿quién es mayor, el que está a la mesa o el que sirve? ¿No es el que está a la mesa? Pues yo estoy en medio de vosotros como el que sirve..» (Lucas 22,24-27).

Sin duda, este texto tiene como objetivo inmediato tratar el problema de las relaciones en el interior de la comunidad cristiana: aquí se habla de la comunidad cristiana y de la manera en la que en el interior de la Iglesia se debe vivir. Hacer demasiado fácil la relación entre el discurso intraeclesial y los discursos que tienen que ver con el poder en el ámbito civil y político puede ser peligroso, pues se arriesga también traicionar el sentido verdadero de la palabra de Dios.

Se puede, sin embargo, decir que la tradición eclesial se ha puesto a reflexionar en el tema de la autoridad o del servicio social y político y, ha afirmado que toda participación en la autoridad debe connotarse según el estilo y la esencial característica de servicio. Y es en esta particular categoría de servicio, llamada del compromiso social y político, que queremos reflexionar para que el Señor pueda iluminarnos y hacernos entrar en el camino concreto de aquello que puede ser la vía viva y precisa de santificación para quien, de alguna manera, está comprometido en actividades sociales y políticas.



El servicio es categoría capaz de calificar todas las maneras de relacionarse de la Iglesia con la sociedad entera e, igualmente, es una categoría y dimensión que califica la actividad política y social. Lo recordaba con extrema precisión el cardenal Martini en su carta *Hacerse prójimo en la ciudad*.<sup>1</sup>

Sobre el tema del servicio como categoría capaz de hablar sobre el tipo de relación de la Iglesia con la sociedad, el Arzobispo de Milán se expresaba así: «Quisiera dirigirme antes que nada a aquello que caracteriza, de manera particular, el modo de ser de la Iglesia en la sociedad, que es el modo del servicio, de la atención al hombre, de la dedicación de sí hasta el don de la vida. El ser cristiano no está caracterizado por el ir a misa el domingo, sino por el vivir para los otros, fundado en el hecho de que se va a misa. No vive de la Eucaristía mas que quien se da en cuerpo y sangre por los hermanos como Jesús. La Iglesia no tiene otra manera de ser en la sociedad: su ambición es la de servir, a partir de los últimos. Para que este deseo permanezca siempre en su incandescencia, es necesario entrar a la escuela de los pobres, de los más pobres, estar con ellos, compartir con ellos lo más posible»<sup>2</sup>. Por otra parte, la categoría de servicio es suficiente y adecuada también para describir el estilo de la actividad política, entendida tanto en el sentido genérico, como en el más específico del término: «También la caridad así llamada política, que estimula a poner las propias fuerzas al servicio del bien común para la construcción de la ciudad, juntamente con todas las fuerzas vivas y operantes en ella, nace de este deseo de servir con amor y desinterés. La educación a la caridad política partirá de esta actitud de fondo para ayudar a afrontar la tormenta de la experiencia política con la clara intuición del fin al cual tender, de la moralidad de los medios a utilizar. No se puede tender al bien común político si no con medios políticos buenos y morales»<sup>3</sup>.

Se trata de vivir con la actitud de quien desea ofrecer su contribución a la sociedad para que ésta sea ella misma, pero con el estilo de servicio del cual Jesús habla en el texto que hemos leído. Cuando se parte y se vive con esta óptica de servicio, aunque las cosas que se hacen comúnmente se realicen en un cierto modo más que en otro, con un cierto estilo más que con otro: No será el estilo

de quien actúa o simplemente para su beneficio inmediato o remoto, sino que será la actitud de quien, aún encontrando su beneficio (porque objetivamente algún beneficio llega), sirve de un modo desinteresado, sin la intención de llevar a casa algo para sí, sino más bien en la disponibilidad «de hacerse a un lado» tanto a sí mismo, como a su propio tiempo y a sus propias cosas.

Y es a partir de aquí, desde esta óptica, del vivir por hacer las cosas todos los días sencillamente con la óptica de servicio que, como laicos cristianos comprometidos en lo social y en lo político, se puede ser santo. Sin embargo si se salta este paso, este estilo cotidiano con el cual vivir cada una de las cosas por hacer, santo no se será. Convertirse en santos o no, no es cuestión secundaria: va de por medio sencillamente nuestro ser hijos queridísimos de Dios.

Desde este punto de vista, vale una vez más la sugerencia y la invitación importante de nuestros Obispos para un compromiso prioritario de cotidiana conversión a Cristo para aprender a servir.<sup>4</sup> Esto significa que también un laico cristiano comprometido en el campo socio-político que quiere vivir y crecer en la santidad, no puede no continuar, día tras día, a aprender de Cristo esta actitud de servicio. No debemos tratar nosotros con nuestra inteligencia de precisar qué cosa significa servir: nuestra inteligencia nos ayudará sólo a concretizar poco a poco que cosa significa servir; pero cuáles son las coordenadas auténticas de este estilo de servicio lo aprendemos del Señor. Esta cotidiana conversión a Cristo para aprender a servir debe ser un punto que, está dentro de cada uno de nosotros porque podemos crecer en esta real posibilidad de santificación, de crecimiento en la santidad.

#### **SERVICIO A DIOS**

Se trata de un estilo, por lo tanto, de servicio, pero ¿servicio a quién? En el vivir esta actividad, en el desarrollar esta auténtica misión, ¿a quién se es llamado a servir?

Inmediatamente todos estamos tentados a responder que estamos llamados a servir al hombre y a la sociedad. Si respondiéramos sólo así, habremos eliminado un polo de la cuestión. A la luz de la palabra de Dios, es necesario precisar que el servicio que se es

llamado a prestar, también por parte de quien está comprometido en lo social y en lo político, es indisolublemente, siempre y en todas partes, servicio a Dios y servicio al hombre. Si no son el uno y el otro conjuntamente no es auténtico servicio tampoco en este campo. Quizá, es más inmediato pensar que quien vive algunas actitudes más típicamente intraeclesiales y más específicamente pastorales ciertamente sirve a Dios y al hombre, mientras es menos evidente para quien realiza, por ejemplo, un servicio en el ayuntamiento. Y sin embargo, la palabra de Dios, desde este punto de vista, es bastante clara.

#### COMENCEMOS A CONSIDERAR EL COMPROMISO SOCIO-POLÍTICO COMO SERVICIO A DIOS.

En las cartas de san Pablo encontramos también estas expresiones: la autoridad está «al servicio de Dios, para tu bien. Pero si haces el mal, entonces teme, porque no en vano ésta lleva la espada; está de hecho al servicio de Dios para la justa condena de quien obra el mal» (Romanos 13,4); «por esto debéis pagar los tributos, porque aquellos que se dedican a esta tarea son funcionarios de Dios» (Romanos 13,6). Dos veces, por lo tanto, la autoridad es vista «al servicio de Dios» y una vez sus detentores son llamados «funcionarios de Dios». Es interesante notar como en el texto griego, estas expresiones recuerdan los términos «diáconos» y «liturgos». Es cierto que, en la concepción griega de entonces, «liturgo» significaba a alguien que está a sueldo y es obligado a hacer algunas cosas al servicio de otro. Sin embargo, son ciertamente también terminologías griegas, aquellas de la diaconía y de la liturgia, que a nosotros directamente recuerdan el servicio al Señor. Una correcta interpretación del texto no puede llevarnos a ver detrás de estos dos términos una manifestación, una sacralización de la actividad social y política y de la tarea de la autoridad. Sería incorrecto, sería forzar los términos, sería traicionar el texto. Aquí se quiere sencillamente decir que la autoridad política es el instrumento de Dios. Creo, sin embargo, que, en una visión completa de la mentalidad bíblica, cuando se califica este ser instrumento de Dios con la terminología de la diaconía y de la liturgia, se pueda evocar un tipo de

temática que tiene que ver con el así llamado «culto espiritual». Aquí no se tiene en mente la actividad cultural en cuanto tal; sin embargo, lo que está en juego es el culto espiritual, como capacidad de ofrecer la propia existencia completa como sacrificio agradable a Dios (cfr. Romanos 12, 1). Por lo tanto, cuando aquellos que son revestidos de autoridad en la misma sociedad humana viven su función y su tarea con un estilo de servicio, como instrumentos de Dios, cumplen un auténtico culto espiritual, están viviendo una modalidad de existencia que habla de su camino hacia la santidad.

Pero, aunque no se quiere llegar a este punto tan especial, se pueden, de cualquier manera ya encontrar, en la descripción más inmediata del servicio de autoridad como instrumento de Dios y por lo tanto como servicio a Dios, las coordenadas no indiferentes para dar sentido a la actividad, a la vida, a la existencia de un cristiano comprometido en lo socio-político.

Decir que el propio compromiso socio-político está al servicio de Dios significa afirmar que se es llamado a dar expresión, vitalidad y realización al proyecto de Dios para el hombre y para el mundo. Dios tiene, para el mundo y para el hombre, un plan pleno de amor. Aquel que se compromete en el ámbito social y político, como otros en otros campos, está al servicio de este plan divino, está llamado a dar cumplimiento al plan amoroso de Dios para el hombre.

Ya el Concilio indica como tarea peculiar del laico cristiano la de «buscar el Reino de Dios (que es una vez más la santificación) tratando las cosas temporales y ordenándolas según Dios»;<sup>5</sup> y es precisamente en este ordenamiento, según Dios, que se encuentra la invitación a vivir al servicio del plan de Dios. De estas afirmaciones derivan al menos dos puntos a subrayar.

El primero va en la línea de la referencia del *compromiso social y político a un preciso orden moral*. Dice el Concilio: «El ejercicio de la autoridad política, tanto en el interior de la comunidad como de las instituciones que representan al Estado, debe exteriorizarse, efectivamente, dentro de los límites del orden moral, según las exigencias del bien común, entendido en forma dinámica, y según un orden jurídico legítimamente establecido o por establecer»<sup>6</sup>. El orden moral quiere decir el conjunto de las coordina-

nadas del plan de Dios. Decir que es necesario vivir la actividad socio-política como un servicio a Dios en el ámbito de la ley moral, significa afirmar esta referencia originaria al plan de Dios; significa, por lo tanto, reconocer, sin desmentirlo nunca, la inspiración cristiana, las actitudes y el estilo correcto, la distinción entre aquello que es Iglesia y aquello que es Reino de Dios, la plena conciencia de las diversas modalidades con las cuales toda realidad creada es llamada a ser recapitulada en Cristo. Todas las cosas son, de hecho, llamadas a recapitularse en Cristo: es el destino de toda realidad, de la cual habla por ejemplo san Pablo cuando dice que toda realidad es llamada a participar de la libertad de los hijos de Dios (cfr. Romanos 8,19-23), según el diseño originario que Dios ha inscrito en ésta. Pero el plan de Dios está llamado a realizarse en toda realidad con modalidades diversas, según que la realidad sea llamada a ser recapitulada en Cristo a través de la mediación de la Iglesia o no. Esto significa reconocer que hay realidades que no serán para nada sacralizadas en clave eclesial; entre estas realidades está la política, el compromiso socio-político. Consecuentemente, si se quiere poner realmente al servicio del plan de Dios en lograr la propia actividad social y política, se debe respetar la realidad social y política en lo que es su legítima y relativa autonomía. En otras palabras, el modo de mirar de Dios a la realidad social y política no es un modo cualquiera, y el cristiano está llamado a interpretar este modo de mirar de Dios. Así, el cristiano está llamado a ofrecer su aporte para que la realidad social y política sea ella misma según el plan de Dios. Cuando hace esto (nada menos, pero tampoco nada de más de esto), el laico cristiano comprometido en lo socio-político está construyendo la propia santidad. En síntesis, es importante vivir esta actividad como servicio a Dios en el redescubrimiento del plan que Dios tiene sobre esta realidad, recordando que esta es una de aquellas realidades llamadas a recapitularse en Cristo, sin convertirse a la Iglesia y, por lo tanto, sin actuarse y estructurarse según aquellas leyes que son típicas de la existencia eclesial.

Un segundo asunto a subrayar nos lleva a decir que la autoridad o la participación en ella, —y en un régimen democrático, cada

uno es partícipe de la autoridad— será siempre vivida en una perspectiva constructiva. El poder y la participación en él no es para golpear y para aplastar a los hombres ni, tanto menos, las conciencias: el poder y la participación en él debe ser auténtica «autoridad», es decir, servicio que tiene el fin de hacer crecer, de hacer adultos, al menos creando aquellas condiciones para que los hombres puedan ser adultos y plenamente hombres (es decir, realizando el bien común). El Concilio precisa y confirma esta realidad diciendo que la autoridad debe ser «capaz de dirigir las energías de todos los ciudadanos hacia el bien común, no en forma mecánica o despótica, sino ante todo como fuerza moral que se apoya en la libertad y sobre la conciencia del deber y de la tarea asumida»<sup>7</sup>. En otros términos, la autoridad sirve al hombre sólo en la medida en que, cuando pide al hombre obediencia, la pide haciendo uso de aquello que es típicamente humano, es decir de su conciencia y su libertad; una autoridad que en cambio pidiese el respeto de algunas normas, de algunas leyes, basándose en algo que está fuera de todo esto, es una autoridad que podemos llamar «satánica», que no sirve a Dios y a su plan.

Aquí me da gusto subrayar cómo Paulo VI, en la encíclica *Ecclesiam suam*, hablando del diálogo y de sus características, entre otras recordaba la característica de la *confianza*. Esta tiene un origen en el hecho de que todo lo que se dice dialogando tiene ¿sus raíces? en la verdad y, por lo tanto, no tiene necesidad de ningún puntal exterior para que pueda resultar exitosa. Si en cambio el hombre no está diciendo la verdad, tiene necesidad de muchos puntales exteriores para transmitir su idea. Esto vale también en la acción socio-política. De ello deriva que quien se compromete en este ámbito, si está realizando algo que está verdaderamente en sintonía con el hombre, así como es pensado en la mente de Dios, puede estar seguro de que esto que está haciendo tendrá seguramente un resultado, un éxito, si no otra cosa al menos el éxito de realizar algo que está verdaderamente a servicio del hombre. Si, en cambio, esto que está realizando no está en sintonía con aquello que el hombre es en el plan de Dios, entonces tiene necesidad de tantos puntales exteriores, de tantas otras cosas que deben a toda

costa hacer que venza su línea. Ciertamente esta aplicación se debe realizar con mucha atención porque aquí, en las decisiones sociales y políticas, no se da una verdad única, se pueden dar diversas interpretaciones correctas dentro del mismo descubrimiento del plan de Dios; y entonces algún puntal puede ser necesario, siempre y cuando respete la libertad y la conciencia del hombre; una aplicación que creo es rica en sugerencias interesantes.

### SERVICIO AL HOMBRE

La acción en el campo socio-político es, por lo tanto, servicio a Dios. O si quiere, precisamente porque es servicio a Dios, esta acción se convierte inevitablemente en servicio al hombre. Lo afirmaba ya san Pablo cuando hablaba de «una autoridad que está al servicio de Dios para tu bien» (Romanos 13,4). Se debe, decir, que en la medida en la que la autoridad se pone al servicio de Dios y de su plan, en esa misma medida es inevitablemente llevada a vivir un auténtico servicio frente a los hombres.

Este servicio pasa a través de aquella realidad que la tradición católica ha llamado bien común. En otros términos, el servicio al hombre, que es contenido esencial y estilo fundamental de la acción social y política, es un servicio que se califica como fatiga, trabajo, compromiso para la realización del bien común, «que se concreta en el conjunto de aquellas condiciones de la vida social, con las cuales los hombres, la familia y las asociaciones puedan obtener el conseguimiento más pleno y más expedito de su perfección».<sup>8</sup>

De manera más articulada, es útil recordar que el servicio al hombre, a través de la mediación del bien común, debe ser vivido «en una perspectiva conjuntamente dinámica, universal e integral».<sup>9</sup>

Ante todo, es necesario *vivir el servicio al bien común en una perspectiva* «dinámica, porque el bien común se concreta en un conjunto de condiciones que tienen que ver con los valores y los derechos fundamentales de la persona, teniendo en cuenta el continuo desarrollo de las coordenadas históricas, culturales y ambientales»<sup>10</sup>. Vale aquí la pena recordar que el bien común contiene al menos dos fundamentales coordenadas. Una de tipo sustancial,

que hace referencia a los derechos inalienables e inmutables de la persona humana. La otra, indisolublemente ligada a la primera, de tipo histórico, cultural y ambiental, a través de la cual se logra percibir, el día de hoy, qué cosa significativa se puede hacer para que aquel hombre y todo hombre, y todos los hombres, sean respetados en sus derechos fundamentales. Desde este punto de vista, emerge que servir al hombre según la mediación fundamental del bien común, no es un empresa que puede ser decidida de una vez y para siempre; más bien requiere la continua fatiga de identificar qué cosa se entiende, aquí y ahora, por bien común, con fundamento inalienable, y por algunos aspectos inmutable, de los derechos del hombre.

En segundo lugar, el bien común debe realizarse según una perspectiva «universalista, porque no se puede hoy contentar con defender los intereses de una sola comunidad, sino es necesario ampliar la mirada hasta abrazar las exigencias de toda la familia humana y el bien universal de la paz»<sup>11</sup>. Un tiempo, quizá, el actuar para el bien común podía limitarse a actuar para el bien de Italia, hoy ciertamente no más. Frente a una situación histórica que señala una interdependencia mucho más amplia de toda nación y de todo país con todos los demás países del mundo, realizar el bien común quiere decir confrontarse y medirse continuamente con el bien común del mundo entero, a través de la mediación del bien común nacional y del bien común europeo. Esto lleva a la fatiga y simultáneamente a la belleza de tener que superar continuamente las visiones restringidas de bien común, fundamentalmente egoístas, aunque sean de egoísmo nacional, y la capacidad de tener aperturas más vastas, de abrirse a horizontes más amplios. Todo esto, de alguna manera, puede ser también ocasión de fuga de la realidad, pero no lo es si se vive con esa típica actitud fundamental de servicio de la cual hemos hablado.

En fin, el bien común debe verse en una perspectiva integral, porque el bien común no equivale al solo bienestar. En consecuencia, una modernización o racionalización que mortificase los valores morales, relacionales, de solidaridad, se revelaría en realidad como un paso hacia atrás, hacia las formas humanoides de la con-

vivencia».<sup>12</sup> Para realizar verdaderamente el servicio al hombre es necesario, de hecho, estar atentos a todas las dimensiones y a todos los aspectos que entran a constituir al ser humano; no basta estar atentos sólo a aquello que se trata de bienestar, de progreso económico y social, de modernización y de racionalización. Es necesario estar atentos también a aquellos elementos que se dirigen más directamente al aspecto relacional de todo hombre con los otros hombres, como también a aquellos aspectos que se dirigen a la capacidad de solidaridad entre las varias categorías humanas y entre los varios grupos sociales.

#### LA CARIDAD SOCIAL Y POLÍTICA

El servicio al hombre, si es vivido según estas características esenciales, es ciertamente una auténtica forma de caridad. Entonces, y por este motivo, puede ser una auténtica vía de santidad. Lo recordaba también Paulo VI, cuando escribía que «la política es una manera exigente pero no es la única de vivir el compromiso cristiano al servicio de los demás».<sup>13</sup>

A este propósito, quisiera citar, una vez más, una página de Giuseppe Lazzati: «Hoy, el amor a los hermanos tiene su particular manifestación en el compromiso para tratar las cosas temporales ordenándolas según Dios, o sea para dar un orden a la sociedad que permita a los hombres conocerse y amarse como hermanos. Para un cristiano que se haya comprometido hasta el fondo ¿qué cosa significa ser tal? el compromiso que llamo —con una acepción muy amplia— político es la expresión más profunda de la caridad». Se podría quizá discutir sobre la calificación de «más profunda»; pero es cierto que debemos subrayar la preñez al menos evocativa de esta expresión, como claramente nos hace reflejar la motivación que adopta. Continua, de hecho, el autor: «Porque es ciertamente signo de amor dar el pan a quien no tiene, si me toca encontrarlo, pero todavía más profundo el compromiso de organizar las cosas de manera que al hermano no le falte el pan, la casa, el vestido, el trabajo ... ».<sup>14</sup>

Como alguien ha subrayado en Asago, ciertamente es buena cosa ser el buen samaritano, que socorre al pasante caído en ma-

nos de los ladrones, pero sería todavía mejor, si se pudiese hacer que el pobre no deba correr el peligro de caer entre ladrones. Y bien, toca precisamente a quien está comprometido en política lograr que no haya necesidad del «buen samaritano». Es necesario, sin embargo, de inmediato recordar que, en la historia humana, esto no será nunca plenamente posible: como para indicarnos la radical relatividad de la política. De hecho, aunque si construyéramos las estructuras mejores de este mundo, está siempre la realidad de la libertad humana (y del pecado), que puede permitirnos «asaltar al caminante», por lo que siempre queda un espacio para la caridad inmediata del buen samaritano. La política, por lo tanto, sigue siendo un modo difícil y al mismo tiempo grande de seguir y amar al hombre, pero ciertamente no es el único.

Se puede también señalar que el *compromiso socio-político es exigido por la caridad misma*. Si, hoy, el buen avance de la vida social depende mucho de la vivacidad, de la eficiencia, de la rectitud del sistema político, de ello deriva que el realismo tenaz, con el cual la caridad busca el bien de todo hombre, la compromete también en el campo de las decisiones políticas. Esto refuerza que la caridad, precisamente porque es tenaz, no se rinde; y, precisamente porque es realista, sabe realizar sus cuentas tomando en consideración a la manera en que hoy, en nuestro mundo, el vivir social está estructurado. Si en la Edad Media los cristianos podían ser menos atentos a los problemas sociales y políticos y vivir igualmente la caridad, y se podían contentar (y por fortuna lo han hecho) con construir hospicios para los peregrinos, hoy esto no basta. Entonces era justo que se hicieran hospicios para los peregrinos, era necesario que alguien acogiese a los peregrinos que se movían a pie, sin ningún medio, en pobreza (hoy las peregrinaciones son organizadas por agencias de viaje). Hoy, probablemente, la caridad, si quiere ser tal, debe medirse con otros tipos de problemas. Si entonces, para vivir plenamente las obras de misericordia corporal, bastaba decir «dar de beber a los sedientos», y no había grandes problemas porque el agua era pura, hoy, probablemente, es necesario que los cristianos, para llevar adelante una caridad auténtica, se pongan a trabajar para que el agua sea pura y sea  
c o n s e r v a d a

pura. El realismo se mide con estos problemas; y si la caridad no es realista, no es caridad: es sentimentalismo, es sólo «impresión» de servir al hombre.

Todavía más, la acción socio-política pone a la luz una ulterior dimensión de la caridad: el anonimato. La caridad que vive el político es una caridad anónima; pero precisamente porque es anónima, en ocasiones es más meritoria, porque es más gratuita y desinteresada, en cuanto existen menores posibilidades de ver resultados útiles para él o ella. Quiero decir, por ejemplo, que cuando se va a encontrar a un enfermo es fatigoso, si se va normalmente (porque, si se va una vez al año, por Navidad, para llevarle un regalo, es bello y nada más). Lo fatigoso; sin embargo, puede ser también gratificante: de hecho, si se vive la relación con seriedad y profundidad, se establece una amistad profunda que enriquece. Pero esto sucede menos en el campo socio-político, porque, más que a vivir relaciones directas con las personas a las que se ayuda, se está llamado a crear las estructuras por medio de las cuales se pueda vivir plenamente como hombre. Y para realizar esto, son necesarias mediciones, encuentros, sesiones, discusiones, interpretaciones de leyes, etc. Me gusta mucho citar, a este propósito, una página de Mons. Nicora, en comentario del trozo evangélico sobre el juicio final (Mateo 25, 31-46): «La referencia inmediata es a la caridad cotidiana; pero se puede muy bien leer este trozo en el sentido de caridad anónima que estamos tratando de poner en evidencia. 'Cuando te hemos visto hambriento, te hemos dado de comer es también cuando nos comprometemos en las reuniones y noches enteras de debate para proyectar o para votar sobre ciertas decisiones que al menos en su intención se quisiera que fuesen un elemento de elevación progresiva —y para todos— de un auténtico tenor de vida. 'Cuando te hemos visto con sed y te hemos dado de beber': estamos siempre en la misma lógica. 'Te hemos visto forastero y te hemos hospedado': Cuando votábamos los decretos sobre servicios sociales, para crear los centros de recepción, para tratar de responder a las situaciones de las personas marginadas, para plantear una articulación de servicios no de manera retórica, o abstracta (que luego se resuelve frecuentemente contra el

v e r d a d e r o

bien de la gente) sino con realismo y valorizando las aportaciones de un rico pluralismo social. Con la paciencia, con la competencia de buscar, de innovar, manteniendo al mismo tiempo, sin embargo, los pies en la tierra, y cuidando últimamente la realización verdadera de estos servicios como un auténtico responder a las necesidades de la gente a todos los niveles. 'Cuando te hemos visto enfermo y hemos ido a encontrarte'. Quizá los políticos tienen el tiempo de ir a buscar a los amigos o a los parientes cuando están en el hospital. Sin embargo, compenetrándose en aplicar la reforma de salud en medio del conjunto de leyes, de reglamentos, de disposiciones (sin lograr quizá comprender bien hasta el fondo esta mezcla de cosas y, sin embargo, sin reaccionar de manera emotiva, polémica, inútil, sino buscando con tenacidad comprender, coordinar, poner en conjunto las energías para programar de manera inteligente), dando la fatiga y el cansancio que esto implica, el político cumple su gesto de caridad. 'Cuando te hemos visto en la cárcel y hemos venido a visitarte'. Terrible actualidad de esta palabra El político debería poder responder: cuando nos hemos preocupado como políticos, de hacer que también las cárceles fueran un lugar de redención humana, como lo quiere la Constitución de la República».<sup>15</sup>

Para que el compromiso social y político pueda ser visto en verdad así, como servicio a Dios y al hombre, es necesaria la fatiga de comprometerse a pensar, a identificar, a buscar, a tratar, a arriesgar, a discernir, en esto se requiere la costumbre y la actitud de «pensar políticamente». Entre otras, a fin de que esto sea posible, se requieren algunas garantías: de competencia, de moralidad, de claridad y de colaboración<sup>16</sup>. Por lo que se refiere a la garantía de competencia, es siempre agradable citar un trozo en el cual Juan XXIII se expresaba con palabras muy claras y precisas. «No basta ser iluminados por la fe y encendidos por el deseo del bien para penetrar con sanos principios una civilización y vivificarla en el espíritu del Evangelio. A este fin es necesario insertarse en sus instituciones y operar válidamente desde adentro de las mismas. Sin embargo, nuestra civilización se distingue sobre todo por sus contenidos científico-técnicos. Por lo cual no se inserta en sus instituciones y no se obra con eficacia desde adentro de las mismas si

no se es científicamente competente, técnicamente capaz y profesionalmente experto»<sup>17</sup>. Esto no significa que es necesario ser licenciados en ciencias económicas y políticas. Es necesario, sin embargo, construirse -paso a paso, día tras día- esta competencia integral. Y para esto se nos pide tiempo y no es inútil «partir desde el inicio». Las 'primadonas' también en ámbito social y político no van bien, no sirven a Dios y al hombre, sino sirven a sí mismos, se construyen a sí mismos.

Yendo más a la raíz, se podría decir que para ser capaces de servir a Dios y a los hombres en campo socio-político, es necesario ser cristianos seriamente. Y para esto es necesario voluntad de dar siempre más claramente el primado a la vida espiritual, de la cual todo el resto depende. Nos decían los Obispos en 1981: hay «la sospecha que voltear hacia Cristo pueda significar evadir la situación. No pocas experiencias recientes nos confirman que dispersarse en la realidad social sin nuestra identidad es un grave riesgo a evitar. Si no hemos hecho suficiente en el mundo, no es porque seamos cristianos, sino porque no lo somos suficientemente».<sup>18</sup>

En conclusión, creo que una de las cosas que podemos hacer es orar, por tantos otros que están comprometidos en lo social y en lo político, para que en verdad el compromiso sea vivido en este auténtico y articulado estilo de servicio. Y el Señor sabe cuanto nuestra sociedad tiene necesidad de personas así.

## NOTAS

1 C. M. MARTINI, Hacerse prójimo en la ciudad carta a la Diócesis (7 de diciembre de 1987), en actas del Convenio diocesano «Hacerse prójimo» (Archivo ambrosiano, 58) Centro ambrosiano de documentación y estudios religiosos, Milán 1987, pp.29-42.

2 Ibid., p.35

3 Ibid.

4 Cfr. CEI - Consejo Permanente, La Iglesia italiana en la perspectiva del país (23 de octubre de 1981), n. 12.

5 Lumen gentium, n.31.

6 Gaudium et spes, n. 74.

7 Gaudium et spes, n. 74.

8 Cfr. Gaudium et spes, n. 74.

9 Cfr. C. M. MARTINI, El verdadero bien del pueblo. Homilía para el traslado de la urna del beato cardenal Ferrari (Catedral de Milán, 16 de mayo de 1987, «Revista Diocesana de Milán» 78 (1987), pp. 1080-1081.

10 C. M. MARTINI, El verdadero bien del pueblo..., cit.

11 Ibid.

12 Ibid.

13 PAULO VI, *Octagesima adveniens*, n. 46.

14 G. LAZZATI, La caridad, Ave, Roma 1987, p. 25.

15 A. NICORA, *Dar sentido al deber político*, En Diálogo, Milán 1985, pp. 66-67.

16 Cfr. CEI-Consejo Permanente, *La Iglesia italiana en la perspectiva del país*, n. 35.

17 JUAN XXIII, *Pacem in terris*, n.51.

18 CEI- Consejo Permanente. *La Iglesia italiana...*n. 13.

## CAPÍTULO 3

### VI SALIR UNA BESTIA DEL MAR

#### Las tentaciones del poder

##### LA AMBIGÜEDAD DEL PODER

El compromiso social y político es ciertamente una realidad grande e importante: puede y debe ser vivido precisamente como vía de santificación y como verdadera y auténtica forma de caridad. Es necesario, sin embargo, subrayar que este mismo compromiso, como todas las otras realidades humanas sigue siendo una *realidad ambigua*, sujeta al pecado, y por lo tanto, realidad que, de hecho puede conocer tentaciones y desviaciones.

A quien vive como cristiano este compromiso, se le pide sustraerse a la esclavitud del poseer, del gozar, del poder, como típicas y radicales esclavitudes que toda realidad humana puede conocer. Se pide, en otros términos, vivir este mismo compromiso con un estilo, un modo, unas características que hagan ver como también esta realidad pueda ser completamente salvada por la potencia de Cristo.

Para todo esto es oportuno conocer, o por lo menos tener presentes, algunas *posibles tentaciones* naturales en el compromiso social y político. Se podría, al respecto, partir quizá de la experiencia directa, reflexionando tanto sobre cuanto se encuentra como posible tentación dentro de cada uno de nosotros, como sobre lo que se nota en otros que trabajan en este ámbito. Pero creo más correcto y oportuno partir, una vez más, de cuanto la Palabra de Dios nos sugiere acerca de las posibles tentaciones del poder.

##### A LA LUZ DEL APOCALIPSIS

Quisiera iniciar con algunos trozos del *Apocalipsis* (13,1-18; 17,1-18; 18,1-24)



El contexto en el cual se insertan estos pasos nos es descrito poco antes (*Apocalipsis* 12,7.9), cuando se narra la *caída de Satanás*, representado como “el gran dragón, la serpiente antigua, aquel que seduce a toda la tierra”: este “fue arrojado a la tierra y con él todos sus ángeles”, derrotado así por la llegada victoriosa de Cristo.

Recordar este contexto es de capital importancia para el compromiso cristiano, porque nos hace comprender que por sobre las posibles tentaciones y desviaciones nosotros podemos (y debemos) salir vencedores. No porque, una vez más, sea simplemente nuestro esfuerzo el que logra este éxito, sino porque Satanás ha sido ya derrotado por Cristo. A nosotros toca sólo hacer que esta derrota, que la redención de Cristo ha infligido a Satanás, tenga su influjo en nuestra vida y en nuestra acción y se pueda manifestar plenamente dentro de nosotros.

*Satanás*, por lo tanto ya está derrotado. Pero precisamente porque está derrotado, no se rinde y expresa con mayor vehemencia su rabia; *hace guerra a los cristianos*, precisamente porque quisiera que la victoria de Cristo no se realice en aquellos que son discípulos de Cristo: Cristo ha vencido, pero ¡sus discípulos no deben vencer! Por esto “el dragón se enfureció contra la mujer y se fue a hacer la guerra al resto de sus hijos, los que guardan los mandamientos y mantienen el testimonio de Jesús” (*Apocalipsis* 12,17-18).

A este punto, cuando Satanás derrotado se mete furiosamente contra los cristianos para hacerles la guerra, aparecen junto a él las *dos bestias* de las cuales habla el capítulo sucesivo del *Apocalipsis* y que, aunque de manera diversa, se refieren a la política. Estas bestias, además, precisamente porque aparecen junto al dragón y se alían con él, compartiendo sus características tienen por ello algo de demoníaco y de satánico.

#### LA PRIMERA BESTIA

Ante todo (*Apocalipsis* 13, 1-10) se habla de la primera bestia, que es el símbolo, al menos en primera instancia de un preciso *poder político* (¿el poder romano de entonces?), pero que puede convertirse en el símbolo, la clave que descifra otros poderes políticos que se presentaran con las mismas características.

“Vi salir del mar una bestia que tenía diez cuernos y siete cabezas y en sus cuernos, diez diademas y en cada cabeza un título blasfemo” (v. 1). El señalamiento al título blasfemo hace ver o, por lo menos alude a las características y a las *pretensiones divinas* de este poder político que quiere tener al mundo en sus manos para ejercitar sobre él su señoría.

“La bestia que vi era similar a un leopardo, con las patas como de oso y las fauces como las de un león” (v. 2a). La referencia a un leopardo, al oso y al león expresa potencia, fuerza, violencia, así calificando un poder que se manifiesta en la fuerza y en la violencia de todo tipo, sin ningún límite.

“Y el dragón les dio su poder, su trono y su gran poderío. Una de sus cabezas parecía herida de muerte, pero su llaga mortal se le curó; entonces la tierra entera, presa de admiración, fue detrás de la bestia, y los hombres adoraron al dragón porque había dado el poder a la bestia y se postraron ante la bestia diciendo: ¿Quién como la bestia? ¿Y quién puede combatir contra ella?” (vv. 2b-4). Aparte de la alusión que, según algunos exegetas, se haría al inicio del trozo a algunas leyendas sobre Nerón, aquí en particular, se ilumina una de las más graves tentaciones del poder político: la de pedir la adoración. Se trata de un auténtico deseo diabólico y pecaminoso. De hecho, según todo el mensaje bíblico, la adoración se debe sólo a Dios. Los mismos trozos neotestamentarios que hablan de la relación de los cristianos con la autoridad, lo dicen claramente: a la autoridad se debe obediencia, sumisión, colaboración, pero el temor (que es el temor de adoración) se debe a Dios (cfr. 1 *Pedro* 2, 17; *Tito* 3, 1; *Romanos* 13, 7). Según el *Apocalipsis*, tal adoración asume en ocasiones las características de la simple admiración frente a la eficiencia del poder: de hecho, ¿quién es similar a la bestia, ¿quién puede combatir con ella? Es un poder capaz que tiene fuerza, que logra alcanzar los objetivos que se fija. No interesa que estos fines sean buenos y que lo sean los medios para lograrlo: lo importante es que se puedan lograr, que el poder sea eficiente; entonces todos lo admiran, todos se dejan impresionar por él, cuanto más se hace eficiente, cuanto más se hace potente, tanto más es digno de admiración y de adoración.

“A la bestia le fue dada una boca que profería grandezas y blasfemias, y se le dio poder de actuar durante cuarenta y dos meses. Y ella abrió su boca para blasfemar contra Dios; para blasfemar de su nombre y de su morada, y de los que moran en el cielo. Se le concedió hacer la guerra a los santos y vencerlos se le concedió poder sobre toda estirpe, pueblo, lengua y nación. Y la adorarán todos los habitantes de la tierra, cuyo nombre no está escrito, desde la creación del mundo, en el libro de la vida del Cordero Inmolado” (vv. 5-7). Regresa así al tema de la divinización del poder y de su consiguiente adoración. Pero toda divinización del poder es incorrecta, idólatra y blasfema: es una *usurpación de la “señoría” de Cristo*, porque sólo Jesucristo tiene el poder sobre toda estirpe, pueblo, lengua y nación (cfr. *Apocalipsis* 5,9-13). Además, cuando el poder es divinizado y pretende tener esta «señoría», se hace un poder absoluto y totalitario, incapaz de realizar un diálogo y de reconocer en sus súbditos personas con su dignidad e inalienable y innata libertad. Un poder así caracterizado, entonces, no puede aceptar que haya personas como son precisamente los santos, es decir los cristianos, que no reconocen y no se arrodillan frente a ningún otro poder que no sea el de Cristo. En consecuencia, si no se puede entrar en diálogo y si no se puede aceptar que estas personas existan, la única vía a recorrer es la de perseguirles, eliminarles, haciendo la guerra contra los santos y los cristianos.

De frente a estas violencias, he aquí, según el trozo del Apocalipsis *la actitud de los cristianos*: “Aquel que debe ir a prisión, irá a prisión; aquel que debe morir por la espada, que por la espada muera” (v. 10). El cristiano, frente a un poder que trata de absolutizarse y de colocarse en el lugar de Dios, tiene como única vía posible, la *resistencia*, y la rebelión, hasta la prisión y la muerte. Este es el sentido del *martirio*. Ir a prisión, morir por esta resistencia y rebelión a un poder y a ciertas formas de regímenes que se colocan en el lugar de Dios ha sido y es, a veces, una realidad muy concreta y precisa. Quizá hoy, en nuestra situación actual, la forma en la cual todo esto se realiza no es precisamente idéntica a la descrita. Si en algunos países del mundo desafortunadamente todo esto, aún bajo la forma de la muerte y de la prisión continúa verificándose, aquí

con nosotros pueden ser (y a veces son) maneras más imprecisas y más sutiles que exigen la resistencia de los hombres libres y de los cristianos. En todo caso, como subraya todavía el texto bíblico, “en esto está la constancia y la fe de los santos” (v. 10).

#### LA SEGUNDA BESTIA

El texto (vv. 11-18) continua presentándonos a una *segunda bestia*, que es el símbolo de todos *aquellos que se ponen al servicio de este poder satánico* y le sirven de punta de lanza y de apoyo.

“Vi luego salir de la tierra otra bestia, ésta ejercita todo el poder de la primera bestia en servicio de ésta, haciendo que la tierra y sus habitantes adoren a la primera bestia, cuya herida mortal había sido curada. Realiza grandes señales, hasta hacer descender ante la gente fuego del cielo sobre la tierra. Y seduce a los habitantes de la tierra con las señales que le ha sido concedido obrar al servicio de la bestia, diciendo a los habitantes de la tierra que hagan una imagen en honor de la bestia que teniendo la herida de la espada, revivió. Se le concedió infundir el aliento a la imagen de la bestia, de suerte que pudiera incluso hablar la imagen de la bestia y hacer que fueran exterminados cuantos no adoraran la imagen de la bestia”. (vv. 11-15). Son todas estas expresiones apocalípticas que exigen ser interpretadas y decodificadas. La referencia directa es a varias y múltiples formas de magia y de religiosidad popular instrumentalizadas por el poder político y a su servicio. Más generalmente, la alusión es a todas aquellas *formas de instrumentación de la religión* que se tienen cuando las fuerzas religiosas —por su espontánea decisión o por más o menos tácita constricción— y se convierten en ideologías totalmente aliadas del poder político y a todas sus decisiones. Podría decirse que a un poder político que fuese demoníaco, le surge inevitablemente una cierta forma de instrumentación de la religión: ésta se convierte así en propaganda de este poder, de acuerdo con éste y a su servicio. La misma experiencia histórica, antigua y reciente, nos muestra la triste verdad de esta afirmación: cuántas veces, de hecho, a lo largo de los siglos del cristianismo, nos encontramos con algunos regímenes que han encontrado complacencia o los han hecho tales

a los poderes eclesiásticos con formas más o menos sutiles de mistificación, quizá tomando en préstamo los mismos símbolos propios del cristianismo para cubrir y enmascarar su propia ideología política.

Pero lo diabólico de un poder político no se queda ahí. Éste sabe encontrar ulteriores mecanismos de opresión. Esta segunda bestia, de hecho, “hace que todos, pequeños y grandes, ricos y pobres, libres y esclavos, se hagan una marca en la mano derecha o en la frente, y que nadie pueda comprar nada ni vender, sino el que lleve la marca con el nombre de la bestia o con la cifra de su nombre” (vv. 16-17). Estamos así al vértice de la opresión usurpadora: el hombre no es ya libre, sino que se *convierte en esclavo*: señalado con la marca infame de la posesión, es propiedad absoluta del poder político, que puede disponer de él a placer. En el contexto de la revelación neotestamentaria, la impresión de esta marca sobre la mano derecha y sobre la frente evoca con claridad indiscutible una renovada actitud satánica y blasfema. De hecho, el único que puede imprimir su marca en el hombre es Jesucristo; él solo, en cuanto único Señor de toda realidad y de todo hombre, puede marcar a los hombres: la marca indeleble que él imprime en el corazón del hombre es el carácter bautismal que hace hijos y auténticos hombres libres. Llevar el nombre de Cristo sobre la frente y en el corazón (cfr. *Apocalipsis* 22,4) es sinónimo de plenitud y de libertad, además de signo de felicidad y gloria eterna. Cuando en cambio otro hombre —otra realidad o el mismo poder político— pretendiese imprimir su nombre y su marca a otro ser humano, nos encontraríamos de frente con la más radical forma de esclavitud. Tanto es así que si se nos convierte en esclavos de este tipo de poder, no se puede hacer nada, no se puede comprar ni vender. Aquí es fácil el reconocimiento en la historia, por ejemplo, de las varias “credenciales del partido y del régimen”. Lo que está en juego, obviamente, no es simplemente la posibilidad de comprar o vender, sino es, más generalmente, toda posibilidad de vivir, de hacer algo, de moverse libremente. Si no hay la aceptación de esta marca, que viene del poder satánico y de aquello que le da apoyo, no se puede hacer nada, no se puede seguir siendo hombres libres.

Sería indudablemente interesante continuar con la lectura de los capítulos 17 y 18 del libro del *Apocalipsis*. La meditación resultaría más enriquecida. Aquí, sin embargo, nos contentamos con algún simple señalamiento capaz de iluminar algunos nuevos elementos. Ante todo encontramos la indicación de otras fuerzas que sostienen y ayudan a este tipo de poder.

Además de la religión, instrumentalizada y convertida en agencia de propaganda del mismo poder, tenemos el *apoyo económico* de los valores de mercaderes (cfr. *Apocalipsis* 18,3.11-17). De hecho, todo poder calificable con las características satánicas que hemos recordado, inevitablemente encuentra en torno a sí —y, si no lo encuentra, lo crea— todo un grupo de personas («mercaderes de la tierra»), que se enriquecen a la sombra del lujo desenfadado de este poder. Y, precisamente éstas, si lo apoyan y simultáneamente lo tienen, pueden llevar adelante sus maquinaciones económico-comerciales hasta —si es el caso— sacrificar las mismas vidas humanas.

En segundo lugar, se subraya otra característica de este poder, simbolizada en la púrpura, en la escarlata, en el oro, en las perlas y en las piedras preciosas, con las cuales se adorna la mujer, que es la gran prostituta (cfr. *Apocalipsis* 17,3-5). Se trata del *lujo inmoderado*, del *prestigio* y de la consecuente *arrogancia*. El poder, en su diabolicidad, posee un prestigio que quiere salvaguardar a toda costa, aún a costa de hacerse arrogante frente a cualquier otra persona, tanto que “Babilonia la grande, está ebria de la sangre de los santos de la sangre de los mártires de Jesús” (*Apocalipsis* 17,6).

En este punto hay que notar que, siempre según el capítulo 17 del *Apocalipsis*, la caracterización satánica del poder, con todas sus manifestaciones, no se refiere sólo a un cierto poder político en particular, sino que parece ser típica de *todo poder político*. Para decirlo con realismo dramático, si un poder político no tiene viva su referencia al orden moral y no se le deja guiar por él, inevitablemente se arriesga a llegar a formas absurdas de degeneración, siempre dramáticas para los hombres que le están sujetos.

El mismo libro del *Apocalipsis*, sin embargo, nos asegura que *todo poder* así logrado no puede sostenerse en pie. Aunque haya

hecho caer a tantos está inexorablemente destinado a caer y *orientado a la destrucción*. No tiene dentro de sí una fuerza que lo pueda hacer resistir perennemente, porque está contra la señoría de Cristo, que se ha ya realizado y es operante en la historia desde que el dragón ha sido un mito. Un poder que esté contra el hombre no se funda en bases que en verdad lo puedan legitimar; es débil en sí mismo y, antes o después, los elementos de debilidad que lo constituyen explotan. Y cuando esto sucede, todos aquellos que en precedencia han sostenido, apoyado y dado una mano a este poder se rebelan contra él, y en las manos de Dios se convierten en instrumento para su degradación y su caída en ruina (cfr. *Apocalipsis* 18).

#### ALGUNAS ACTUALIZACIONES

Busquemos ahora actualizar estos textos y estas indicaciones de la Palabra de Dios, para ver cuales sugerencias tienen para quien se compromete hoy en lo social y en lo político.

Para ello, podemos preguntarnos: *¿hoy quién es César?* ¿Cuál es el poder que se nos presenta como satánico, según las características que hemos descrito? Podríamos quizá responder que el *poder constituido*, en todas sus articulaciones (poder político, económico, tecnológico, militar y a veces también religioso) puede asumir estas características. Esto puede suceder, en particular, cuando todas las formas señaladas del poder se condicionan, se integran, se apuntalan mutuamente, sin preocuparse por el verdadero bien del hombre y de la sociedad. César, el César satánico, en nuestra situación histórica, tiene muchas caras, frecuentemente mucho menos claras, frecuentemente mucho más ocultas y más sutiles. En consecuencia, puede parecer que no tenga ya ninguna cara, no sea ya identificable con algo preciso, porque se ha convertido en una realidad oculta e impersonal, se ha hecho en algún aspecto, invisible. Y cuanto más es invisible, tanto más es incontrolable, por lo que se nos conduce a reconocer que hoy, en este momento de los siglos XX y XXI, pueden ser múltiples las formas bajo las cuales se pueden presentar las tentaciones satánicas en el ejercicio del compromiso social y político. Trataremos de desenmascararlas.

#### HOY SON POSIBLES NUEVAS Y MODERNAS FORMAS DE DIVINIZACIÓN DEL PODER.

Una primera forma puede ser calificada como *politización de todo*, al menos en el sentido de no mirarse, a veces las realidades de este mundo, sino a través de la óptica típica del político, que no logra ya considerar las cosas con gratuidad e inmediatez, sino siempre está preocupado por los intereses a salvaguardar, por las atenciones estructurales a considerar hasta alcanzar verdaderas formas de maquinación. A veces, por parte de algunos, hay la tentación de mirar a las realidades más gratuitas en las relaciones humanas siempre con la mente y con el ojo ya viciado por la manera con la cual están frecuentemente obligados a relacionarse en la palestra política y social. De aquí pueden surgir varias formas, de la así llamada «razón de Estado».

También, la divinización del poder puede expresarse desde un punto de vista más personal, como *la costumbre de servicio, a la tiranía del compromiso social y político*, hasta el punto de no encontrar ya la posibilidad de una vida familiar, de una educación de los hijos, de un contacto vivo con la gente, que sean en verdad significativos. Se sabe que, cuando se entra en el engranaje del compromiso social y político, es difícil sustraerse a sus obligaciones. El tiempo siendo lo que es, es difícil sustraerse a esta tiranía; pero, en la medida en la cual la tiranía logra ejercitarse sin posibilidad de ser dominada y, al menos en parte, neutralizada, nos encontramos frente a una nueva divinización de la política, quizá no querida, pero existente. De hecho, si es así, el compromiso político, se hace absoluto; al menos por un cierto periodo de la vida, se hace la única realidad a lograr, absorbe fuerzas, tiempo e intereses, y esto no es correcto, no es justo, es satánico.

Otra forma con la cual la misma divinización de la política se manifiesta, consiste en la *incapacidad de pensar y de colocarse* (frente a los demás y a las decisiones a tomar) *sin identificarse con un cierto grupo político u organismo partidista* y con una cierta decisión que probablemente se haya tomado. En este caso se ha perdido toda real libertad interior. Esto es indudablemente más cierto, en algunas formas (sustancialmente no democráticas) de agresión

social y política. Pero esto, tristemente, puede ser cierto y también actual en agrupaciones más respetuosas de los valores de la libertad y de la autonomía personal, sobre todo cuando, por ciertos juegos interiores, no siempre limpios y lineales, el individuo no logra ya pensar sin la referencia directa (y sustancialmente pasiva) a la propia agrupación, —al propio partido— que ha pensado y decidido ya.

Otra tentación actual consiste en la *pérdida de la referencia última al cuadro fundamental de valores* que deben inspirar la acción política. Esta actitud de quien actúa perdiendo o habiendo perdido, o por lo menos no cuidando de reconstruir continuamente, la referencia última para la acción de sus motivaciones profundas, el cuadro de valores en el interior del cual está la misma acción ya vivida. No es suficiente, de hecho, para que la acción política sea conducida correctamente y lograr llevarla adelante con éxito decisiones específicamente importantes. Es necesario estar atentos también al todo, al horizonte general de valores: si no por otra cosa, para no correr el riesgo de operar decisiones específicas no respetuosas de los valores y de la inspiración de fondo.

Es necesario, además, subrayar *el riesgo de perder el sentido de la relatividad de la propia acción social y política*. Esta tentación se manifiesta, o puede manifestarse, a través de la absolutización de las propias decisiones, olvidando que en la elección de los programas, se está a nivel de realidades opinables, nunca totales y difícilmente capaces de garantizar y abarcar el área entera de los valores. Y se llega, en nombre de la absolutización de nuestras propias decisiones, a operar injustas discriminaciones frente a las personas y a los mismos hermanos de fe, en defensa de una unidad que, precisamente porque se trata de cuestiones que admiten un legítimo pluralismo y porque se toma como medida y base de verificación a nuestra propia opinión y la de nuestros amigos, no puede sino ser falsa y últimamente causa de laceraciones.

No se debe olvidar tampoco la tentación de *identificar los contenidos de la moralidad* y, más generalmente, del mismo bien común a través del método cuantitativo de *quien realiza la cuenta de lo que piensa la opinión pública* y la mayoría (más o menos real), o

incluso de lo que piensan y dicen los poderosos o lo que resulta de varios sondeos. De esta manera se haría de la democracia o, peor aún del pensamiento de unos cuantos influyentes, el criterio de la verdad, cayendo así en otro gran error. En estos años se ha discutido mucho de la “cuestión moral”, pero ¿cuáles son sus contenidos y sus coordenadas? Pueden ser identificados simplemente con cuanto piensa la opinión pública y con la así llamada costumbre vigente, o bien, ¿es necesario la referencia a aquel orden moral al interior del cual debe desarrollarse toda acción para el bien común? Ciertamente la referencia a este orden moral es esencial y en la propia acción social y política no nos podemos contentar —aunque ya sería una gran cosa— con estar atentos sólo a las así llamadas reglas del juego sino también a la moralidad de los fines.

Más generalmente, encontramos la clásica, y actualmente resurgente, tentación del *eficientismo*, que hace considerar justa una acción política, cuando hace alcanzar muchos éxitos y hace alabar y compartir la capacidad de quien es el artífice, prescindiendo de una consideración sobre los fines, los contenidos y los métodos de esta misma acción. En esta misma óptica eficientista puede entrar también aquella “lógica de toma de decisiones que no respeta las exigencias de una paciente maduración de lo permitido, o que busca extorsionar con el plebiscito generalizado, o se engaña operando con sondeos de los deseos, simplificando la complejidad de la política, de sus tiempos y de sus mediciones”.<sup>1</sup> Ciertamente no se deberá olvidar que la eficiencia tiene una no secundaria importancia y debe por tanto buscarse, y que son también necesarias las decisiones rápidas, valerosas y responsables. Pero todo esto, por sí mismo, no basta para legitimar y dar valor a una acción socio-política. Todavía más: siguiendo al Apocalipsis, valdría la pena subrayar que, si no se basa en el respeto del hombre, del orden moral y de los valores fundamentales, cualquier gestión del poder, aún la más eficiente, primero o después, se convierte en causa de su ruina misma y de su destrucción.

El ejercicio del poder político asume los tonos de la diabolicidad también cuando se *da prioridad no debida al Estado y a sus aparatos sobre las personas, sobre la familia, sobre las varias sociedades*

o realidades intermedias que a la persona y con la familia están más directamente relacionadas y que de la persona y de la familia constituyen casi el natural desarrollo. Con esto no se quiere decir que el Estado no cuenta para nada y que su área de influencia debe ser cada vez más reducida o, peor aún, que todo aquello que de positivo existe en la acción social y política está fuera del Estado y de sus estructuras: sería ingenuidad completa y ciego maniqueísmo. Se quiere más bien afirmar que todo debe siempre contribuir al bien de la persona, de la familia y de aquellas realidades intermedias, en un correcto y articulado pluralismo social, coherente con el principio de subsidiariedad y con el criterio-valor del bien común.

Hay, además otras tentaciones más vergonzosas, que contribuyen a hacer satánico el ejercicio del poder político a diversos niveles. Piénsese entre otros, en algunos *personalismos* más o menos pequeños y mezquinos, entre individuos que se comprometen conjuntamente, y que a veces, asumen el rostro de alianzas “mafiosas” y de feudos inatacables hasta en las pequeñas secretarías de partido, y que también provocan o acrecientan una escandalosa “conflictualidad que todo lo enmarca en el cuadro de la relación amigo-enemigo, donde con el amigo se tiene todo en común, con el enemigo, nada”.<sup>2</sup> Se piense, también en *la discriminación en las carreras* y en las más diversas *preferencias en los concursos*, según las pertenencias y las amistades políticas o las relaciones con diversos «lobbies» (grupos de interés) económicos, llegando así a situaciones no muy diferentes de aquellas estigmatizadas por el Apocalipsis, cuando habla de la marca de la bestia impresa en los hombres (cfr. *Apocalipsis* 13, 16 - 17); *a la incapacidad de mirar a los otros con auténtico respeto, amistad, “humanitas”*, reconociendo en el otro, ante todo a un ser humano, sin caer en la actitud de quien no logra vivir si no con relaciones funcionales, siempre preocupado de medir la ganancia personal o de grupo que de ello puede derivar. No se puede tampoco callar la posible *instrumentalización ideológica de la religión* aún por parte de los cristianos, con el fin de su propia acción social y política. Esta instrumentalización puede realizarse, por ejemplo, a través del intento de utilizar para segun-

dos fines la propia pertenencia eclesial, dando espacio a algunas consideraciones de orden religioso contra la descristianización de nuestra sociedad y para una renovada “sujeción a la realeza de Cristo”, utilizando algunos temas impartidos para los cristianos de manera instrumental o embelleciéndose con algunas “amistades” o promoviendo algunos gestos o celebraciones religiosas. En fin, no se puede olvidar que el compromiso social y político puede siempre conocer la tentación de *la fuerza, de la arrogancia, de la violencia* (física, moral) *y de la extorsión*.

Todo cuanto se ha dicho hasta aquí, concierne a algunas tentaciones que se dirigen más directamente a la responsabilidad y la decisión de las personas comprometidas en lo individual. Pero quisiera finalmente recordar otra tentación que, al menos en gran parte, depende de *estructuras y mecanismos externos al sujeto individual*. Quiero tratar el hecho —que se puede verificar— de un sujeto que decide comprometerse en la arena política correctamente y con coherencia, tratando de no caer en las desviaciones a las cuales hemos aludido, pero que, una vez que se ha insertado en este ámbito, es cercado por el engranaje concreto que lo esclaviza y lo lleva a ser como todos los demás. También en este caso se pone en juego “la constancia de los santos” (cfr. *Apocalipsis* 13, 10), que lo llama a resistir y a ofrecer su aportación para mostrar a todos que también la política puede ser vivida de manera irreprochable y correcta.

#### CONCLUSIÓN

Al final de este intento, incompleto y genérico, de analizar las tentaciones que el compromiso socio político hoy puede presentar, creo que sea lícito y quizá obligatorio, hacernos al menos estas dos preguntas.

*La primera.* Por casualidad, quizá inconsciente, ¿en mi compromiso socio-político, a cualquier nivel, asumo o he asumido también yo, al menos en algún aspecto, la lógica satánica descrita en el Apocalipsis? ¿Caigo también yo en algunas de las tentaciones recordadas o, al menos en alguna parte he caído? En el ejercer el poder que tengo, poco o mucho que sea ¿cómo actúo?

Y todavía más radicalmente, fuera de la formalidad de las preguntas, es necesario reflexionar si el poder es ejercido de manera que la verdad y la dignidad del hombre actúan en la realidad como criterio y límite de la acción social y política, en la conciencia de que la política existe precisamente para servir a esta misma verdad sobre el hombre, la cual permite a la política y al poder ser en verdad ellos mismos, evitando la autodestrucción en la cual caerían si se aliaran con la demagogia y con la corrupción.

La segunda interrogante concierne a todos, también a los simples ciudadanos, y puede ser muy actual cuando alguno decide comprometerse en política y también si se encuentra actuando en contextos animados por lógicas incorrectas en las que el criterio no es el bien común. Frente a un ejercicio del poder o a contextos concretos de ejercicio de éste que fueran caracterizados en modo satánico ¿cómo nos comportamos? La respuesta debiera poder ser la del Apocalipsis, en disposición a la resistencia, al martirio, a la constancia y a la fe de los santos. Se nos pide rebelarnos a una acción política que no sea guiada por el criterio fundamental del bien común, aún al costo de pagar con nuestra persona, de ser expulsados, de no poder ya vender o comprar, de no poder ya hacer política.

Es la lógica que ha caracterizado a muchos “*Rebeldes por amor*” durante la resistencia: la podemos encontrar en la oración escrita por uno de ellos, Teresio Olivelli, que ha pagado con la vida, hasta la muerte, su coherencia, un texto que más allá de un cierto estilo retórico y de algunas referencias históricas puntuales, vale la pena releer y meditar: “Señor, que entre los hombres levantaste tu cruz, signo de contradicción, que predicaste y sufriste la rebeldía del espíritu contra los pérfidos y los intereses de los dominantes, lo sordo e inerte de la masa, a nosotros oprimidos por un yugo oneroso y cruel, que en nosotros y antes de nosotros ha golpeado. Tú fuente de vidas libres, danos la fuerza de la rebelión. Dios, que eres verdad y libertad, haznos libres e intensos, anima en nuestro propósito, en nuestra voluntad, multiplica nuestras fuerzas, vístenos de tu armadura: nosotros te rogamos, Señor. Tú, que fuiste rechazado, vituperado, traicionado, perseguido, crucificado en la hora de

las tinieblas, sosténnos con tu victoria. Sé en la indigencia viático, en el peligro sostén, apoyo en la amargura. Cuanto más se fortalece y endurece el adversario, haznos más limpios y rectos. En la tortura cierra nuestra labios, no nos dejes caer. Si caemos, haz que nuestra sangre nos una a la de tu inocente y a la de nuestros muertos, has crecer en el mundo la justicia y la caridad. Tú que dijiste: yo soy la resurrección y la vida, dale en el dolor al país una vida generosa y severa. Libéranos de la tentación de los afectos: vigila Tú sobre nuestras familia. En las montañas y en las catacumbas de la ciudad, desde el fondo de las prisiones, nosotros te pedimos: sea en nosotros la paz que sólo Tú sabes dar. Dios de la paz y de los ejércitos, Señor que llevas la espada y la alegría, escucha nuestra oración, rebeldes por amor”.

En otro contexto, diverso al de la resistencia, pero no menos exigente y riesgoso, en las más diversas situaciones que demandan una cierta “objeción de conciencia”, se pide a cada uno de nosotros dar con nuestra vida testimonio de esta misma oración, para que se nos dé, libres de la tentación de todo afecto y de toda liga, la posibilidad de comprometernos valerosamente en el testimonio de una política en verdad a servicio de Dios para el bien del hombre; aunque este testimonio nos exija el sacrificio total de nuestras propias aspiraciones y aún de nosotros mismos.

Dejándonos inspirar por una afirmación de san Ambrosio. “El orden del poder viene de Dios, pero del dominio viene la ambición”<sup>3</sup>, una invitación conclusiva: no obstante todas las tentaciones y los riesgos que hemos señalado, no debemos considerar a la política como algo inevitablemente sucio y condenado. El poder, aún con los riesgos a él intrínsecos, no es algo sucio por sí. Puede conjugarse con el servicio, puede ser condición para servir mejor: entonces puede ser visto como servicio a Dios y al hombre, como expresión de caridad y vía de santificación. Pero es necesario vigilar para no dejarse tomar por la ambición. Este es el conjunto de todas aquellas mezquindades, bajezas y maldades que caracterizan la acción de quien mira exclusivamente a su interés personal y no duda en usar, para conseguir el éxito, medios lícitos e ilícitos. Como tal, la ambición puede hacer diabólico el ejercicio del poder.

NOTAS

1 C. M. MARTINI, *Hay un tiempo para callar y un tiempo para dialogar. Discurso para la fiesta de San Ambrosio* (6 de diciembre de 1995), ITL, Milán 1995, p. 14.

2 C.M. MARTINI, *Hay un tiempo para...*, cit.

3 San Ambrosio, *Explicación del Evangelio según San Lucas*, IV, 29.

## CAPÍTULO 4

### SE HIZO SILENCIO EN EL CIELO DURANTE CERCA DE MEDIA HORA

#### Ponerse en escucha de la Palabra de Dios

Si queremos volver a dar sentido al compromiso social y político, es necesario darnos espacio para tener auténticas experiencias espirituales, convertirnos en hombres nuevos, darnos un suplemento de alma para la acción y el compromiso propios. Todo esto requiere conversión, oración y escucha de la Palabra.

Es este el testimonio que nos viene de algunos laicos que han contribuido a construir la historia de nuestro país. Para Lazzati, por ejemplo, era fuerte la necesidad de una intensa y exigente vida de fe y el estar de rodillas en adoración es en mucho una característica suya. En Aldo Moro, la acción política se desarrolló en la línea de una religiosidad centrada en un exigente itinerario de ascesis interior. Toda la vida de La Pira se comprende a partir de una experiencia personal en la cual el compromiso civil era visto como la natural integración de un camino vital de contemplación, estudio, caridad activa y experiencia casi monástica. En la base de la acción de De Gasperi se encuentra una religiosidad fuertemente interior y personal, basada en una continua referencia a la Palabra de Dios, continuamente interrogada a la luz de la experiencia personal.

Demostraciones todas de la absoluta necesidad de que la presencia de los laicos cristianos en la sociedad se basa de raíz en un severo aprendizaje de vida eclesial y en un amplio y articulado compromiso formativo dirigido a la maduración de laicos que sean sujetos activos y responsables de una historia por hacer a la luz del Evangelio<sup>1</sup>. Sólo bajo estas condiciones, los mismos laicos cristianos podrán presentarse y actuar en la vida social y política con su precisa identidad. Una identidad que «fuera de todo equivoco, no coincide con los programas de acción cultural, social o política que



los cristianos, solos o asociados, persiguen. Se funda en cambio en la fe y en la moral cristiana, con un preciso reclamo a la enseñanza en campo social; se vive en la comunión eclesial y se confronta fielmente con la Palabra de Dios leída en la Iglesia. Es una identidad por encarnar, sin reivindicarla sólo para sí, en el pluralismo de las situaciones, día tras día cuando precisamente la fe anima las capacidades humanas del análisis, de encuentro, de mediación y de proyección».<sup>2</sup>

#### **DAR LA PRIMACÍA AL HOMBRE INTERIOR**

La situación que estamos viviendo -descrita por diversos autores con las imágenes de la noche, de la niebla, de la confusión, exige urgentemente que se de un suplemento de renovación a la acción social y política. Esto, a su vez, requiere conversión, regresar a Dios, volver a darle la primacía absoluta al hombre interior.

Es lo que ha recordado con fuerza don Giuseppe Dossetti en ocasión del octavo aniversario de la muerte de Lazzati (18 de mayo de 1994), comentando este oráculo del profeta Isaías: «Alguien me grita desde Seir: Centinela, ¿qué hay de la noche? Centinela ¿cuánto resta de la noche? El centinela responde “se hizo de día y también de noche. Si queréis preguntar volveos, venid” (21,11-12).

Después de haber delineado algunos aspectos de la noche que caracteriza nuestros días con algunos evidentes síntomas de decadencia global en los que se encuentra Italia, ponía en guardia frente a la ilusión de fáciles remedios y en particular, recordaba que —dada la profundidad de las causas de esta noche— «no se puede esperar que se pueda salir sólo con remedios políticos.»<sup>3</sup> Hay necesidad de algo más, de un cambio radical que es la conversión: «No se trata tanto de buscar en la noche remedios exteriores más o menos fáciles, sino ante todo de un transformarse interiormente, de un movimiento íntimo, de un voltearse positivamente hacia el Dios de la salvación. Raíz de esta conversión es ante todo la compunción, el arrepentimiento. En el caso nuestro, debemos en primer lugar convencernos de que todos nosotros, católicos italianos, hemos gravemente fallado, especialmente en los últimos dos decenios y que son grandes culpas (no sólo errores o meras insufi-

ciencias), grandes y verdaderos pecados colectivos que apenas hoy hemos comenzado a perdonar y a deplorar en la medida en que se debe».<sup>4</sup>

Positivamente este cambio debe llevar a encontrar y a vivir -en medio de la bacanal exterior- el primado de la interioridad o del hombre interior, del hombre nuevo, revestido de Cristo (cfr. *Gálatas* 3, 27; I *Tesalonicense* 5, 8; *Colosenses* 3, 12), formado a ser y actuar en el tiempo mirando más allá del tiempo, habituado a escrutar la historia y a comprometerse en ella, pero a la luz de la escatología.<sup>5</sup> Esto requiere evidentemente que se tenga el deseo de condicionar el pensamiento de Dios, de habitar en su Palabra, de encontrar en el silencio la posibilidad y el gusto de vivir en íntima unión con Él.

#### **LA GRAN ORACIÓN DEL PUEBLO ITALIANO**

Lo ha dicho con fuerza también Juan Pablo II en su carta a los Obispos italianos en la Epifanía de 1994, insistiendo sobre la necesidad de un profundo cambio, no sólo social y político, sino también moral y cultural, de las mentes y de los corazones.<sup>6</sup> Un cambio que debe encontrar, en la «gran oración» del pueblo italiano y para el pueblo italiano, su fuente y su alimento. De hecho, «si la sociedad italiana debe profundamente renovarse, purificándose de sus sospechas recíprocas y mirando con confianza hacia su futuro, entonces es necesario que todos los creyentes se movilicen mediante su común oración».<sup>7</sup>

Hacer un llamado a la oración quiere decir recordarnos el primado de Dios sobre el hombre, de su acción en nuestro protagonismo, de la escucha continua y amplia de su Palabra. Como el Papa mismo lo ha recordado, «la oración significa siempre una especie de «confesión», de reconocimiento de la presencia de Dios en la historia y de su obra a favor de los hombres y de los pueblos, al mismo tiempo la oración promueve una más estrecha unión con Él y un recíproco acercamiento entre los hombres».<sup>8</sup>

Y es precisamente el reconocimiento de la presencia y de la acción de Dios que exige se deba dar espacio adecuado a la escucha de fe de la Palabra de Dios, a un renovado encuentro con el

Evangelio. De esto Europa e Italia hoy tienen urgente necesidad, como se ha visto durante el Convenio eclesial celebrado en Palermo, interpretado como una etapa nueva de la «gran oración» del pueblo y para el pueblo italiano. Para que los católicos italianos puedan «anunciar, más creíblemente, el Evangelio de Cristo y así más eficazmente contribuir al bien de la nación; para que ellos puedan «contribuir a reavivar la conciencia moral de la nación, haciéndose artesanos de unidad y testigos de esperanza para la sociedad italiana», es necesario «dejarse plasmar por la escucha de la Palabra de Dios, alimentándose y purificándose continuamente de las fuentes de la liturgia y de la oración personal».<sup>9</sup>

#### **A LA ESCUCHA DE LA PALABRA**

Hay necesidad, por lo tanto, de reconocer la primacía de la Palabra, de ponerse a su escucha. Este debe ser el ejercicio de toda la vida. Pero son necesarias algunas condiciones.

Puede suceder, —como leemos en una página profética— que no se la puede encontrar y se esconde aunque se la busque: «He aquí, que vienen días, —dice el Señor Dios— en los cuales mandará hambre a la tierra, no hambre de pan ni sed de agua, sino de oír la Palabra del Señor. Entonces vagarán de mar a mar y vagarán del septentrión a oriente para buscar la Palabra del Señor, pero no la encontrarán» (Amós 8,11-12). Estos textos del profeta Amós son muy crudos, muy dramáticos para el pueblo de Israel y para cualquiera que, en la fe, los escucha. Quieren significar la imposibilidad, la incapacidad por parte del hombre y del pueblo de encontrar la Palabra de Dios para poder escuchar; una incapacidad que existe no obstante se busque esta Palabra de Dios. No es, de hecho,—como es descrita por Amós— la situación de quien no se interesa o no va a la búsqueda de esta Palabra; más bien es la situación de quien tiene hambre y sed de escuchar la Palabra de Dios, pero no logra satisfacerla, como decía también el profeta Oseas: «Buscarás al Señor pero no lo encontrarás» (5,6).

Pero ¿cuál es el motivo por el cual el pueblo, aunque la busque, no encuentra la Palabra del Señor? El motivo es que ésta búsqueda de la Palabra del Señor sucede en el interior de una situación

desviada, hecha del alejamiento de Dios, de disipaciones, de bienestar opulento. Estamos, de hecho, con el profeta Amós, en una sociedad típicamente burguesa y opulenta. Es el mismo profeta quien describe, en los textos que se presentan antes de los versículos citados la situación de su sociedad: en donde hay despreocupación y seguridad. Una seguridad que es sinónimo de orgullo y de soberbia. No olvidemos, entre otros, que la soberbia es el mismo pecado del que Isaías acusa al pueblo de Israel y a sus gobernantes como el pecado de aquellos que, precisamente porque se sienten poderosos creen poder prescindir de Dios: ahora piensan tener en sus manos la suerte de su país y de su mundo. Despreocupación, seguridad, orgullo, soberbia, presunción de potencia, relajación de las costumbres, desinterés e indiferencia frente a aquellos que están en dificultad: los más débiles, he aquí las conocidas características de aquella sociedad. Dice el profeta: «¡Ay de aquellos que se sienten seguros de Sión, y de los confiados en la montaña de Samaria, los notables de la capital de las naciones, los que acuden a la casa de Israel! Pasad a Kalné y ved, id de allí a Jamat la grande, bajad luego a Gat de los filisteos, ¿Son acaso mejores estos reinos? ¿Su territorio es mayor que el vuestro? Vosotros que creéis alejar el día funesto, y hacéis que se acerque un estado de violencia. Acostados en camas de marfil, arrellanados en sus lechos, comen corderos del rebaño y becerros sacados del establo, canturrean al son del arpa, se inventan, como David, instrumentos de música, beben vino en anchas copas, con los mejores aceites se ungen, mas no se afligen por el desastre de José. Por eso, ahora van a ir al cautiverio a la cabeza de los cautivos y cesará la orgía de los sibaritas» (Amós 6, 1 - 17).

Y sin embargo esta sociedad, en la cual se hace imposible encontrar la Palabra de Dios no obstante se le busque, es una sociedad en la cual, al menos aparentemente, hay un cierto espíritu religioso o, mejor dicho *hay una apariencia de espíritu religioso*. Los miembros de esta sociedad creen estar bien porque celebran las fiestas de su religión; pero su celebración de las festividades no es acompañada por la atención al pobre y de la práctica de la justicia, como lo denunciaba el profeta Isaías en un texto muy famoso:

«¿Por qué ayunamos, si tú no lo ves? ¿Para qué nos humillamos, si tú no lo sabes? Es que el día en que ayunabas, buscabas tu negocio y explotabas a todos tus trabajadores. Es que ayunas para litigio y pleito y para dar de puñetazos a malvados. No ayunes como hoy, para hacer oír en las alturas tu voz. ¿Acaso es éste el ayuno que yo quiero el día que se humille el hombre? ¿Había que doblegar como junco la cabeza en sayal y ceniza estarse echando? ¿A eso llamas ayuno y día grato al Señor? ¿No será más bien este otro el ayuno que yo quiero: desatar los lazos de maldad, deshacer las coyundas del yugo, dar la libertad a los quebrantados, y arrancar todo yugo? ¿No será partir al hambriento tu pan, y a los pobres sin hogar recibir en casa? ¿Qué cuando veas a uno desnudo le cubras y de tu semejante no te apartes?» (58, 3b-7).

Análogamente, así se expresa el profeta Amós: «Escuchad esto los que pisoteáis al pobre y queréis suprimir a los humildes de la tierra, diciendo: ¿Cuándo pasará el novilunio para poder vender el grano, y el sábado para dar salida al trigo, para achicar la medida y aumentar el peso, falsificando balanzas de fraude, para comprar por dinero a los débiles y al pobre por un par de sandalias, para vender hasta el salvado del grano?». (8,4c-6). Se trata, por lo tanto, de una sociedad en la cual el gesto de culto es sólo aparente, porque no está acompañado por la atención a la justicia y la práctica del derecho. Cuando, aún más, sucede que los mismos días de fiesta son ocasiones para maquinaciones y tranzas para con los pobres y los indigentes.

En esta sociedad, no obstante la búsqueda, no se logra encontrar la Palabra de Dios

Y bien, este tipo de sociedad, en algunos aspectos, se representa en todo momento de la historia y también hoy. También nosotros somos parte, en algún momento, de una sociedad que tiene algunas de las características que el profeta detestaba. Por ejemplo: la seguridad, el orgullo de la superioridad, la autosuficiencia, el desinterés frente a los débiles, el interés en urdir maquinaciones frente a quien es más inteligente. Entre otros, estas pueden ser precisamente algunas de las tentaciones típicas de quien, a diversos niveles, ostenta el poder y administra la cosa pública. Más sen-

cillamente, podremos decir que este tipo de sociedad caracteriza también nuestro mundo, marcado por la despreocupación, relajamiento de las costumbres, poca justicia y no suficiente solidaridad o, bajo otra vertiente, por la excesiva preocupación para los negocios y por el bienestar.

De ello deriva la invitación —si queremos estar en posibilidades de escuchar la Palabra— a salir del engranaje, en algún aspecto esclavizante, del tipo de vida que conducimos, para saber ir hasta las raíces, para saber regresar a nosotros mismos, para saber comprender lo que es el sentido más profundo del ser hombre. Sería como decir que si no se sabe, si no se tiene el valor de salir de este engranaje cotidiano, es casi imposible encontrar estas raíces. Precisamente como para el pueblo de Israel: si no hubiese salido de aquel clima en donde estaba completamente inmerso, le hubiera sido imposible encontrar sus raíces auténticas que son la Palabra de Dios y de aquello que la Palabra de Dios revela.

Este es un poco el clima y la situación en la cual hoy nos podemos encontrar viviendo. Es una situación que podría quizá parecer demasiado comprometida o, peor aún, hasta al límite de no dejar esperanzas. Y en cambio, una vez más, es necesario recordar que, aún en estas situaciones límite, la esperanza no desaparece, sino que a través de estas situaciones Dios está actuando. Si Dios actúa, no se hace reconocer, si no permite que se encuentre su Palabra, es quizá para «costreñirnos» a comprender un poco más que cosa significa haber abandonado a Dios y cual sea el éxito dramático del dejarse esclavizar por un tipo de vida donde Dios no tiene más espacio o, por lo menos, no tiene el espacio que debe tener para ser Dios. Entonces, esta imposibilidad e incapacidad de encontrar la Palabra de Dios, este silencio de Dios, puede y debe ser visto como una ocasión ulterior que Dios deja al pueblo y al hombre para regresar a sí mismo.

Dios, como nos recuerda el profeta Oseas (11, 1 - 9), no se *rinde a que el hombre se pierda*, no puede darse paz si el hombre continúa a estar lejos de Él; tanto menos puede gozarse de esta situación. No puede darse paz, no se rinde frente a este clima en el cual el hombre está inmerso y que lo tiene lejos de Él; no se rinde

precisamente porque es Dios y ama al hombre, este hombre creado según su imagen y semejanza. Él es el Dios que —nuevamente por boca del profeta Oseas (2,16) —después de haber considerado el pecado de Israel—, se expresa con estas lapidarias e intensas palabras: «Yo voy a seducirla: la llevaré al desierto y hablaré a su corazón». Y precisamente es esta voluntad de Dios, de atraer al desierto al pueblo y al hombre y de hablar a ellos al tú por tú que vuelve a dar al hombre y al pueblo la posibilidad de redescubrir sus propias raíces, reencontrar el sentido de la propia existencia y, por lo tanto de reencontrar la posibilidad del encuentro con la palabra que da sentido.

Pero esto sucede en el desierto. Y desierto es el lugar del silencio, en el cual todo rumor y todo ruido son hechos a un lado; es el lugar de un silencio que puede, a veces ser dramático, que puede dejar verdaderamente desconcertados, porque todo calla y entonces aquello que puede hablar es sólo nuestro corazón y el corazón de Dios; sólo su Palabra (una palabra que está al principio), puede ser escuchada entonces.

El desierto es también el lugar de la prueba, que se convierte en juicio sobre la vida y sobre la fe. El desierto es también fatiga, porque vivir en el desierto no es ciertamente como vivir en nuestras casas: vivir en el desierto quiere decir vivir en lo esencial absoluto, en la carencia y en la indigencia de aquello que normalmente es necesario para la existencia.

El desierto es como el conjunto de estas realidades, y es donde se puede todavía escuchar la Palabra de Dios, aquella palabra de la cual sentimos la sed y el hambre precisamente porque —normalmente estamos inmersos en el ritmo cotidiano de la vida— no logramos gustarla, no logramos percibirla.

De todo esto emerge la necesidad absoluta del silencio, para encontrar y volver a Dios y para reentrar en nosotros mismos. Como ha escrito el Arzobispo de Milán: «La capacidad de vivir un poco del silencio interior denota al verdadero creyente y lo separa del mundo de la incredulidad (es una frase muy fuerte que dice que, si no sabemos vivir un poco de silencio interior, y no obstante vivimos los gestos de la fe, en realidad somos parte del mundo de la incre-

dulidad y no logramos separarnos de él). El hombre que ha despojado de sus pensamientos, según los dictados de la cultura dominante, al Dios vivo que de por sí llena todo espacio, no puede soportar el silencio. Para el que considera vivir en los márgenes de la nada, el silencio es el signo terrorífico del vacío. Todo ruido, por cuanto tormentoso y obsesivo, le es más agradable; toda palabra aún la más insípida, es liberadora de un incubo; todo es preferible a ser colocados implacablemente, cuando toda voz calla, ante el horror de la nada. Toda charla, toda queja, toda estridencia es bien aceptada si de alguna manera y por algún tiempo logra alejar la mente de la conciencia del universo desierto. El hombre «nuevo» —del cual la fe ha dado una vista penetrante, que ve más allá de la escena, y la caridad un corazón capaz de amar lo invisible— sabe que el vacío no existe y la nada está eternamente vencida por la divina infinitud; sabe que el universo está poblado por criaturas felices; sabe ser expectador y ya en alguna manera partícipe de la exultación cósmica, del misterio de luz, de amor, de felicidad que muestra la vida inextinguible del Dios Trino. Por ello el hombre nuevo, como el Señor Jesús que al alba subía solitario a las cimas de los montes (cfr. Marcos 1,3; Lucas 4,42; 6,12; 9,28), aspira a tener para sí algún espacio inmune de todo ruido enajenante, donde sea posible tener el oído y percibir algo de la fiesta eterna y de la voz del Padre. No se malentienda: el hombre «viejo», que tiene miedo del silencio, y el hombre «nuevo» generalmente conviven, en proporciones diversas, en cada uno de nosotros. Cada uno de nosotros es exteriormente asediado por hordas de palabras, de sonidos, de clamores, que ensordecen nuestro día y hasta nuestra noche; cada uno está interiormente insidiado por el multiloquio mundano que con mil futilidades nos distrae y nos dispersa. En este ruido, el hombre nuevo que está en nosotros debe luchar para asegurar al cielo de su alma aquel prodigio de silencio durante cerca de media hora de la cual habla el Apocalipsis (8,1); que sea un silencio verdadero, lleno de la presencia resonante de la Palabra, dirigida a la escucha, abierto a la comunión»<sup>10</sup>.

Hay necesidad, por lo tanto, de vivir este silencio para saborear la presencia de Dios y el sonido vivificante de su Palabra. La

praxis de la «Lectio divina», o en cualquier caso, la asidua frecuentación y la humilde y orante escucha de la palabra de Dios es necesaria, entonces, para vivir este silencio, para saborear la presencia de Dios y el sonido vivificante de su Palabra. La práctica de la «Lectio divina», la comunicación, la asidua frecuencia y la humilde y orante escucha de la Palabra de Dios es aquello que nos hará capaces de abrirnos a los valores de Dios, a sus orientaciones en la historia, a sus elecciones. Es presupuesto y condición indispensable para captar el diseño de Dios sobre la historia y sobre la misma convivencia social, para así operar correctamente para la edificación del bien común.

Un acción social y política que no se alimente continuamente en la escucha de las grandes palabras de Dios se hace plana, inconcluyente, gira sobre sí misma y termina en aquellas vidas secas que todos conocemos..

Si queremos verdaderamente pasar la página e iniciar una nueva estación de compromiso, de presencia valerosa y coherente en la sociedad, es necesario que, ante todo, nos dejemos inspirar y nutrir por la Palabra de Dios, liberando nuestra existencia de todo aquello que hace arduo o imposible buscarla y encontrarla.

8 Juan Pablo II, Discurso a la Iglesia italiana en Palermo (23 de noviembre de 1995), n.9 en *L'Osservatore Romano*, 24 de noviembre de 1995, p. 5.

9 Ibid.

10 C.M. MARTINI, *La dimensión contemplativa de la vida. Carta pastoral 1980/81* (8 de septiembre de 1981) Centro ambrosiano de documentación y estudios religiosos, Milán 1980, pp. 20-22.

## NOTAS

1 Cfr. CEI - Consejo Permanente, *La Iglesia italiana y la perspectiva del país* (23 de octubre de 1981), nn. 21-23.

2 Ibid., n. 25.

3 Cfr. G. DOSSETTI, ¿Centinela cuánto queda de la noche? en IDEM, *Conversaciones*, en *Diálogo*, Milán 1994, pp 42-29.

4 G. DOSSETTI, *Centinela...cit.*, pp. 49-50

5 Cfr. Ibid., cit., 50-56.

6 Cfr. Juan Pablo II, *La responsabilidad del católico de frente a la fe en el actual momento histórico. Llamada a un gran peregrinar del pueblo italiano* (6 de junio de 1995) n. 7.

7 Ibid., n.8.

## CAPÍTULO 5

### DAME LA SABIDURÍA

#### La oración del cristiano comprometido en política

A fin de que el compromiso socio-político pueda ser vivido como camino de santificación, en un auténtico servicio a Dios y a los hombres, es necesario *dar nuevamente la primacía a la vida espiritual*, de la cual la oración es la base ineliminable.

Lo habían declarado con incisividad nuestros Obispos desde 1981: “El primer compromiso que la Iglesia y los cristianos desean confirmar y realizar con nueva intensidad es (...) la voluntad de dar siempre más claramente el primado a la vida espiritual, de la cual depende todo el resto. Sacerdotes, religiosos, religiosas y laicos, que vivan la vida de gracia y de comunión con Dios, en la fe, en la esperanza, en la caridad, en una incesante oración personal y comunitaria, son levadura buena de la cual el mundo tiene necesidad [ ... ] No tenemos la sospecha que mirar hacia Cristo pueda significar evadirse de la situación. No pocas experiencias recientes nos confirman que perderse en la realidad social sin nuestra identidad es un grave riesgo que debemos evitar. Si no hemos hecho bastante en el mundo, no es porque seamos cristianos, sino porque no lo somos bastante”.<sup>1</sup> Lo ha recordado Juan Pablo II en Palermo en el Tercer Convenio de la Iglesia Italiana: “No hay renovación, aun social, que no parta de la contemplación de Dios en la oración que inserta en las páginas de la historia una fuerza misteriosa que toca los corazones, los induce a la conversión y a la renovación, y precisamente esto se convierte también en una potente fuerza histórica de transformación de las estructuras sociales”.<sup>2</sup>

De estos sencillos señalamientos deriva, con suficiente claridad, la necesidad de la oración, también para quien se compromete en lo social y en lo político.

La oración es esencial para todo cristiano; pero, si así lo pudiéramos expresar, es todavía más indispensable para aquellos discípulos de Cristo que están más expuestos a los contrastes del servicio, a las dificultades de su tipo de servicio, a las fatigas de la vida pública. De manera más general y más sencilla, se podría quizá decir *que cuanto más es difícil la tarea a realizar como cristianos, tanto más se debe orar*. En otros términos: no nos debemos engañar de poder lograr vivir ciertos tipos de servicio sin la gracia de Dios; no nos podemos engañar de lograr el éxito solos. Son afirmaciones que aquí damos un poco como ya comprendidas y que, en algún aspecto resultan evidentes desde nuestra misma experiencia personal.

#### LA IMPORTANCIA DE LA ORACIÓN

De estas consideraciones emerge *la importancia de la oración*. Esta importancia, sin embargo, es mucho más profunda y anterior, encontrando su *fundamento en una relación entre Dios y nosotros*. Si se ama realmente, si se escucha recíprocamente, se está cerca, se busca estar juntos: es en esta relación fundamental y dialógica de amor en la que se basa toda la necesidad y toda la importancia de la oración. Sobre la base de este fundamento esencial, se pueden luego describir y recordar otros aspectos importantes de la oración; son aspectos particularmente significativos para quien está comprometido en campos no fáciles, como pueden ser aquellos sociales y políticos.

La oración puede ser importante para *pedir luz y consejo*, para *realizar una verificación* y también para *pedir consuelo* en aquello que se hace. Si hubiese alguno que considerase que algunas de estas cosas —¡incluida la consolación!— se pueden hacer a un lado, probablemente éste estaría minado en alguna dimensión de su humanidad porque ningún hombre logra vivir sin un mínimo de luz y de consolación, tan es cierto que si bien no debemos comprometernos para ser consolados y para encontrar satisfacciones y gratificaciones, todas estas cosas, cuando existen, nos pueden hacer bien y nos pueden ayudar. Y bien, en la oración —diálogo personal con el Señor— podemos encontrar también esto.

La oración auténtica, de hecho, es un diálogo a tú por tú, entre dos personas vivientes y palpitantes que se encuentran, de las cuales una —Dios— es la más viviente y palpitante y es capaz de infundir fuerza y vitalidad a la otra que, a veces, puede ser menos viviente y palpitante.

Otro aspecto importante de la oración consiste en la posibilidad que ésta nos ofrece de *salir del ruido*, en el que nuestros compromisos nos insertan continuamente y a los que estamos continuamente relacionados y encadenados. Como también en la posibilidad, confiándonos a la única roca segura que es Cristo, *de salir de la tentación, de la susceptibilidad, de la resaca, de la defensa de algunas seguridades personales*. Así, en la oración, también las seguridades que podemos tener son purificadas de toda ilusa sobre-estructura y son fuertemente ancladas, con todas las necesarias mediaciones, en el fundamento estable que es el Señor.

Todavía más, la importancia de la oración reside en el *encontrar todos los días* (y creo precisamente haya necesidad todos los días) *las motivaciones* más profundas y más verdaderas del *compromiso* y para aprender de Jesús qué cosa quiere decir servir y cuál es el estilo auténtico del siervo.

La oración es, por lo tanto, verdaderamente importante. No puede hacerla a un lado quien está comprometido en política. En este punto, sin embargo, es quizá inevitable que surja en lo íntimo una *posible objeción*: ¿cómo se hace para vivir todos los días, en concreto, esta importancia de la oración? Saliendo de las metáforas, ¿cómo encontrar *el tiempo para orar*? Frecuentemente cuando se tiene algo por hacer, se dice: tengo demasiado que hacer, por lo tanto tengo poco tiempo para orar.

Escribía Giuseppe Lazzati: “Esta objeción típica de la mentalidad moderna está llena de esa ‘herejía de la acción’ que quiere atribuir a sí mismo y sólo a sí mismo, la capacidad de hacer. Inútil decir que esta objeción se presenta principalmente por lo que se refiere a la oración de los laicos (pero no sólo a ellos). Ahora bien, que los laicos tengan mucho que hacer está fuera de duda, tanto más que su vocación está dirigida a la acción. Sólo que no se deberá nunca olvidar que la acción pedida al laico no es

una acción cualquiera, sino es acción que debe transformarse en un sacrificio espiritual agradable a Dios. Así, de hecho, se expresa el Concilio cuando habla de las obras de los laicos. Ahora bien, no hay duda que, para que esto suceda, es necesario que en los laicos se invierta la lógica de la objeción: “Tengo mucho que hacer, por lo tanto debo orar mucho más”.<sup>3</sup> Si se me permite un recuerdo personal, quisiera subrayar cuanto me decía una persona a mí muy cercana, que había tenido ocasión, en los años 40, de ir en bicicleta con Lazzati a visitar y a encontrar algunos grupos de Acción Católica en diversos pueblos. Me contaba que a veces sucedía que iban a las parroquias sin pensar en llevar consigo alimentos para comer y que, a veces llegados a mediodía sin haberse recordado de comprar algo, Lazzati invitaba a poner las bicicletas frente a la Iglesia parroquial y a entrar para hacer una hora de adoración, antes de continuar el camino. Este hecho se me ha quedado siempre impreso como precioso testimonio. Creo entonces que, si Lazzati ha escrito luego las expresiones que hemos citado, lo ha hecho diciendo cosas vividas personalmente; y ninguno, creo, pueda decir que Lazzati era un laico que tenía poco que hacer.

El mismo Lazzati, recordaba no sólo que si se tiene mucho que hacer es necesario orar mucho más, sino también que es necesario *colocar la oración en un lugar preciso*, que es el primer lugar. “Esto significa que nada —en cuanto a juicio de valor— puede ser antepuesto a la oración. Ni siquiera las cosas que parecerían las más importantes tienen el poder de hacer pasar a segundo plano la oración. Ciertamente, salvaguardar este primado de la oración exige tenacidad, sobre todo porque nuestra naturaleza, nuestra instintividad [...] lo comprenden poco. Pero este es el primer campo del combate. Aprenderemos a ser fieles en todos los demás campos tanto cuanto hayamos aprendido a ser fieles en éste. Y si lo hemos aprendido, experimentaremos cuanto esta fidelidad plena, generosa, sea fecunda para todos los otros campos de la vida en los cuales las inevitables dificultades, tentaciones y contrariedades, se superan sólo si nos sostiene una auténtica fidelidad a la oración”.<sup>4</sup> Si debo expresar sinceramente mi parecer, debo decir que leyendo estas páginas he pensado que son cosas ciertas, pero que en el curso del

volumen, habría encontrado, al menos en referencia a los laicos, algún correctivo a estas afirmaciones. Y, en cambio, continuando la lectura del texto, nos damos cuenta que el autor pide, para los laicos y para los sacerdotes algunas cosas como: hacer la meditación, todos los días en la mañana cuando se está fresco todavía; encontrar, en la tarde de toda jornada, una buena media hora en la cual orar al Señor posiblemente con la visita eucarística o, si no se puede ir a la Iglesia, en el silencio de la propia recámara; hacer todas las tardes el examen de conciencia; buscar el tiempo de recitar todos los días el rosario y posiblemente alguna hora del oficio divino; lograr (¡también esto!) tener un poco de lectura espiritual.<sup>5</sup> Obviamente, a la luz de estas indicaciones, cada uno —según sus ritmos, sus compromisos, sus posibilidades— debe identificar y fijar su programa cotidiano de oración.

#### EL CONTENIDO DE LA ORACIÓN

Después de haber rápidamente señalado la importancia de la oración, nos queremos detener en el *contenido de la oración* que exige el compromiso en lo social y en lo político. Si la oración —más allá de la «*elevatio mentis in Deum*» y por lo tanto, escucha de su Palabra— es petición a Dios de cosas convenientes “*petitio decentium a Deo*” ¿por qué debe orar quien está comprometido en el ámbito público, qué cosa debe pedir al Señor quien está comprometido en lo social y en lo político?

En dar una respuesta nos viene en ayuda *la situación de Salomón*. Él es por aquel entonces todavía joven, ha, apenas, heredado el reino de su padre David; se da cuenta de que gobernar el pueblo de Israel —un pueblo numeroso y elegido por Dios— es algo demasiado grande y arduo para sus pobres espaldas. Se siente por tanto abrumado por el peso de esta responsabilidad. Por ello pide a Dios hacerlo capaz de gobernar sabiamente y con justicia; invoca de Dios un corazón dócil, capaz de dar justicia, capaz de distinguir el bien del mal.

Dice el texto bíblico: “*El Señor apareció en sueño a Salomón durante la noche y le dijo: ‘Pídeme aquello que yo debo concederte’*”. *Salomón dijo: “Tú has tratado a tu siervo David, mi padre, con*



*gran benevolencia, porque él había caminado ante ti con fidelidad, con justicia y con corazón recto hacia ti. Tú le has conservado esta grande benevolencia y le has dado un hijo que sentase en su trono, como sucede hoy. Ahora Señor, mi Dios, tú has hecho reinar a tu siervo en el lugar de David mi padre. Y bien, yo soy un muchacho; no se como regularme (si todos y siempre, aún los más expertos en la gestión del poder, tuvieran la conciencia de ser siempre muchachos que no saben como comportarse); tu siervo está en medio de tu pueblo que has elegido, pueblo tan numeroso que no se puede calcular ni contar.*

Concede a tu siervo un corazón dócil para que sepa hacer justicia a tu pueblo y sepa distinguir el bien del mal, porque ¿quién podría gobernar a este tu pueblo tan numeroso?”. Al Señor complació que Salomón hubiese pedido la sabiduría para gobernar. Dios le dijo: — Porque has pedido esta cosa y no has pedido para ti ni una larga vida, ni la riqueza, ni la muerte de tus enemigos (cosas normales y, bajo un punto de vista legítimas para quien debe gobernar), sino has pedido para ti el discernimiento en juzgar, he aquí que hago como tú has dicho. Te concedo un corazón sabio e inteligente: como tú no ha habido alguno antes de ti ni surgirá después de ti. Te concedo también cuanto no has pedido, es decir, riqueza y gloria como ningún rey tuvo nunca. Si luego caminaras en mis caminos observando mis decretos y mis mandamientos, como ha hecho David tu padre, prolongaré también tu vida” (1 Reyes 3,5-14). En síntesis, podemos decir que Salomón pidió simplemente la sabiduría; y, probablemente, es la sabiduría la que todo aquel comprometido en lo social y en lo político debe pedir al Señor.

¿Pero qué cosa es la sabiduría? La sabiduría, como la santidad, es *prerrogativa y característica típica de Dios*, la realidad divina que existe desde siempre y para siempre: “El Señor me ha creado al inicio de su actividad, antes de todas sus obras, desde entonces, desde la eternidad he sido constituida, desde el principio, desde los inicios de la tierra. Cuando no existían los abismos, yo fui generada...” (Proverbios 8, 22-24). Ha salido de la boca del Altísimo, como de su boca salen la palabra y el respiro: “Yo he salido de la boca del Altísimo y he cubierto como nube la tierra. He puesto mi morada

ahí, mi trono era en una columna de nubes” (Eclesiástico 24,34). Como también la sabiduría es «una emanación de la potencia de Dios, un efluvio genuino de la gloria del omnipotente..., un reflejo de la luz perenne, un espejo sin mancha de la actividad de Dios, una imagen de su bondad” (Sabiduría 7,25-26). La sabiduría, por lo tanto, es característica de Dios; tan es cierto que en la revelación bíblica, a un cierto punto, la sabiduría será personificada; así la sabiduría es Jesucristo mismo, como expresa, por ejemplo, San Pablo (cfr. 1 Corintios 1, 23 -24.3 0).

Y bien, esta sabiduría, que es ante todo prerrogativa de Dios, en la mentalidad bíblica es presentada también de una manera más laica. Ésta designa entonces toda forma de *habilidad en el saber actuar con destreza en todos los campos de la vida*. Sobre todo es *característica típica de los gobernantes*: según la mentalidad bíblica, la sabiduría, que es atributo de Dios, se aplica al arte del gobernar, de un gobernar según el plan de Dios, donde la referencia al plan de Dios es esencial, porque el verdadero conocimiento reside en la ley mosaica y en la fidelidad a Dios (cfr. Isaías 5, 2 1; Deuteronomio 4, 5 - 6) y se funda en el temor de Dios (cfr. Proverbios 9, 10; Eclesiástico 19, 18). Como también la sabiduría es la *capacidad de ver las cosas como son*, en verdad y, en consecuencia operar el discernimiento para comprender estas mismas realidades, y la diferencia entre el bien y el mal, sin llamar bien aquello que es mal y viceversa.

Más integralmente, la sabiduría es vista como *revelación* y, correlativamente, *comprensión del misterio de Dios* (cfr., Colosenses 1): el hombre sabio es aquel al cual se le revela el misterio de Dios y que sabe comprenderlo y acogerlo. Es importante concebir así la sabiduría para quien actúa en el campo social y político: en ese campo, de hecho, se tratan las cosas temporales ordenándolas según Dios; pero para ordenarlas según Dios son importantes la revelación y la comprensión del misterio de Dios, es importante el conocimiento del diseño de Dios. En consecuencia, si no se posee la sabiduría, inevitablemente no se será capaz de ordenar, al menos plenamente, según el diseño de Dios, la típica realidad temporal que es la realidad social y política.

Desde este punto de vista, la sabiduría puede ser vista también como un don y una virtud que tiene que ver con otra virtud, paralela a ella, que es la *prudencia*.

Nosotros frecuentemente entendemos la prudencia de manera reductiva, la vemos como sinónimo de indecisión, de titubeo, de miedo, de buscar hacer lo menos posible, de no arriesgar. Pero esta es una noción imprecisa de prudencia. Esta es, en realidad, así como la más auténtica tradición cristiana nos la ha presentado, la capacidad, no de hacer lo menos posible y de no arriesgar, sino más bien de hacer todo lo mejor posible aquí y ahora, para obtener el fin que debemos obtener. Ciertamente, si es capacidad de hacer lo mejor posible y todo lo mejor posible aquí y ahora, no arriesgarse inútilmente en aquellas cosas que no nos permiten actuar en el mejor modo posible, aquí y ahora, para obtener el fin que debo alcanzar, pero esto último es sólo una consecuencia.

En otros términos, la prudencia hace capaces de identificar y descubrir quizá —y luego de realizar las acciones mejores aquí y ahora y en todo momento— el único fin fundamental que estamos llamados a obtener. Prudente es la persona que, casi instintivamente, por una connaturalidad que se adquiere por don de Dios y porque nos hemos acostumbrado a hacerlo así, identifica inmediatamente el fin a alcanzar y sabe identificar también los medios a usar para alcanzarlo; es más, sabe identificar los medios mejores, o al menos aquellos medios que le parecen como los mejores en este momento de la historia. Para ser prudentes es necesario ante todo saber “razonar” como hombres, conociendo y respetando el plan de Dios y así, viendo como ve Dios, decidir aquello que Dios quiere y decide sobre la historia, para acoger y comprender, reconocer y actuar el plan de Dios en la historia. En este punto la prudencia converge con la sabiduría.

Todo esto tiene *aplicaciones específicas en campo socio-político*. No por nada, en la clásica tradición cristiana, la prudencia es presentada como la virtud típica de los gobernantes. Hoy expresamos la misma cosa con las categorías de “guía” y de “discernimiento”.

Queriendo describir la aplicación específica en campo socio-político podríamos decir que, una vez identificado el fin de la acción

socio-política (que ahora estamos acostumbrados a llamar bien común, interpretado de manera dinámica, universal e integral), es necesario luego buscar e identificar los medios mejores, aquí y ahora, para realizarlo. Para hacer esto, en orden a las decisiones y a los programas, son necesarios también la confrontación, la discusión, la capacidad de pensar y, posiblemente, también un poco de fantasía. Pero simultáneamente es necesario conocer bien la realidad, no sólo con un conocimiento de tipo intelectual y científico, sino también con un conocimiento que muestre la capacidad de amar la situación y la realidad concreta. Por ejemplo, si amo en verdad la realidad que es mi país, mi voluntad y mi inteligencia son llevadas todavía más a comprender a este país en todas sus connotaciones, características y situaciones. De este modo soy inevitablemente llevado a buscar los medios mejores para lograr que la vida en mi país sea estructurada con los criterios auténticos del bien común. En este trabajo, no fácil y que ninguno (ni siquiera el más avezado) puede nunca asegurar de haber hecho de una vez y para siempre, hay la alegría de saber que con nosotros está en la obra la sabiduría de Dios. Es más, como leeremos dentro de poco en el libro de la *Sabiduría* (9, 10), la misma sabiduría de Dios no está sólo en la obra con nosotros, sino que nos acompaña en nuestra fatiga, comparte nuestra fatiga misma en la búsqueda con sabiduría y prudencia de los mejores medios para la realización del bien común.

A la luz de estas reflexiones podemos ahora leer y meditar la oración de Salomón, en la versión del libro de la *Sabiduría* (9, 1-18): “*Dios de los Padres, Señor de la misericordia, que hiciste el universo con tu palabra, y con tu sabiduría formaste al hombre para que dominase sobre los seres por ti creados, administrase el mundo con santidad y justicia y juzgase con rectitud de espíritu, dame la Sabiduría, que se sienta junto a tu trono, y no me excluyas del número de tus hijos. Que soy un siervo tuyo, hijo de tu sierva, un hombre débil y de vida efímera, poco apto para entender la justicia y las leyes. Pues, aunque uno sea perfecto entre los hijos de los hombres, si le falta la Sabiduría que de ti procede, en nada será tenido. Tú me elegiste como rey de tu pueblo, como juez de tus hijos y tus hijas; tú me ordenaste edificar un santuario en tu monte*”

*Santo y un altar en la ciudad donde habitas, imitación de la Tienda santa que habías preparado desde el principio. Contigo está la Sabiduría que conoce tus obras, que estaba presente cuando hacías el mundo, que sabe lo que es agradable a tus ojos, y lo que es conforme a tus mandamientos. Envíala de los cielos santos, mándala de tu trono de gloria para que a mi lado participe en mis trabajos y sepa yo lo que te es agradable, pues ella todo lo sabe y entiende. Ella me gustaría prudentemente en mis empresas y me protegerá con su gloria. Entonces mis obras serán aceptables, juzgaré a tu pueblo con justicia y seré digno del trono de mi padre. ¿Qué hombre, en efecto, podrá conocer la voluntad de Dios? ¿Quién hacerse idea de lo que el Señor quiere? Los pensamientos de los mortales son tímidos e inseguras nuestras ideas, pues un cuerpo corruptible agobia al alma y esta tienda de tierra abrumba el espíritu lleno de preocupaciones. Trabajosamente conjeturamos lo que hay sobre la tierra y con fatiga hallamos lo que está a nuestro alcance; ¿quién, entonces, ha rastreado lo que está en los cielos? Y ¿quién habría conocido tu voluntad, si tú no le hubieses dado la Sabiduría y no le hubieses enviado de lo alto tu Espíritu Santo? Sólo así se enderezaron los caminos de los moradores de la tierra, así aprendieron los hombres lo que a ti te agrada y gracias a la Sabiduría se salvaron».*

Creo en verdad que ésta podría convertirse en la oración normal del cristiano comprometido en lo social y en lo político. Será oportuno revisar algunas expresiones para adecuarlas a la realidad del servicio que habrá de darse y del poder que habrá de ejercitarse en un sistema democrático, pero la sustancia debe permanecer y dar forma, respiro e inspiración a toda fórmula con la cual dirigamos a Dios nuestra oración de súplica.

#### NOTAS

1 CEI - CONSEJO PERMANENTE, *La Iglesia italiana y las perspectivas del País* (23 octubre 1981), n. 13.

2 JUAN PABLO II. *Discurso al III Convenio de las Iglesias italianas en Palermo* (23 noviembre 1995), n. 11, en «L'Osservatore Romano», 24 noviembre 1995, p. 5.

3 G. LAZZATI, *La oración del cristiano*, Ave, Roma 1986, p. 125.

4 G. LAZZATI, *La oración...*, cit., pp. 21-22

5 Cfr. *ibid.*, pp. 129-133

## CAPITULO 6

### ¡ESTAD ATENTOS, VELAD!

#### La vigilancia en la acción socio-política

##### COMO EN LOS TIEMPOS DE SAN AMBROSIO

Cuando en el año 374 Ambrosio se convierte en Obispo de Milán, el *Estado romano* que tiene frente a sí presenta los signos claros de un *resquebrajamiento avanzado*. «El Imperio, aparentemente todavía fuerte y espléndido no tenía ya alma. Pocos creían todavía seriamente en los ideales que habían iluminado y animado el poderío de Roma. La vida política, reducida entonces a pura lucha, frecuentemente cruenta, por el poder, tenía como su única motivación para sus decisiones no el bien común, sino el ansia y la ostentación de un siempre mayor dominio. La familia estaba en proceso de disgregación. La escuela estaba descontrolada por desórdenes intolerables y frecuentes. El mundo del espectáculo y de la diversión, rechazado todo límite y todo control, tendía a superarse continuamente en ferocidad y en inmoralidad. En los confines del Imperio, se acercaban poblaciones inquietas y amenazadoras, que de cuando en cuando penetraban los confines. Era difícil prever el destino, pero parecía inevitable que, tarde o temprano, Roma sería obligada a confrontarse con la irrupción de aquellos pueblos, que eran atraídos por la fantasía del bienestar hacia provincias más fértiles y más desarrolladas. Para superar esta confrontación se requerían valores de compromiso y de cohesión, que en la sociedad romana poco a poco se habían disuelto, casi hasta extinguirse»<sup>1</sup>.

Entre el tiempo de Ambrosio y el nuestro, a pesar de la distancia de muchos siglos, no faltan *evidentes analogías*. El panorama de la civilización occidental, aún con el desarrollo del progreso científico, presenta evidentes síntomas de envejecimiento y de decadencia moral. Insertado en este cuadro general, nuestro país no

es una excepción: se buscan afanosamente ideales fuertes y grandes, pero esto es difícil o, aún más, ni siquiera se logra encontrarlos; se quisiera cambiar y llegar a una situación nueva, pero el camino a recorrer es todavía largo y fatigoso. Las dificultades económicas y, en particular el preocupante hecho de la desocupación permanecen y se agravan; se ha eliminado en gran parte, una clase política, pero la nueva no siempre aparece a la altura de la tarea; los fenómenos de ilegalidad, corrupción y colusión no han terminado todavía de alargar sus tentáculos, la credibilidad de las fuerzas políticas continúa decayendo. Los mismos órganos institucionales son puestos a discusión, se quisiera reformarlos y no faltan conflictos entre ellos; la confianza en la magistratura se debilita cada vez más; se difunden el miedo, la confusión y el sentido de desorientación y no faltan protestas indiscriminadas y formas de reinicio de violencia política. Todo esto concurre a determinar el “eclipse de la legalidad” denunciado ya hace algunos años.<sup>2</sup> Todavía más entristecedora es la crisis moral que ha golpeado a la familia y —como recordaba el Papa en Palermo— algunos síntomas inquietantes y persistentes en el tiempo parecen indicar que el pueblo tiene una relación no buena y no serena con su propio futuro, como resulta, en particular, de la escasez de nacimientos, que da a Italia un triste y casi increíble primado, como si las familias italianas sucumbieran al temor frente a la vida.<sup>3</sup> En síntesis, —son palabras del Papa— “ésta nuestra Italia está viviendo un momento de crisis, que no toca sólo los aspectos más superficiales e inmediatos de la convivencia civil, sino alcanza los niveles profundos de la cultura y del ethos colectivo”.<sup>4</sup>

Frente a este estado de cosas, surge imperiosa una interrogante: *¿todo esto habría pasado si hubiésemos sido más vigilantes?*; “¿nos encontraríamos hoy tan tristes e indignados por tantas situaciones de crisis que ofuscan nuestra vida política y administrativa si hubiésemos sido un poco más vigilantes, si hubiésemos alzado la mirada, ampliando los horizontes más allá de las comodidades o del interés inmediato?”<sup>5</sup>

Esta es una interrogante que a todos nos concierne y nos interpela; exige que nos interroguemos sobre nuestras responsa-

bilidades, no sólo activas, sino también de omisión o de simple distracción.

#### LA NECESIDAD DE VIGILAR

La interrogante apenas recordada nos lleva indiscutiblemente a la *necesidad de vigilar*. Es una invitación y un imperativo que se presenta en muchos textos del Nuevo Testamento. En la enseñanza de Jesús, esta admonición se dirige a todos: «Estad atentos, velad, porque no sabéis cuando será el momento preciso... Vigilad por lo tanto... lo que digo a vosotros lo digo a todos: “Velad” (Marcos 13,33-37; cfr. Mateo 24, 42-51; 25, 1-13. Esto comprende también la necesidad de la oración y es presentada como condición para no entrar en tentación: “Velad y orad, para no entrar en tentación” (Marcos 14,38; cfr. Mateo 26,41; Lucas 21,36. La misma admonición es retomada por los apóstoles: “Vigilad, sed fuertes en la fe, sed hombres, sed fuertes” (1 Corintios 16,13); “sed sobrios, vigilad. Vuestro adversario, el diablo, se mueve buscando a quien devorar» (1 Pedro 5, 8). Se trata de velar sobre uno mismo (cfr. 2 Juan 8) y sobre la propia conducta (cfr. Efesios 5, 15), que involucra a todas las relaciones de la persona (cfr. 1 Tesalonicenses 5, 23).

Vigilar se nos presenta, por lo tanto, como una actitud no marginal sino fundamental de la vida cristiana. Esta, sin embargo, puede parecer una invitación genérica o que se refiere sólo al ámbito religioso, pero no es así.

Vigilar quiere decir ante todo, *espera*. Y vigilar es la actitud de quien espera algo, de quien espera a alguien; esa actitud de la esposa que espera al esposo, de la mamá que espera al hijo, del amigo que espera al amigo, es la actitud del cristiano que espera la venida del Señor. Ciertamente pueden ser diversos los modos de esperar y de vigilar. En la sociedad civil no es vigilante quien espera pasivamente que la situación cambie, viviendo al día, creyendo que no puede hacerse nada. Vigila más bien quien vive *la espera como paciencia*, una espera animada por la convicción de que decir la verdad y actuar en ella es algo que se realiza por sí mismo, sin saber si este compromiso dará fruto y cuándo dará fruto, pero con la certidumbre de que actuar de esta manera tiene un sentido en sí,

no fuese por otra cosa que el de ser una brecha en el muro de la mentira generalizada. El vigilar de quien *espera con esperanza*; es — para decirlo con Havel— “una espera inspirada por la convicción que el grano sembrado pondrá raíces y un día germinará, un día, no sabemos cuándo, quizá para otras generaciones”.<sup>6</sup>

Vigilar no es sólo esperar; es también *tomar cuidado del presente*. Esta dimensión del vigilar, válida en todo momento y en toda situación de la historia, se hace más actual y urgente en tiempos de crisis o de confusión “cuando la falta de perspectivas históricas unida a una cierta abundancia de bienes materiales conlleva el riesgo de adormecer la conciencia en el gozo egoísta de cuanto se posee, olvidando la gravedad de la hora y la necesidad de decisiones valerosas y austeras”.<sup>7</sup> Así es también nuestro tiempo. Es, por lo tanto, un tiempo en el cual se hace más urgente y necesaria la vigilancia; no es el tiempo de la renuncia, sino del valor, de la generosidad y de la tenacidad; es un tiempo en el cual, vigilando, hay que ejercitar la virtud de la fortaleza.

Vigilar es estar despiertos y *atentos para comprender lo que sucede*. Hay por lo tanto, necesidad de hacerse perspicaces y agudos para intuir la dirección de los eventos, de entrenarse y equiparse para realizar un auténtico discernimiento personal y comunitario; estar preparados para enfrentar la emergencia. De ello deriva que “vela una sociedad civil que capta prontamente los signos de su propia decadencia, que se erige contra la corrupción erosionante, que enfrenta el desinterés para con el bien común, que no se resigna a la destrucción de sus instituciones públicas y a la causalidad de sus ritmos vitales, que significan siempre el triunfo de los prepotentes y de los bribones”.<sup>8</sup>

Vigilar es *tener la mirada dirigida a la eternidad*, liberándose de las convenciones y de la esclavitud de las realizaciones temporales. Se trata de liberarse tanto del miedo de desagradar como del ansia de agradar a los otros, de la obsesión de su aprobación y de su aplauso, de la fantasía de un éxito mundano hecho de poder o de dinero y quizá obtenido a toda costa. Es necesario, para esto, considerar la realidad en una visión de plenitud de vida divina, de eternidad, sustrayéndose al yugo de la sola preocupación por lo

inmediato, de la agitación porque las cosas cambian demasiado lentamente y del eficientismo pragmático. De ello deriva una «mirada, y una actuación libre respecto a los bienes, las instituciones, y del mismo consenso social.

Y quien tiene responsabilidades políticas no será esclavo del consenso social, sino más bien un “ministro”, es decir un sabio servidor, preocupado del bien de todos. La vigilancia en la espera del futuro libera al corazón de la servidumbre del presente (del éxito, del dinero, de la fama) y permite vivir el hoy con respeto hacia el otro. Es una mentalidad, antes aún que una serie de comportamientos concretos; es una actitud de responsabilidad y de atención para el cuidado de la cosa pública».<sup>9</sup>

Vigilar significa reconocer que Dios, *en Jesucristo, ha entrado en nuestra historia* y la rescata, rescata nuestro tiempo, y es la palabra de «victoria sobre el mundo y sobre todas sus esclavitudes. De ello deriva la necesidad de reconocer la presencia, de tener tiempo para Dios y de confesarlo como el Señor de la vida y de la historia. Este significado del vigilar es de fundamental relevancia en un momento como el que estamos viviendo. Para rejuvenecer a nuestro mundo viejo y lánguido se requiere el reconocimiento y la apertura a la presencia verdadera de un Dios, que no pueda ser capturado por la lógica y la política mundanas, sino que sigue siendo inspirador intangible y exigente de una vida nueva y de un estilo nuevo de comunidad. Hay por lo tanto, necesidad de recomenzar desde Dios, de *realizar un nuevo encuentro personal y comunitario con Jesús*, único salvador y redentor. «Es de un renovado encuentro como este que el país tiene necesidad»; «sólo en él y a partir de él podemos comprender plenamente al hombre, al mundo y a nuestro país de hoy; podemos orientarnos a la salvación; podemos encontrar libertad, justicia, sentido y plenitud de vida, en el camino hacia la Patria de la eternidad».<sup>10</sup>

#### VIGILAR EN POLÍTICA

También para aquellos comprometidos en campo socio-político, como ya se ha subrayado varias veces, es necesario vigilar. Cuando se nos olvidara esto o, aún más, se opusiese explícitamente a lo que

nos exige este vigilar, la política estaría sujeta a fuertes riesgos, a grandes tentaciones. Es necesario por lo tanto, *vigilar para no caer en tentación*. En la tentación de la divinización del poder, en todas sus formas y con todas las actitudes que se le relacionan. En la doble tentación que está siempre al asecho: la de, por una parte, poseer las cosas y de quererlas dirigir a la propia manera, o la de la otra, de seguir el caminar común afirmando que el realismo de la historia requiere hacer aquello que, desde siempre, han hecho y hacen todos los políticos, sin ilusionarse de poder cambiar el mundo. Y la tentación de actuar guiados por intereses egoístas y animados por visiones facciosas, como también de perseguir sistemáticamente la formación del consenso a través de la viscosidad de acciones clientelares o de presiones de carácter corporativo. Y también la tentación, hoy bastante difundida entre los cristianos, o de la depresión o de la estéril lamentación o irritación por la menor influencia que estos pueden tener en la sociedad, o bien del hacerse a un lado o de encerrarse en la crítica de la modernidad. Es una tentación que puede relacionarse con el método general de hacer política y que se expresa, por ejemplo, en privilegiar de hecho a quien, por el peso económico y social que posee, sabe reivindicar sus derechos individuales o de grupo; cuestionar la función del Estado en la tutela de los más débiles; elevar la ganancia y la eficiencia o la competitividad, subordinando a ella las razones de la solidaridad; vivir la política como lugar del éxito y de escenario de personajes vencedores, que buscan gobernar, sobre la base no de programas pensados y creíbles, sino de promesas o perspectivas genéricas; la difusión de una costumbre política que no busca el encuentro y el diálogo en vista de la verdad, sino que desea gobernar como pura decisión tomada por quien tiene la mayoría o como decisión confiada a la suerte emotiva de un plebiscito.<sup>11</sup>

En el momento de crisis que estamos viviendo, como se ha ya indicado, para vigilar en política es necesario disponer de un estilo de resistencia y de oposición, no ciertamente de manera preconcebida, sino con plena comprensión de las razones y de los valores en juego. Es indispensable, por lo tanto, *revestirse de la*

*virtud de la fortaleza*, como virtud que, en las dificultades y en los peligros, asegura la firmeza y la constancia en la búsqueda del bien. De esta virtud requiere todo cristiano laico, pero de ella tiene ciertamente una gran necesidad quien obra como cristiano en política: para no replegarse y refugiarse en “nichos protegidos”; para no adaptarse y para saber resistir diciendo “no” y sosteniendo la confrontación y la desaprobación social; para defender una tesis o una decisión sentida en conciencia como necesaria; para soportar la fatiga de la mediación histórica y política de los valores irrenunciables para el hombre y para la comunidad. A las tentaciones, desviaciones y corrosión de la acción política no resiste sino “aquél que está vestido de *fortaleza*, virtud que hace ser al hombre según razón, esta especial virtud que sostiene el ánimo en los graves y grandes peligros. No se trata solamente de resistir a las tentaciones que buscan encerrarnos en el estrecho ámbito de nuestras malas tendencias; se trata de vencer los temores que, naciendo de las dificultades de los temas, pueden retardar la voluntad de seguir la razón, a veces, bajo la apariencia de una así llamada *prudencia*. Que si a la prudencia pertenece el ser constante, es propio de la fortaleza, en cuanto virtud especial, sostener la voluntad ahí donde las dificultades particulares de alguna manera pueden distraerla de una decisión racional”.<sup>12</sup> Para acrecentar y vivir la virtud de la fortaleza, en todo caso, es necesario tener alta la mirada, fijándola en aquellas cosas que verdaderamente cuentan, confiando no tanto en nuestras fuerzas, como en la esperanza, en la pasión y en la creatividad suscitadas en nosotros por la fuerza inspiradora del Espíritu, que obra también en este momento de transición.

También en el hacer política, es necesario *reconocer la presencia victoriosa de Dios*: es ésta una actitud fundamental para vigilar. Se trata, en esta perspectiva, de vivir el compromiso socio-político como instrumento creado por Dios para el bien de todos, desarrollado según el orden trazado por Dios (cfr. *Romanos* 13,1 -2). Se trata de recordar que al cristiano que se compromete en estos ámbitos no se le pide solamente ser honesto y transparente y reconocer y promover al hombre, su dignidad, sus derechos. Se le pide

más bien hacer todo esto y, por lo tanto, “servir” al hombre y al bien común según los valores del Reino de Dios proclamados en el Evangelio, iluminado por la sabiduría que viene de Dios y con la misma fuerza de caridad que le viene del don del Espíritu de Jesús. Desde este punto de vista, para quien en política desea comprometerse como cristiano, el vigilar implica que se comprometa a nutrir la propia vida y la propia acción con la Palabra de Dios, con la oración, con el continuo descubrimiento del diseño de Dios sobre el hombre y el mundo, con el diálogo con los hermanos en la fe. Sin este alimento y sin una participación verdadera y constante en la vida de la Iglesia, aquel que quiere comprometerse como cristiano en política no logrará ofrecer toda la contribución que de él se puede esperar.

Vigilar en política implica también la *ascesis* de quien, gobernándose a sí mismo, sabe vivir con libertad, energía, moralidad, honestidad y perseverancia también la responsabilidad de la cosa pública. Esta *ascesis* comprende diversos aspectos y conoce múltiples vertientes. Es capacidad de renunciar a muchos bienes para tener el corazón libre: no son sólo la renuncia a la voluntad de tener éxito; también renuncias a algo lícito, de manera tal de no aprovechar todo cuanto se puede tener y hacer. La misma *ascesis* se convierte en discernimiento de las propias pasiones, que en política pueden ser muy fuertes, no viendo todo y a todos según la óptica restringida y unilateral de las propias y legítimas decisiones y de las propias y legítimas posiciones partidistas, sino ser capaces de considerar a las personas como tales y de confrontarse con libertad interior con las posiciones de los otros. Al discernimiento de las pasiones se acompaña el de las diversas personalidades que están en nosotros: se trata, es decir, de vigilar para que no se desarrolle la tendencia, presente en nosotros, de servirse del bien común para sí y para la propia parte, sino más bien propiciar que emerja y se afirme aquella que quiere plegar el bien propio y la propia parte, ordenándolos al bien común. Ni se debe olvidar el discernimiento que conduce a reconocer el valor relativo de los bienes y, por lo tanto, a distinguir, también en política, entre las realidades que permanecen y a las cuales no se puede abandonar (como la verdad,

la justicia, el amor, la paz) y aquéllas que son contingentes, efímeras y pasajeras (como el éxito, el dinero, la fama.)

A este propósito, así se expresaba Santa Catarina de Siena en una carta escrita *A los señores defensores de la ciudad de Siena*: “Es un mal poseer la cosa prestada si antes no se gobierna y señorea a sí mismo. Una señoría prestada es la señoría de las ciudades u otras temporales, las cuales son prestadas a nosotros y a los otros hombres del mundo, las cuales son prestadas por un tiempo, según le place a la divina bondad y según las formas y las costumbres de los países. Aquel que señorea a sí mismo las poseerá con temor santo, con amor ordenado y no desordenado, como cosa prestada y no suya”. Nuevamente encontramos la referencia a la vigilancia como *ascesis*, cuando leemos que no es de buenos políticos “si antes no se gobierna y se señorea sobre sí mismo”. Pero —a través de la categoría de la «señoría prestada»— resalta también otro aspecto que debemos vigilar en política, que podría ser descrito como *responsabilidad*, o bien como el *rendir cuentas de aquello que se hace*, en la nítida conciencia de que la acción socio-política concierne a la realidad que no nos pertenece, pero nos es prestada y debe ser tratada según precisos criterios. Esto significa, ante todo, que el poder, en cuanto nos es confiado, debe ser conservado y promovido como bien de otro y de todos y no puede ser usado de manera o para interés privado. En segundo lugar, ya que el poder político es un bien prestado y, por tanto, deberá restituirse, el político por una parte “se compromete a hacer todo para tener éxito, para llegar, para operar lo que retiene útil para servir al bien común, por la otra sabe, y debe saber, que un día deberá restituir el mandato. [ ... ] El político debe cultivar otros intereses, a fin de que al término del su compromiso no tenga la sensación de encontrarse en cero, de no saber que cosa hacer, sensación que actúa como amenaza para renunciar a la política”<sup>13</sup>: se trata, es decir, de saberse retirar en el momento justo, no dejando, sin embargo, el vacío tras de sí, sino habiendo cultivado nuevas vocaciones al compromiso. En fin, es necesario hacer que el poder político dé frutos para toda la colectividad y según criterios de tipo solidario para que beneficie verdaderamente al bien común.



**NUTRIR LA ESPERANZA**

Varias veces, en las reflexiones hasta aquí desarrolladas, ha aflorado el tema de la esperanza, virtud típica de quien vigila. Es necesario, entonces, que quien se compromete a nivel socio-político se dedique a *nutrir esta esperanza*.

Esta *no consiste* en el optimismo de quien prevé tener éxito, de lograr realizar aquello que se ha propuesto. No es ni siquiera la simple confianza en la bondad de la propia causa, que sin embargo adquiere valor en el propio compromiso y ejercita su capacidad de influjo positivo y estimulante. La esperanza debe hacer cuentas con el riesgo del fracaso, porque no hay una protección divina que asegure un éxito inmediato, no se pueden usar medios inmorales (aunque sí, a veces, dieran éxito inmediato) y no se puede querer el poder como fin en sí mismo.

La *esperanza fundada en Dios* es la esperanza propia de quien vigila: es auténtica virtud teologal, que reconoce la “supremacía” de Cristo; que es la esperanza de Abraham y de Pablo que no se deshacen de frente a las ciudades en decadencia. La esperanza cristiana, de la cual el político cristiano debe nutrirse, “es aquélla que no desilusiona nunca. Es la esperanza que imita a Abraham, que supo enfrentar la evidencia en el sacrificio de Isaac, que “esperó contra toda esperanza”, en la certidumbre de que Dios no dejaría incumplida su promesa (cfr. *Romanos* 4, 18s.).

Es una promesa que garantiza la eficacia y la permanencia de toda acción humana que sea realizada en vista del reino de Dios. La eficacia de esta esperanza no está en la garantía del logro del objetivo inmediato previsto, sino más bien en la segura confianza de que todas las potencias del mal, reunidas, no podrán apagar el valor que todo objetivo honestamente perseguido representa”.<sup>14</sup>

Garantía y alimento de esta esperanza es la contemplación de las “cosas últimas”, de la vida eterna. Quien de hecho, se pone en contemplación de la Jerusalén celestial se siente movido e iluminado en la construcción de la ciudad del hombre; quien espera en la vida eterna, crece también en la esperanza de poder amar de manera eficaz y de poder ejercitar en verdad la caridad política.

El cristiano comprometido en política, nutrido por esta esperanza, sabe aceptar sin dramatizar el hecho de que es parte de una minoría; sabe ser ardiente, jugando todo sobre la base de principios, sabiendo también que, en un momento, puede ser derrotado y humillado; sabe tener tanta paciencia, aceptando que será inactual mañana, porque sabe que la eficacia es un gran bien, pero que la coherencia es un bien mayor; no deja de trabajar por la democracia, teniendo seguridad firme de que ésta no es una forma superada, sino que debe ser continuamente apoyada para poder madurar.

Hay necesidad de esta esperanza tanto más cuanto más la lucha política se presenta ardua y compleja. Sin esta virtud no es oportuno que un cristiano entre en política; con esta virtud él o ella puede lanzarse a la lucha política, haciendo a un lado la esclavitud de la necesidad del éxito inmediato a toda costa. Con esta esperanza, vale la pena lanzarse a la lucha: no se puede continuar a llorar o a lamentarse; requiere asumir la dificultad de la misión hasta el fondo, hasta dar la vida.

“La política tiene un fin: lograr que sea razonable continuar a cultivar la esperanza”, decía Benigno Zaccagnini. Y agregaba, repitiendo un dicho de la región Emilia-Romagna: «Si es de noche, se hará de día. Sí, aunque quizá no de inmediato, vendrá el día. No vendrá sin embargo como fruto de astucia, o de imposición, o de poder incorrecto. Vendrá, si sabemos vigilar y crecer en la esperanza que no desilusiona.»

**NOTAS**

1 G. COLOMBO, *San Ambrosio ayer y hoy* (6 de diciembre de 1974), en Ídem, *Discurso a la ciudad*, Vida y Pensamiento, Milán 1992, pp. 17-18.

2 Cfr. CEI - Comisión Eclesial «Justicia y Paz», *Educación en la legalidad* (4 de octubre de 1991), nn. 6-9.

3 Cfr. JUAN PABLO II, *Discurso al III Convenio de la Iglesia italiana en Palermo* (23 de noviembre 1995), n.7 en “L'Osservatore Romano», 24 de noviembre de 1995, p.5.

4 Ibid. , n.4.

5 C.M. MARTINI, *Sto alla Porta*. Carta con motivo del bienio pastoral 1992-1994 sobre «Vigilar» (6 de agosto 1992), n. 25, Centro ambrosiano de documentación y estudios religiosos, Milán p. 54.

6 En referencia al discurso pronunciado en el otoño de 1992 por V. Havel en la Academia de la ciencia moral y política, en Praga. A este discurso hace referencia el cardenal Martini en sus meditaciones sobre política el 13 de diciembre de 1992 (cfr. C. M. MARTINI, *La paciencia política*, en Ídem, *Vigilar* 1992, Dehoniane, Bolonia 1993, pp. 593-601)

7 C. M. MARTINI, *Sto alla porta*, cit., n.2.

8 C. M. MARTINI, *Sto alla porta*, cit., n.7.

9 *Ibid.*, n.25.

10 JUAN PABLO II, *Discurso al III Convenio de la Iglesia italiana en Palermo* (23 de noviembre de 1995).

11 Cfr. C. M. MARTINI, *Hay un tiempo para callar y un tiempo para dialogar. Discurso para la fiesta de San Ambrosio* (6 de diciembre de 1995), ITL, Milán 1995, pp. 13-15.

12 G. LAZZATI, *La espiritualidad del hombre político* en, Ídem, *Pensar políticamente*. I. *El tiempo de la acción política*. Ave 1988, p.125.

13 C. M. MARTINI, *El trabajo político como realidad espiritual. Condiciones posibles para la sana política* (23 de octubre de 1992) en Ídem, *vigilar, corresponder, dialogar e intervenir* 1992, Dehoniane, Bolonia 1993, pp. 526-527.

14 C. M. MARTINI, *La esperanza política del cristiano* (12 de marzo de 1988) en Ídem, *Ética, política, conversión*. 1988, Dehoniane, Bolonia 1989, p. 133.

## CAPITULO 7

### TODOS HAN PERDIDO, TODOS SON CORRUPTOS

#### La hora de una nueva responsabilidad

##### UNA SITUACIÓN COMPROMETIDA

No hay necesidad de describir con muchas palabras la situación comprometida en la cual nos encontramos: basta vivir hoy y sentir todo aquello que sucede todos los días. Es una situación que no cesa de suscitar interrogantes, extravío, desconcierto. Y todo esto puede llevar al desconsuelo.

No queremos sin embargo, dar espacio a actitudes estériles de derrotismo y de desánimo. Nos dejamos más bien iluminar por la Palabra de Dios. Así leemos en el Salmo 14(13):

Dice en su corazón el insensato: «No hay Dios».

Corrompidos están, de conducta abominable,

No hay quien haga el bien.

Se asoma Yahvé desde los cielos

hacia los hijos de Adán,

por ver si hay un sensato,

alguien que busque a Dios.

Todos ellos están descarriados,

En masa pervertidos.

No hay nadie que haga el bien,

*Ni uno siquiera.*

¿No aprenderán todos los agentes de mal

que comen a mi pueblo

como se come el pan,

y a Yahvé no invocan?

Allí de espanto temblarán

donde nadie hay que espante,

que Dios está por la raza del justo:

de los planes del desdichado os burláis,  
Mas Yahvé es su refugio.  
¿Quién traerá de Sión la salvación de Israel?  
Cuando cambie Yahvé la suerte de su pueblo  
*Exultará Jacob, se alegrará Israel.*

La situación está gravemente comprometida: todos son corruptos, todos han perdido, ya ninguno hace el bien, ni siquiera uno. Lo que describe el salmista es, por lo tanto una *sociedad que se desmorona*.

Pero es importante comprender *el por qué*. El salmo lo dice desde el inicio: «El insensato piensa: “No hay Dios”»; y todavía más adelante: «No invocan a Dios». Estamos, por lo tanto, en una sociedad en la cual se ha perdido el sentido de Dios, se ha reducido el sentido religioso.

Y he aquí la palabra de esperanza: no es una esperanza que se contenta con alguna pequeña precaución, como si bastase cambiar alguna “regla del juego”. ¡No! *Es necesario regresar a Dios*, porque solo de Él puede venir la salvación: “¡Venga de Sión la salvación de Israel cuando el Señor reconducirá a su pueblo, exultará Jacob y alegrará Israel”.

Esta es, en la raíz, también *nuestra situación de hoy*. Nuestros problemas no son sólo políticos o institucionales; son más profundos, de orden moral. Es lo que dicen todos, aunque luego parece que se están buscando soluciones que olvidan la radicalidad de los problemas en juego. Pero también hay más: está en juego el mismo sentido religioso: se trata de reconocer que Dios es el todo bueno, el bien supremo, y sólo Él constituye la base irremovible y la condición insustituible de la moralidad. Si se quiere que se inicie una real renovación de nuestro país, se puede y se debe recordar que «la renovación política exige la renovación social, la renovación social exige la renovación cultural, la renovación cultural exige la renovación moral y ésta última exige la renovación religiosa».<sup>1</sup>

#### MORAL Y RENOVACIÓN POLÍTICO-SOCIAL

La necesidad de un profundo cambio parece viva en todos: todos lo invocan, hasta el punto de considerar a veces que lo “nuevo” es un

bien sólo porque es nuevo, cayendo así en actitudes y formas muy discutibles de “nuevismo”. Quizá, sin embargo, no en todos está claro que implica la realización de este necesario cambio. Sobre éste tema, vale la pena retomar un pasaje de la encíclica *Veritatis splendor*: “Frente a las graves formas de injusticia social y económica y de corrupción política en las cuales están inmersas naciones y pueblos enteros, crece la indignada reacción de muchísimas personas pisoteadas y humilladas en sus fundamentales derechos humanos, por lo que se profundiza y difunde cada vez más la necesidad de una radical renovación personal y social capaz de asegurar justicia, solidaridad, honestidad y transparencia. Ciertamente largo y fatigoso es el camino a recorrer; numerosos e ingentes son los esfuerzos a cumplir para que se pueda actuar esta renovación, precisamente debido a multiplicidad y gravedad de las causas que generan y alimentan las situaciones de injusticia hoy presentes en el mundo. Pero, como la historia y la experiencia de cada quien nos enseñan, no es difícil encontrar en la base de estas situaciones causas propiamente de ‘cultura’, es decir ligadas con determinadas visiones del hombre, de la sociedad y del mundo. En realidad, en el corazón de la cuestión cultural está el sentido moral, que a su vez se fundamenta y se cumple en el sentido religioso”.<sup>2</sup>

Quien quiera continuar comprometiéndose hoy a nivel social y político debe saber que lo que está en juego no es nada menos que esta importantísima cuestión, por lo tanto se requiere de un gran compromiso, pero creo que también nos llena de entusiasmo. Esto requiere la presencia y la acción de hombres verdaderos, de nuevos y convencidos constructores de una nueva convivencia social.

Nos podremos interrogar también sobre cuáles deben ser las nuevas reglas, pero no es suficiente. Hacer sólo esto quiere decir perder tiempo y no construir, porque faltarían las bases sólidas sobre las cuales la casa puede colocar sus cimientos y resistir a todas las adversidades. Se podrá también construir una casa mejor que antes, pero esta no resistirá si no se tiene el valor de ir hasta los cimientos.

Y esto se nos pide ante todo a nosotros los cristianos, que tenemos muy en el corazón el futuro de nuestro país, porque tene-

mos en el corazón el presente y el futuro de todo hombre y de toda mujer, que en Cristo reconocemos como hermanos.

Nos interrogamos sobre qué implica aceptar este desafío. Creo que podemos responder así:

- hay necesidad de renovar nuestra tensión hacia la verdad;
- hay necesidad de ofrecer un testimonio ejemplar de vida y de compromiso;
- hay necesidad de renovar y fundar adecuadamente nuestra confianza;
- hay necesidad del compromiso de todos.

#### LA TENSIÓN HACIA LA VERDAD

Tender hacia la verdad quiere decir ante todo *retornar a Dios*. Así lo escribía don Mazzolari en junio de 1946 a los parlamentarios del Congreso Constituyente: “Si deseáis el bien del pueblo, no le podéis quitar el Primer Bien. Sin Dios no se hace el hombre, y de la Constitución que se avergonzara de Él deberán avergonzarse muy pronto los nuevos italianos”.

Regresar a Dios no significa sólo reconocer que existe y que tiene algo que decirnos hoy; no significa ni siquiera sólo vivir por parte nuestra una cotidiana relación con Él en la escucha de su palabra y en la vida sacramental. ¡Ciertamente que todo esto es importante e ineliminable!

Regresar a Dios significa también *ponerse a su servicio*, convencidos de que la misma acción social y política es ante todo servicio a Él, a su plan de salvación, a su proyecto sobre el hombre y sobre el mundo. Como también significa *acoger el don de su mismo amor*, de su caridad, con la certeza de que es con este preciso amor que se nos da y se nos pide servir al hombre, viendo en él la imagen viviente de Dios; es con este preciso amor que se nos da y se nos pide dar nuestra contribución a la vida social y política, y así reconstruir también en medio de nosotros el sentido de la comunidad y el sentido del Estado.

Todavía más, tender a la verdad significa *reconocer que existe una verdad* a respetar y encarnar también en el campo social y

político: «El Bien supremo y el bien moral se encuentran en la verdad: la verdad de Dios Creador y Redentor y la verdad del hombre por Él creado y redimido. Sólo en esta verdad es posible construir una sociedad renovada y resolver los complejos y pesados problemas que la golpean».<sup>3</sup>

Hablar de verdad quiere decir hablar de *valores*, aquellos que tienen que ver con el primado de la persona, con la trascendencia, con una coherente visión de la sociedad, con la subsidiariedad, con la solidaridad. Son los valores que nos propone la *Doctrina Social de la Iglesia* y que conciernen, en particular, a la persona, al respeto de la vida humana, a la familia, la libertad de enseñanza, la solidaridad, la promoción de la justicia y de la paz.<sup>4</sup>

Parece que hoy muchos, si no con obras, con palabras, se refieren al menos a alguno de estos valores y muchos parecerían dispuestos a aceptarlos y darles relevancia social y política. *Pero esto no nos debe engañar*. No se debe olvidar que frecuentemente, no obstante las afirmaciones, la tendencia de hecho —en Italia como en Europa— es a marginar todo aquello que parece relacionado con una visión cristiana de la realidad: «Las tendencias que hoy se dirigen a debilitar a Italia son negativas para Europa misma y nacen también de un *fondo de negación del cristianismo*. En una perspectiva así se quisiera crear una Europa, y también una Italia, que sea aparentemente “neutral” en el plano de los valores, pero que en realidad colabore a la difusión de un modelo de vida tipo post-ilustración. Esto se puede ver en algunas tendencias que operan en el funcionamiento de instituciones europeas. Contra la orientación de aquellos que fueron los padres de Europa unida, algunas fuerzas, actualmente operantes en esta comunidad, parecen más bien *reducir el sentido de su existencia y de su acción a una dimensión puramente económica y secular*».<sup>5</sup> Si esta es la situación —afirma el Papa— «a Italia, de conformidad con su historia, se le confía de manera especial la tarea de *defender para toda Europa el patrimonio religioso y cultural* injertado en Roma por los apóstoles Pedro y Pablo. De esta tarea precisa deberá tener clara conciencia la sociedad italiana en el actual momento histórico, cuando se realiza el balance político del pasado, de la post-guerra al día de hoy».<sup>6</sup>

A la luz de estas consideraciones, se hace todavía más urgente *regresar en verdad a los valores* indicados por la Doctrina Social de la Iglesia. Debemos dudar de quien —como sucede frecuentemente hoy— no se interroga ya y no se confronta ya sobre los contenidos y sobre los fines a perseguir con el propio compromiso. En otras palabras, la situación actual no desmiente, sino al contrario, subraya la necesidad de aclarar propuestas políticas cristianamente inspiradas; estas requieren no sólo una renovación de las personas y de los modelos organizativos, sino aun antes, un proyecto social y político orgánico que, a partir de la inspiración cristiana, tenga en mente el bien y el progreso de la nación entera.

Y vale la pena no olvidar que *sobre estos valores*, comprendidos en su singularidad y en su globalidad, *no se pueden dar divisiones entre los cristianos*. Valen para todos y son comprometedores para todos. Ahora bien otra cosa es encontrarse unidos también en la acción política con idénticos instrumentos para la salvaguardia de estos valores, esta es una cuestión que se confía a la libertad y a la responsabilidad de los laicos. Pero no es ciertamente “criticable” vivir también en este tema una “tensión unitiva”; ni sería “criticable” por sí “mismo” encontrarse unidos en una eventual fuerza política que hiciera referencia de manera orgánica a la Doctrina Social de la Iglesia tomada en su plenitud. Toca a los laicos, en su madurez, interrogarse y decidir sobre el tema: concientes de que de la única fe no necesariamente se deben derivar idénticos programas y operar idénticas decisiones políticas, sino mediante un “prudencial juicio histórico”, los mismos laicos deberán identificar qué cosa, en el actual momento histórico y en la actual organización institucional y electoral es más oportuno hacer para servir mejor al país, contribuyendo, a la luz de su inspiración, a la edificación del bien común.

En todo caso, no se puede aceptar la lógica de la “diáspora cultural”.<sup>7</sup> *Sobre los valores* que la Doctrina Social de la Iglesia propone *no son posibles descuentos de ningún tipo*. Y cuando se trata de valores esenciales y éticamente relevantes, los cristianos deben estar dispuestos a todas las formas de resistencia y de oposición. Lo que no significa que los cristianos puedan detenerse sólo en la

reproposición de éstos valores con repetidas aclaraciones de principio. Ellos deben identificar los instrumentos de *traducción práctica de estos valores*, que puedan ser compartidos con otros. De aquí la necesidad de saber elaborar con *propuestas políticas* —con las indispensables mediaciones y categorías que esto implica— los valores derivados del patrimonio de la fe. Se trata de un esfuerzo de *mediación antropológico-ética*, que constituye quizás uno de los compromisos más importantes y más urgentes para los cristianos en la actual coyuntura. Esta traducción y mediación deben poder conjugar el respeto pleno de todos los valores en juego, sin ningún descuento sobre la doctrina o sobre la moral cristianas, con su proposición eficaz y convincente en el plano cultural, de las ideas, de los juicios y de la praxis corriente, para así permitir también una traducción legislativa que sea parte de un sentido democrático en la sociedad civil. Es necesario desde este punto de vista, que los cristianos sean capaces de mostrar que las propuestas presentadas por ellos están en posibilidad de producir auténticas ventajas y una real mejoría en la convivencia para todos. Al hacer todo esto, además, es deseable y necesario que —como ha recordado el Papa en Palermo<sup>8</sup>— los cristianos comprometidos en política, a cualquier formación política pertenezcan, sepan encontrarse y dialogar, *superando toda estéril lógica* de partido, para ayudarse recíprocamente a operar en línea coherente con los valores comunes profesados y para encontrar, si fuera posible, líneas comunes de intervención y de acción.

#### TESTIMONIO EJEMPLAR DE VIDA

Hay necesidad, para renovar a nuestra nación, de ofrecer un ejemplar testimonio de vida.

Este testimonio ejemplar implica ante todo *dedicación y servicio*, vividos con estilo evangélico, como bien sabemos, un estilo hecho de amor y de desinterés, en la concreta disponibilidad de perderse a sí mismos, al propio tiempo y a las propias cosas, sin subordinar nunca el bien general al bien e interés particular, sin buscar nunca una ventaja económica, social y política para sí mismo, para la propia familia, el propio grupo. El estilo evangélico,

además, exige hacerse servidores apasionados y fieles hasta el fondo, pero no nos asegura siempre el éxito inmediato. Lo importante es hacer todo aquello que está en nuestras posibilidades: “Reducir la mala situación del prójimo no siempre es posible: no basarnos en la miseria de los pobres es siempre posible. Es el primer deber, el primer testimonio cristiano [ ... ] Si alguien cambia el ritmo de la propia vida porque ha llegado al Senado o a la Cámara de Diputados, si se deja llevar por la conveniencia de un mayor bienestar personal o familiar, esta persona ya ha sido juzgada. No se puede recibir, antes de haber dado: no se puede nunca tomar cuando los pobres no tienen”.<sup>9</sup> El testimonio ejemplar, está hecho de *coherencia y honradez*. Coherencia con los valores que se quieren y se deben encarnar; honradez que nos hace evitar todo mal, toda actitud incorrecta por el hecho mismo de que es incorrecto, aunque parezca que pueda sernos de inmediata ventaja: aún en política, de hecho, el fin alcanzado no justifica los medios, si estos son equivocados. Nos parece iluminante e incisivo al respecto un texto de la relación de apertura de Martinazzoli a la Asamblea Constituyente de la Democracia Cristiana, en julio de 1993: “El mal y la deshonestidad privada han siempre existido. El problema de la interrelación perversa entre administración de las cosas de todos e intereses, a veces legítimos en su origen y sin embargo prevaricadores, y a veces radicalmente ilícitos, no está destinado a desaparecer. Pero en los años 80 en mucho hemos sido cínicos. Han caído las tradicionales defensas, porque estaban ligadas a un modo de mirar la vida que apareció de improviso como arcaico y hasta patético. Nos hemos equivocado todos: quien era honesto ha omitido la vigilancia o la denuncia. Todos gradualmente nos hemos acostumbrado a tolerar hasta las más frecuentes y siempre más vistosas pérdidas de gusto y de pudor. Hemos aceptado la ecuación del político astuto y amigüero como sustancia del político capaz y afortunado, en una palabra del político ‘moderno’. Y sin embargo, la idea de que no sea extravagante conjuntar sobriedad de vida y ejercicio de las funciones públicas deberá volver a habitar nuestras conciencias si queremos dar nuevamente dignidad y autoridad a la experiencia política. Es una promesa que debemos solemnemente pronunciar en el mo-

mento mismo en el cual buscamos un nuevo camino. Esto se le debe a un intento de reconciliación: con la sociedad y con nuestros ideales”.

En consecuencia, el testimonio ejemplar que se nos pide es, reconocer y *recordar que algunos comportamientos son siempre inmorales*, porque están en contraste con la dignidad humana y con la dignidad de la misma acción política, que es acción eminentemente humana. Esto vale en toda la vida social, económica y política.<sup>10</sup> Deben por ello evitarse, por ejemplo: el hurto, el tener deliberadamente cosas recibidas en préstamo y objetos perdidos, el fraude en el comercio, los salarios injustos, la elevación de los precios especulando en base a la ignorancia y necesidad de otros, la apropiación y el uso privado de los bienes sociales de una empresa, los trabajos mal realizados, el fraude fiscal, la falsificación de cheques y de facturas, los gastos excesivos, el desperdicio, etc. Como también se debe recordar, con referencia más directa al ámbito político, que “la veracidad en relaciones entre gobernantes y gobernados, la transparencia en la administración pública, la imparcialidad en el servicio de la cosa pública, el respeto de los derechos de los adversarios políticos, la tutela de los derechos de los acusados en procesos y condenas sumarias, el uso justo y honesto del dinero público, el rechazo de medios equívocos o ilícitos para conquistar, mantener y aumentar a toda costa el poder, son principios que encuentran su raíz primera — como también su singular urgencia — en el valor trascendente de la persona y en las exigencias morales objetivas de funcionamiento de los estados”.<sup>11</sup>

Para poder ofrecer un testimonio ejemplar es también necesario *crecer en algunas virtudes*, como por ejemplo: la templanza (para moderar el acercamiento a los bienes de este mundo), la justicia (para respetar los derechos del prójimo y darle cuanto se le debe), la solidaridad (para estar en verdad atentos a las necesidades de todos y vivir con firme determinación el propio compromiso para el bien común), el sentido de humanidad (para así ver siempre en cada uno, al hombre que se debe respetar), la prudencia (para identificar mejor lo que puede ser hecho aquí y ahora), la sinceridad (para así saber conjugar respeto de la verdad y búsqueda del

consenso), la separación (para saber dejar todo lo necesario cuando llega el momento de separarse).

En fin, vale la pena subrayar una vez más que, para estar en posibilidad de ofrecer este testimonio, hay necesidad de una *formación constante* simultáneamente eclesial, cultural y política. Desde un punto de vista eclesial, mediante la catequesis y la formación espiritual de cada uno, se experimentan itinerarios precisos capaces de hacer crecer en la escucha y en la adhesión a la Palabra, en la docilidad al espíritu, en la comunión fraterna, en la gratuidad del servicio, en la simplicidad de la vida, en el saber estar en medio a la gente con particular y preferencial atención a los pobres y a los últimos, en la solidaridad operante.

A nivel cultural, «hay necesidad de volver a “pensar en grande”, superando la difusa tentación de contentarse con la búsqueda de soluciones provisionales y de pequeño cabotaje, en posibilidad sólo de compensar los diversos intereses en juego, pero incapaces de interrogarse y converger en una visión de más amplio alcance. Es necesario, para esto, interrogarse y confrontarse sobre aquello que es verdaderamente justo y pleno de valores en el vivir social: todo esto exige investigación, estudio, análisis, confrontación, diálogo, meditación, discernimiento, en vista a la capacidad de “pensar políticamente y de realizar una digna proyección de nuestro convivir económico-social”<sup>12</sup>. Es para todos saludable, la provocación de Giuseppe Lazzati: “¿Estamos preparados para ‘pensar políticamente’?, para pensar la construcción y la gestión de la ciudad del hombre de manera que todo —desde la economía, a la escuela; desde las instituciones locales, a los medios de comunicación; de la salud, a la diversión— sea ideado para el hombre, para todo el hombre, para todos los hombres y no de una manera que el hombre desaparezca en lo indistinto ante otros fines que emergen como principales. es probable que la respuesta deba ser negativa y que imponga, a cuantos lo pueden y lo deben, afrontar un problema tan comprometedor para buscar la solución. De otra manera, ¿para qué valen ‘jeremiadas’ que se quedan sólo en esto? ¡Solamente para acrecentar el número de aquellos que se refugian en lo «privado» y dejan que las cosas vayan como van!”<sup>13</sup>.

Por lo que se refiere, en fin, a la específica formación *política*, “es necesario que las fuerzas sociales y políticas retomen el desarrollo de una auténtica cultura política. Esta, no puede reducirse a la sola propuesta de medios e instrumentos técnico-políticos, separados de toda consideración de los valores y de la indispensable elaboración cultural. Esto significaría por una parte, confiar la acción política a ‘aprovechados’ o incompetentes o, por la otra, reducir la política a un pragmatismo carente de todo ideal: soluciones que no pueden ser aceptadas por ninguno que tenga verdaderamente en su corazón la suerte del país”.<sup>14</sup>

#### FORTALECER LA CONFIANZA

Frente a la multiplicidad de estos desafíos y de estas tareas no se debe, sin embargo, perder el valor. Es necesario más bien *fortalecer nuestra confianza*. Es una confianza que se fundamenta en la convicción de que la *crisis puede ser guiada*, las cosas se pueden cambiar, la degradación de la sociedad puede evitarse. Es necesario creer en ello y quererlo, empleando cada uno las propias capacidades de colaboración para el bien común.

Todavía más, para nosotros cristianos, es una confianza que lleva a vivir la responsabilidad de la acción social y política como *profesión de fe*. Nosotros, de hecho, sabemos que vale la pena comprometerse no tanto porque nos basamos en nuestra propia capacidad, en el yo de los otros, en la bondad de las estructuras. Vale la pena comprometerse y se puede comprometer con confianza, porque se funda sobre la certeza de que Jesucristo ha vencido al mundo (cfr. *Juan 16,33*), ha destruido al pecado en todas sus formas y expresiones, ha llevado la salvación a toda realidad, incluida la social y política. Vale, por lo tanto, la pena, combatir por objetivos buenos, porque todo el poder del mal no podrá nunca destruir todo lo que Cristo atrae a sí en base a la fuerza de su resurrección y pone bajo su señorío universal.

La nuestra, es una confianza que funda sus raíces en la certeza de que *no estamos solos en la obra*. Con nosotros está en acción el espíritu de Dios, que nos ilumina y nos guía desde dentro... y estamos ciertos de que Dios nos ama a nosotros y a nuestro mun-

do más de cuanto podemos amarlo nosotros. Nosotros tenemos y debemos tener confianza porque sabemos (cfr. *Sabiduría* 9, 10) que la misma sabiduría de Dios no sólo está obrando con nosotros, sino que nos fortalece en nuestra fatiga de buscar con sabiduría y prudencia los nuevos medios para la realización del bien común.

Para nosotros la confianza se acompaña, finalmente, a la *esperanza*: esa es virtud cristiana que, fundándose sobre la fidelidad de Dios, nos permite ver en todo, aún en la más pequeña afirmación de los valores del Reino una realidad que dura eternamente y, por esto, se transforma en fuerza de compromiso en la construcción de un mundo nuevo en medio de las contradicciones de la historia.

#### INVITACIÓN AL COMPROMISO

Todas las reflexiones detalladas hasta aquí nos llevan a afirmar con fuerza y convicción que el ahora que estamos viviendo es la *hora de una nueva responsabilidad*. Esta nos pide ser activos y ser adultos, no esperando que en toda circunstancia los otros o las instituciones estatales se muevan y actúen en nuestro lugar.

No nos es lícito y no sirve continuar a lamentarse; ni podemos limitarnos a deplorar las lagunas, los conflictos, los errores. Es necesario, en cambio, comprometerse a dar una respuesta a los ya viejos problemas y males sociales; es indispensable *readquirir el sentido y el deseo de participación*. Nos debe guiar la convicción de que “El compromiso de los cristianos, y especialmente de los laicos, en todo ámbito de la vida social, incluida la política, en sincera y operante sintonía con la doctrina de la Iglesia, es parte a pleno título de la evangelización. Ninguno por lo tanto puede descargarlo sobre otros y sentirse personalmente dispensado. Las dificultades que no faltan, los riesgos, los sacrificios, el peso de las limitaciones y errores, no son un motivo para hacerse atrás sino para purificar y fortalecer el compromiso. Este, es más que nunca necesario en la coyuntura histórica que nuestro país está atravesando”.<sup>15</sup>

Toca, por lo tanto, a nosotros. Para nosotros *es la hora de los hechos*, del compromiso. Resuenan hoy las palabras de don Mazzolari: “Hacedlo vosotros, construid vuestro partido; no lo dejéis hacer a los pocos que se han apropiado su suerte, basándose

en el desinterés y pasividad de los demás”.<sup>16</sup> Haced vuestro partido y reconstruid el tejido social de nuestro país!

No nos debemos hacer atrás, *ni nos podemos dejar dominar por tentaciones de fuga*. Escuchemos todavía a don Mazzolari: “Escucho decir que algunos, para no enfermarse, quisieran escapar del mundo. De acuerdo: una celda es mucho más descansada que una silla en el Parlamento. Pero en una celda no siempre hay más cercanía con Dios. Todo testimonio es una tempestad de ánimo. Permaneced por lo tanto, como permanece el centinela en las avanzadas, como permanece el capitán sobre la nave que se hunde, permaneced como debe permanecer un cristiano donde lo coloque Dios: también sobre la cruz”.<sup>17</sup> A ninguno se le permite cultivar estados de ánimo o perspectivas de fracaso; no podemos estar en la ventana o aceptar encerrarnos en las sacristías en lo privado. Hay que tener presencia. El ausentismo, el refugio en lo privado, la delegación en blanco no son lícitos a ninguno, pero para los cristianos son pecado de omisión”.

#### CONCLUSIÓN

Como ya fue señalado, el momento histórico que estamos viviendo requiere de la presencia de hombres verdaderos, de auténticos hombres y mujeres “libres y fuertes”, dispuestos a dar su desinteresada y valerosa contribución para la renovación por todos deseada.

Sus características pueden ser descritas así, tomando cuanto ha dicho Mons. Nicora hace algunos años: «Han salido de nuestras parroquias, donde pronto han comenzado a aprender a interesarse por los demás y a servir con simplicidad y concreteza. No tienen una compañera, sino una legítima esposa, sabia y trabajadora, ajena a aspiraciones de “first lady”, porque han aprendido a no violar el séptimo mandamiento con la excusa de observar ya el sexto, sino también a no violar el sexto autoproclamándose observantes del séptimo. No son expertos en vanagloriarse de su honesto trabajo, que aprecian más que a la política, y que es condición de su libertad frente a ella y a los posibles condicionamientos de las secretarías. A altas horas de la noche van a dormir porque están cansados, no frecuentan los “night” y el carnaval lo festejan en el oratorio



junto con sus hijos. No aman la publicidad de los fáciles ayunos y detestan la política espectáculo y la ladina confusión entre el hombre en el mundo y las payasadas con fines electorales. Se preocupan de las cosas concretas, que responden a las necesidades de la gente, y son incapaces de hacer discursos abstractos y difíciles. Saben vencer sin perder la cabeza y sin convertirse en arrogantes; y saben perder sin satanizar a los adversarios o hacer a un lado los compromisos. Tienen la conciencia recta y no se venden al mejor postor, porque para ellos la conciencia vale todavía más que un puesto público. No tienen complejos de identidad, porque creen en el valor de su honesto y modesto servicio, felices de poderlo realizar en el gran surco de la tradición católico-democrática. (...)No asumen una actitud de super-católicos, que predicán bien y razonan mal, aprendiendo demasiado rápido las malas artes de aquellos a quienes justamente critican, porque están convencidos que el fin no puede justificar los medios, ni entre cristianos. Están listos para irse cuando llega su hora pero no para abandonar el estilo de simplicidad y de servicio que es ya, para ellos, como una segunda naturaleza. Y cuando nos encontramos para meditar juntos sobre la Palabra de Dios y para orar «por todos aquellos que están en el poder» (1 *Timoteo* 2,2), su corazón arde» como el de los discípulos de Emaús (cfr. *Lucas* 24,32) y renuevan el propósito de regresar a la ciudad a publicar aquel singular anuncio que es el suyo: participar en la construcción de la ciudad de los hombres “por amor del Señor” (*Pedro* 2, 13), “comportándose como hombres libres, no sirviéndose de la libertad como de un velo para cubrir la malicia sino como servidores de Dios” (*Pedro*, 2,16), listos para toda obra buena” (*Tito* 3, 1), porque en ella todos “podemos transcurrir una vida calmada y tranquila en toda piedad y dignidad” (*Timoteo* 2,2), y “así se le cierre la boca a la ignorancia de los insensatos” (*Pedro* 2,15)

Sí, la situación actual no es fácil; pero hombres así han sido y así existen. ¡Toca ahora también a nosotros hacer que cada vez sean más!

Escuchemos nuevamente una afirmación de Sturzo y dejémosnos provocar por ella: «No es de todos hacer la política, sino de aquellos que tienen las dotes. Como todo arte, la política tiene sus

grandes artífices y sus peones; naturalmente estarán también los vividores; el público tiene sus predilectos también entre los vividores..<sup>20</sup>

¡A ustedes elegir! ¡Que ninguno sea un vividor! Pero para que esto suceda hay necesidad de un verdadero “complemento de alma”, que permita asumir en plenitud la responsabilidad grave y entusiastamente de la hora presente.

#### NOTAS

1 D. TETTAMANZI. op.cit.

2 JUAN PABLO II, *Veritatis Splendor*, n. 98.

3 JUAN PABLO II, *Veritatis Splendor*, n.99.

4 Cfr. JUAN PABLO II, Discurso al III Convenio de la Iglesia Italiana en Palermo (23 de noviembre), n. 10, en *L'Osservatore Romano*, 24 de noviembre de 1995, p.5.

5 JUAN PABLO II, La responsabilidad del Católico de frente a la fe en el actual momento histórico. Llamada a una gran oración del pueblo italiano. (6 de junio de 1994), n.4.

6 *Ibid.*

7 Juan Pablo II, Discurso al III Convenio Eclesial de la iglesia italiana en Palermo, n.10.

8 Cfr. JUAN PABLO II, Discurso al III Convenio, cit.

9 P. MAZZOLARI, Exhortación a los parlamentarios cristianos, en “Popolo di Mantova” 6, junio 1948.

10 Catecismo de la Iglesia Católica n. 2408-2413 y Juan Pablo II, *Veritatis Splendor*, n. 100.

11 Juan Pablo II, *Veritatis Splendor*, n. 101

12 Comisión Diocesana Justicia y Paz-Diócesis de Milán “Construyamos juntos el bien común” (19 marzo 1993).

13 G. Lazzati, Rescatar la Política, Pensar políticamente, Ave, Roma, 1988, pág. 342-343.

14 Conferencia Episcopal Lombarda, Educar a la participación socio-política, Milán 1989.

15 C. Ruini, Conferencia a la XXXVIII Asamblea General de la CEI (25 octubre 1993).

16 P. Mazzolari, A los parlamentarios de la Asamblea Constituyente.

17 P. Mazzolari, Exhortación a los parlamentarios cristianos.

18 CEI, La Iglesia Italiana y las perspectivas del país. (23 octubre 1981) n. 33.

19 A. Nicora, Educación a la Caridad Política, en Actas del Convenio Diocesano “Hacerse prójimo”, Milán 1987

20 L. Sturzo, Política y moral (1938), Conciencia y Política (1953), Zanichelli, Bolonia, 1972 p. 233.

## CAPÍTULO 8

### YO HAGO NUEVAS TODAS LAS COSAS

#### Para un renovado compromiso social y político

##### EL ICONO DEL APOCALIPSIS

Iniciamos esta reflexión haciendo referencia al trozo del *Apocalipsis* (21,1-7) en el cual encontramos el icono —“Yo hago nuevas todas las cosas”— fue el lema de la III Reunión de la Iglesia italiana, celebrada en Palermo en noviembre de 1995. Este es el trozo:

*“Luego vi un cielo nuevo y una tierra nueva, porque el primer cielo y la primera tierra desaparecieron y el mar no existe ya. Y vi la Ciudad Santa, la nueva Jerusalén, que bajaba del cielo, de Dios, pronta como una esposa se adorna para su esposo.*

*Y oí entonces una voz fuerte que salía del trono: ‘He aquí la morada de Dios con los hombres. Pondrá su morada entre ellos y ellos serán su pueblo y Él, Dios-con-ellos, será su Dios. Y enjugará toda lágrima de sus ojos; y no habrá ya muerte, ni lamento, ni fatigas, porque el mundo viejo ha pasado’.*

*Y Aquel que está sentado en el trono dijo: ‘Mira que hago un mundo nuevo’, y agregó: ‘Escribe, estas son palabras veraces. Me dijo también: Hecho está; Yo soy el Alfa y el Omega, el Principio y el Fin; al que tenga sed, daré gratuitamente agua de la fuente de la vida. Esta será la herencia del vencedor, yo seré Dios para él, y él será mi hijo’.*

Al centro del trozo está el discurso de Dios sentado en su trono. Es Él quien habla y no sus ángeles, como frecuentemente sucede en el Apocalipsis. Esto ya sugiere la importancia del discurso que se presenta. Y ¿qué cosa dice? “He aquí, yo hago nuevas todas las cosas”.

Para comprender bien el sentido de este fragmento, es necesario situar las cosas nuevas respecto a las viejas, recordando los

versículos de Isaías al cual hace referencia el Apocalipsis: «No recordéis más las cosas pasadas, más las cosas antiguas. He aquí, que yo lo renuevo» (Isaías 43, 18-19). Para el profeta, la cosa nueva es el regreso del exilio, el fin de la condición de esclavitud, la cosa vieja es el exilio del pueblo a Babilonia, el aplastamiento de la comunidad civil y religiosa, el Estado de subyugación injusta. A esta situación vieja se contraponen la nueva que es el retorno, la reconstrucción de la libertad, la renovada libertad de la vida del pueblo.

También en el trozo del Apocalipsis, la novedad está puesta en el contexto de las *cosas viejas* ya mencionadas, que contienen luto, lamento, anhelo, muerte, lágrimas. *Las cosas nuevas* son, entonces, el salir de la condición dolorosa de pecado y de las consecuencias del pecado en que se encuentra la humanidad; es el nuevo cielo y la nueva tierra, la nueva Jerusalén, en contraposición a un cielo y a una tierra antiguos, a un antiguo orden de cosas y a una vieja Jerusalén agitada y apesadumbrada por sus rivalidades.

Andando más a fondo y dejándonos guiar por el trozo leído, podemos tratar de entender el sentido de esta novedad a partir de las tres imágenes usadas por san Juan.

- La *ciudad* ante todo: se trata de una nueva convivencia, en la cual hay lugar para todos; se trata de vida segura, plenamente desarrollada, protegida; se trata de una condición en la cual hay intercambio, comunicación, reciprocidad.
- La *esposa*: es decir que la humanidad es transformada a la capacidad de responder a Dios con el mismo amor, un amor que es suscitado por Él mismo y que implica una verdadera comunicación de vida con Él.
- La relación *padre-hijos*: para subrayar que la nueva humanidad conocerá a Dios por aquello que Él es y cesará toda rebelión y toda protesta de autonomía que conduce a la muerte.

Pero ¿Cuándo se cumplirá todo esto? Se trata de un *cumplimiento ultramundano*: la Jerusalén nueva «desciende del cielo», y esto significa que es realidad escatológica, que está más allá de

todo aquello que el hombre puede hacer; es un don de Dios que se cumplirá en los tiempos últimos. Esta no se identifica ni siquiera con la Iglesia, aunque si ayuda a comprender la realidad ya actual de la Iglesia y de su misión en el mundo. Realidad escatológica, pero no un sueño; es *realidad ya presente*. A este respecto se nota, entre otras cosas, que cuando Dios anuncia las cosas nuevas, el verbo no está en el futuro (yo haré), sino en presente (“yo hago nuevas todas las cosas”). Dios está ya actuando para renovar al mundo; Él agrega que estas cosas nuevas “han sido cumplidas”, para decir que la Pascua de Cristo es ya la novedad de Dios, la novedad que hace nacer a la Iglesia y anima su existencia.

No obstante sus límites y pecados, *la comunidad cristiana* ya ahora se puede y se debe pensar como “morada de Dios con los hombres”, porque en su seno Dios ya obra, renovando la vida de aquellos que se someten al soplo del espíritu. Esto no lleva a una mentalidad sectaria, sino de servicio, porque la Iglesia se percibe como un signo e instrumento de esta “morada de Dios con los hombres”. De ello deriva que, en la comunidad cristiana, sus miembros deben operar para que se realice una nueva convivencia que, si no es la Jerusalén celeste, sí anticipa, sin embargo, las características de comprensión recíproca, de comunión y de fraternidad. Y todo esto como signo, estímulo y contribución para un nuevo modo de ser también para la sociedad entera.

Podemos decir, por lo tanto, *en síntesis*, que estamos frente a una *perspectiva positiva* y optimista, que *concierna ante todo a la comunidad cristiana*. El Apocalipsis, en otras palabras, nos da la certeza, originada en la fe, de que la historia humana, después de tantos dramas y aún en las tinieblas que frecuentemente la caracterizan, se encamina hacia una meta positiva, constituida por la victoria del Señor, la renovación de todas las cosas, la reconciliación con Dios y entre los hombres. Se trata, por lo tanto, aun en la oscuridad de nuestros días, de leer la historia como tensión hacia esta victoria definitiva, sin dejarse dominar por el desánimo ante tantas cosas negativas que nos circundan.

Al mismo tiempo, el Apocalipsis nos dice que esta historia nueva (esta “Jerusalén celeste”) es ya deber en Jesucristo y es rea-

lidad, aunque en modo germinal, en quien está en Él, es decir en el cristiano y en la comunidad cristiana. Estos “cielos nuevos” y esta “tierra nueva” no están lejos de nosotros y no constituyen un simple sueño: se está ya realizando en la lógica de la semilla que germina. La comunidad cristiana es signo de todo esto. Ella lo es si, en el reconocimiento del primado de Dios, sabe ser y vivir como “Comunidad alternativa”, es decir, como convivencia caracterizada por relaciones fundadas en el Evangelio y, por lo tanto, en una sociedad fragmentada y caracterizada por relaciones conflictivas, rígidas y formales, sabe vivir relaciones solidarias, espontáneas, atentas a las personas.<sup>1</sup>

#### PARA UN RENOVADO COMPROMISO SOCIAL Y POLÍTICO

Todo esto va bien en referencia a la comunidad cristiana. ¿Pero que cosa diré en *orden al compromiso social y político* de los cristianos? Con el cardenal Martini, «frente a la palabra creativa del Apocalipsis, nosotros nos preguntamos: ¿cuales son para nosotros las cosas nuevas y las cosas antiguas? ¿La cosa vieja es quizá la primera República? ¿es quizá la situación de colusión política-negocios de la cual estamos saliendo con tanta fatiga? ¿es quizá la situación de universal acusación de todos contra todos, de venenos, de sospechas sistemáticas, que tanto nos aflige? ¿es quizá la situación de deploración estéril de nuestros males o de inercia frente a los grandes desafíos sociales y morales? Son probablemente todas estas cosas.<sup>2</sup>

Por lo tanto, si es así ¿cuál es la tarea de los cristianos, si quieren —como deben— ser “alma del mundo”, levadura que hace fermentar la masa, fuerza de transformación para la sociedad entera, para que esta sea construida en verdad como ciudad del hombre, a medida de todo hombre y de todos los hombres?

Con mucha sencillez, quisiera tratar de recordar algunos puntos que creo fundamentales y que valen también en este momento que estamos viviendo.

#### RELATIVIDAD E IMPORTANCIA DE LA POLÍTICA

El Apocalipsis nos ha hablado de “tierra nueva y cielos nuevos”, de una “nueva Jerusalén” (de una nueva ciudad y convivencia, por lo

tanto), pero nos ha dicho que todo “desciende de Dios” y es obra suya. En otros términos, la salvación y la verdad y plena realización del hombre y de auténticas relaciones de justicia, amor y solidaridad son fruto de la obra de Dios y de su Espíritu. *La política*, por lo tanto, *no es suficiente*, no basta.

Hay una inexorable *desproporción entre la profundidad y el valor absoluto* de los valores a cuyo servicio *la política se pone y la parcialidad y precariedad de los instrumentos* de los cuales la política dispone. El cristiano sabe que la salvación —entendida como respuesta verdadera y plenamente resolutive de las urgencias más profundas del corazón del hombre— no puede venir de la política, aunque la sociedad lograra organizarse de manera más racional y eficaz. Y hay por lo menos *dos razones*. La primera es que la política pertenece al orden de los medios y no de los fines: su tarea es la de predisponer las condiciones institucionales e instrumentales que pueden ofrecerse como medio y como ocasión para poder lograr los auténticos valores que hacen verdaderamente humana la vida de los hombres. La segunda razón es que la política —para decirlo con San Pablo— pertenece a la “escena de este mundo que pasa” (1 *Corintios* 7,31): ella es parte de esta situación humana concreta que está toda en el signo de la precariedad, en tanto la respuesta que puede dar verdadero sentido al destino del hombre exige trascender los límites de la escena de este mundo que pasa y alcanzar la eternidad y la intensidad de la vida misma de Dios.<sup>3</sup>

El sentido de este “límite” estructural e innato de la política debe ser permanentemente reconocido. Cuando esto no sucede, se encuentran dos resultados negativos: el *ingenuo* del integralismo, que sueña con poder “cristianizar” a los hombres a través de una suerte de “cristianización de las estructuras sociales”; el de cargar *a la política de esperanzas escatológicas* y de invertir todo en ella, como si casi bastara realizar (de manera cruenta o en forma “democrática”) alguna “revolución política” para que las cosas pueden cambiar a fondo.

Relatividad de la política, por lo tanto. Pero esto no significa que ésta no tenga valor y que, por lo tanto, nos podamos eximir de comprometernos en ella, hasta llegar al “rechazo de la política”

quizá en nombre de un equívoco “compromiso con lo social”. Es así a partir de la fe en Jesús y en su acción de salvación que *el sentido del compromiso político se reconquista profundamente*. Jesucristo, de hecho, no nos sustrae a las responsabilidades de la vida de este mundo; al contrario: nos lleva adentro de la historia de este mundo para continuar en su nombre la obra que Él ha iniciado durante su vida terrena. «Jesús había venido ciertamente en primer lugar a anunciar la liberación del pecado y el don de la vida nueva de hijos de Dios, pero juntamente había testimoniado con palabras, gestos y milagros, la necesidad de liberar al mundo también de todas las consecuencias deshumanizantes del pecado, comprendidas aquellas “sociales”. Y nos ha mandado, a aquellos que creemos en Él y que nos honramos en ser sus discípulos, continuar en el mundo su misión, mostrando la originalidad de la concepción del hombre, la capacidad de transformación renovadora, la fuerza de dedicación que viene de la caridad, mostrándolas no sólo para anunciar como Iglesia, en fidelidad a la propia tarea primaria, el Evangelio de salvación y el perdón del pecado, sino para luchar contra toda consecuencia del pecado, aún contra aquellas consecuencias que asumen forma institucional y social y se convierten en elementos negativos y retardatarios frente a una auténtica promoción integral del hombre».<sup>4</sup> En esta perspectiva, entonces, el compromiso social y político, aún con el límite estructural ya recordado, adquiere toda su importancia y su valor.

#### NECESIDAD DEL COMPROMISO Y DE “REGRESAR A LA POLÍTICA”

A la luz de estas consideraciones fundamentales, nace otra reflexión que concierne la necesidad, inmutada si no incrementada, del compromiso de los cristianos en campo social y político y, por lo tanto, de “regresar a la política”.

Se trata, de hecho, —en obediencia a las indicaciones del Concilio<sup>5</sup>— de “no reducir la fe al ámbito privado y de no condenarla a la irrelevancia para la vida social”.<sup>6</sup>

La *tentación* para la Iglesia y para los cristianos *de huir de la ciudad* y de retirarse al desierto es una tentación permanente y recurrente. Esta está enraizada en la conciencia, aunque sea con-

fusa, de que la Iglesia puede vivir en cualquier régimen y quizá logrando vivir un testimonio más trasparente del Evangelio. A veces —por algunos discursos— parece casi que sea del todo indiferente el tipo de sociedad en la que se vive: lo importante —se dice— es testimoniar el Evangelio. Ciertamente que esto es importante, pero la Iglesia y el cristiano no pueden abandonar a sí misma a la ciudad de los hombres. Nosotros estamos en la historia para ayudarla a realizarse cada vez más según los valores del Reino de Dios, al cual la historia entera está orientada. No podemos renunciar a *ser una gran fuerza social* que ofrece toda su propia contribución para el bien del país. Así se expresaba Juan Pablo II en su carta a los Obispos italianos en la Epifanía de 1994, reflexionando sobre la situación italiana en el contexto europeo y mundial: «La caída del comunismo en Europa central y oriental ha provocado también en Italia un nuevo modo de mirar a las fuerzas políticas y a sus relaciones. Se han escuchado voces según las cuales, en la nueva estación política, *una fuerza de inspiración cristiana habría cesado de ser necesaria*. Se trata sin embargo de una valuación errada, porque la presencia de los laicos cristianos en la vida social y política no sólo ha sido importante para oponerse a las varias formas de totalitarismo, comenzando por el comunista, sino que es todavía necesaria para expresar en el plano social y político la tradición y la cultura cristiana de la sociedad italiana.[...] Tanto menos se puede aceptar la idea de que el Cristianismo, y en particular la Doctrina Social de la Iglesia [...] hayan cesado de ser, en la actual situación, el fundamento y el impulso para el compromiso social y político de los cristianos. *Los laicos cristianos no pueden*, por lo tanto, precisamente en este decisivo momento histórico, *sustraerse a sus responsabilidades*”.<sup>7</sup>

Estas afirmaciones del Santo Padre me parece se imponen con toda su actualidad y urgencia si se tienen presentes los desafíos que tenemos en frente y la situación en la cual nos encontramos. Hay necesidad, por lo tanto, —como ha sido dicho por muchos— de “regresar a la política”. Esta es más que nunca necesaria para afrontar los dramáticos desafíos que tenemos enfrente. Si los católicos han dispersado su unidad, esta es la hora de no

dispersar la conciencia frente a los desafíos que conciernen a la política, la economía, las finanzas, los medios de comunicación, la investigación científica, los temas de la vida, y a la escuela.

Esta necesidad de *regresar a una política verdadera* debe ser considerada *en el actual contexto*—del cual se tiene que tomar nota (lo que no significa expresar un juicio)— caracterizado por la *dispersión de los católicos* en diversas (demasiadas) formaciones políticas y, por lo tanto, de la búsqueda de una nueva modalidad de su presencia. Al respecto, así se expresaba el Papa en Palermo, con afirmaciones que requieren ser retomadas y profundizadas: “La Iglesia no debe y no tiene que involucrarse con alguna elección de formación política o de partido, como tampoco expresa preferencias por una u otra solución institucional o constitucional, que sea respetuosa de la democracia auténtica (cfr. *Centesimus annus*, n. 47). Pero esto no tiene nada que ver con una “diáspora” cultural de los católicos, con considerar toda idea o visión del mundo compatible con la fe, o también con su fácil adhesión a fuerzas políticas y sociales que se opongan, o no presten suficiente atención, a los principios de la Doctrina Social de la Iglesia sobre la persona y el respeto de la vida humana, sobre la familia, la libertad escolástica, la solidaridad, la promoción de la justicia y de la paz. Es más que nunca necesario, por lo tanto, educarse en los principios y en los métodos de un discernimiento no sólo personal, sino también comunitario, que permita a los hermanos de fe, aunque se coloquen en diversas formaciones políticas, dialogar, ayudándose recíprocamente a obrar en lineal coherencia con los valores comunes profesados”.<sup>8</sup>

Sin duda, la época que estamos viviendo es de fuerte transición, de vivir con un sólido sentido ante la *responsabilidad histórica* que espera a los cristianos. Tal responsabilidad consiste ciertamente en mirar al trabajo en el cual estamos inmersos con profunda libertad de espíritu, aunque cueste: se trata de reconfirmarnos en la convicción de que, precisamente porque somos «extranjeros y peregrinos» respecto del mundo (1 *Pedro* 2, 11), en el sentido paradójico del cristianismo, somos también los más libres de frente a las formas históricas en las cuales este mundo se va identificando de tiempo en tiempo.

Esta misma responsabilidad, sin embargo, debe también expresarse en la línea no de un simple y pasivo registro de las transformaciones, sino de un compromiso perspicaz y tenaz para guiar de alguna manera la innovación y la transición. Y esto no ya en vista de quien sabe cual papel hegemónico en el país, sino para la realización del bien común, en la convicción de que cuanto la antropología cristiana tiene que decir sobre el tema es ventajoso para todos.

Todo esto me parece que exige de los cristianos una más verdadera, *genuina y fuerte acción de compartir valores*. Para tal fin, hay la necesidad de volver a “pensar en grande”, superando la difusa tentación de contentarse con buscar soluciones provisionales y de pequeño cabotaje, orientadas a la posibilidad sólo de compensar los diversos intereses en juego, pero incapaz de interrogarse y converger en una visión de mayor amplitud. Es necesario, para ello, interrogarse y confrontarse sobre todo aquello que es verdaderamente justo y pleno de valores en el vivir social. Todo esto exige investigación, estudio, análisis, confrontación, diálogo, mediación, discernimiento, en vista de la capacidad de “pensar políticamente” y de realizar una digna proyección de nuestra convivencia económico-social. Esto significa también—si se me permite recordarlo— un compromiso quizá mayor y más claro de cuanto no se vea en los programas políticos, en los que hoy parece que el problema sea casi exclusivamente el de las necesarias alianzas partidistas.

No debe olvidarse—sin que esta observación sea indebidamente tachada de “nostalgia”— que, en asumir la responsabilidad histórica que he señalado, no es criticable buscar el mayor grado de unidad posible. En todo caso no me parece que esta responsabilidad, aún en un sistema mayoritario con sus verdaderas o presuntas exigencias, consista en ese espectáculo indecoroso y humillante que los cristianos no han sabido evitar en un reciente pasado: parece casi -se me perdone la crudeza- que los cristianos luchen a más no poder por dividirse y no, como nos enseña el Apóstol, a estimarse recíprocamente (cfr. *Romanos* 12, 10).

Precisamente a partir de aquí es indispensable que, regresando a la política, se de paso a reafirmar y a vivir la *centralidad de la*

*acción cultural.* El llamamiento es a la urgencia de elaborar un verdadero y propio proyecto cultural cristianamente inspirado (casi teniendo en mira la transcripción para el hoy de aquello que ha sido en los años cuarenta el “Código de Camaldoli”: empresa ciertamente realizada por algunos intelectuales, pero hecha posible por la presencia de una cultura compartida a nivel de mentalidad ampliamente difundida). Esto, obviamente, no se entiende como un “replegarse” o una fuga a lugares menos problemáticos, después de que los espacios de acción política se han hecho más conflictivos y difíciles. La acción cultural, en cambio, tiene que ver con una mentalidad difundida a la que hay que reorientar (quizá incluso en el así llamado mundo católico) e implica la elaboración y difusión de ideas, proyectos e hipótesis de solución acerca de las grandes temáticas objeto de debate en nuestros días.

#### UN ESTILO “ALTERNATIVO”

Existe también una *cuestión de estilo* que debe caracterizar a los creyentes comprometidos en política.

Si, como hemos dicho leyendo el Apocalipsis, el fruto de la novedad operada por Jesús es también el de una convivencia fundada en relaciones no conflictivas, no rígidas, no formales, esto significa que los cristianos deben ofrecer su contribución para que así pueda ser cada vez más la vida social, si se quiere tener al hombre como fin y como medida.

En esta óptica, creo no sea para nada ingenuo e impertinente subrayar que, entre los cristianos, aún en política, más allá de toda otra norma y regla democrática (que deben respetarse), el *criterio supremo* debe ser *el de la caridad*. Una caridad que, por otra parte, exige no realizar “contra-testimonios escandalosos” para la sociedad (cfr. 1 Corintios 6,1-8) y que debe ser vivida aquella virtud de la “*humanitas*”—como la llama el Concilio<sup>9</sup>— que consiste en el reconocerse y respetar en el otro, aún en el adversario, al ser humano y su dignidad: sin esta y otras virtudes humanas, nos recuerda el mismo Concilio, no puede haber ni siquiera verdadera vida cristiana. El cardenal Ruini decía a este propósito al Consejo Permanente del Episcopado de marzo de 1995: “Llegue a todos la invitación

cordial a sustraerse de la lógica no noble ni previsoría para la cual aquel que objetivamente me está más cercano se convierte en mi primer adversario”.<sup>10</sup>

Y agregaba, “téngase presente en toda situación o circunstancia la sentencia del Concilio Vaticano II «que a ninguno es lícito reivindicar exclusivamente en favor de la propia opinión la autoridad de la Iglesia’ (*Gaudium et spes*, n. 43)». <sup>11</sup> La consecuencia entre otras es que las diversidades o las divisiones en las elecciones políticas no deben transferirse al interior de la Iglesia; a menos que se deba tristemente reconocer que son ya contraposiciones o divisiones en la Iglesia, que luego reverberan también en ámbito político: si así fuera, la conversión que se nos pide sería todavía más radical. En todo caso, se debe estar escrupulosamente atentos y vigilantes a no servirse de la Iglesia para sostener y hacer aceptar las propias posiciones en campo socio-político y, por lo tanto, algo más sutil, a no confundir las propias posiciones con aquellas de la Iglesia.

*Todo esto desde un punto de vista que llamaría “negativo”. Pero hay algo que debe afirmarse también a nivel “positivo” y “propositivo”, que me permito explicar con las palabras claras del cardenal Ruini: “Las comunes referencias ideales y culturales, sostenidas en la adhesión a la Doctrina Social de la Iglesia, no pueden no traducirse en posiciones concordantes y en decisiones convergentes especialmente cuando el encuentro y diálogo políticos y los pronunciamientos legislativos tocan aspectos esenciales e irrenunciables de una correcta y no mutilada o deformada concepción del hombre. Ahí en donde esto no sucediera, por la presión de lógicas de partido, por la búsqueda del consenso a toda costa o por cualquier otro motivo, sería forzoso reconocer que la inspiración cristiana se reduce, al máximo, a un hecho privado, y que se le desaparece del ejercicio de las responsabilidades políticas y civiles”. <sup>12</sup>*

#### HOMBRES NUEVOS Y ORACIÓN

Hay, sin embargo, una última consideración que es esencial. Hemos dicho, leyendo el Apocalipsis, que la novedad aportada por

Cristo es ya realidad, pero bajo la lógica de la semilla, en quien se deja transformar por Él.

Hay necesidad, por lo tanto, de una *conversión profunda*, de un profundo cambio moral. Hay necesidad de una radical renovación personal y social, capaz de asegurar justicia, solidaridad, honradez y transparencia.<sup>13</sup> Para hacer renacer al país, el camino es largo y fatigoso. No basta ni la necesaria concordia entre los partidos, ni una nueva consulta electoral: o bien cada uno de nosotros resurge desde adentro, haciéndose guiar por la voz de la conciencia o todos los discursos no sirven para nada.

Hay necesidad de hombres verdaderos, transformados interiormente. Este es un compromiso grande, pero creo también entusiastamente

Así escribía, de manera lapidaria, el cardenal Schuster en diciembre de 1946: “*Nova aggrediuntur novi. Interim orandum assidue* (Las cosas nuevas pueden ser emprendidas sólo por hombres nuevos. Entre tanto se debe orar mucho)”.

Sí, no parezca una cosa extraña: *se debe orar mucho*. Se debe buscar un modo de orar que haga madurar una conciencia política; es necesario redescubrir y practicar la oración como adoración silenciosa del Misterio en escucha de la Palabra de Dios. Quien en la oración reconoce y acepta la realidad del Misterio presente en todas las mujeres y en todos los hombres, prueba que está vivo dentro de sí el respeto hacia todos, también hacia aquellos que cuentan menos.

Así, enraizado en la adoración del Misterio, siente crecer la responsabilidad hacia todas las personas y todas las estructuras que condicionan la existencia.<sup>14</sup>

Lo decía el Papa en Palermo: “Sí, queridos hermanos y hermanas, digámoslo en voz alta, con verdadera convicción del corazón: *no hay renovación, aún social, que no parta de la contemplación*. El encuentro con Dios en la oración inserta en los pliegues de la historia una fuerza misteriosa que toca los corazones, induce a la conversión y a la renovación, y precisamente con esto se convierte también una potente fuerza histórica de transformación de las estructuras sociales”.<sup>15</sup>

## CONCLUSIÓN

Quisiera concluir, como he iniciado, con una palabra de *confianza y de esperanza*: “Estamos todos dentro de una *gran dificultad* de la cual no nos es permitido separarnos o salirnos. El profeta del Apocalipsis transmite a la Iglesia la certeza de que la novedad nacida y florecida con Jesucristo en la historia, no obstante y antes bien precisamente dentro del contradictorio y dramático intercalarse de las vicisitudes humanas, en las que el misterio de la iniquidad establece su áspera lucha contra el diseño divino de salvación, crece y se refuerza para fructificar en plenitud en la ‘nueva Jerusalén’ (*Apocalipsis* 21,2)”.<sup>16</sup>

Esta certeza se funda en un hecho: como recuerda también el libro del *Apocalipsis* (12,7-9), el Señor ha ya vencido al mundo; Él ha ya derrotado al gran dragón, la antigua serpiente, aquel que seduce a toda la tierra: éste ha sido ya precipitado sobre la tierra y con él todos sus ángeles.

A nosotros toca sólo hacer de tal manera que esta victoria de Cristo ejercite su influjo y manifieste toda su fuerza salvífica dentro de nosotros y alrededor de nosotros, en nuestra misma sociedad.

## NOTAS

1 Cfr. C. M. MARTINI, *Recomencemos desde Dios...Carta pastoral para el año 1995-1996*, nn. 28-31, ITL, Milán, pp. 32-36

2 C. M. MARTINI, *Memoria del encuentro conclusivo de la escuela diocesana de formación en el compromiso social y político*, Milán, 17 de junio de 1995

3 Cfr. A. NICORA, *Educación en la caridad política*, en *Actas del Convenio diocesano «Farsi prossimo»* (Archivo ambrosiano, 58), Centro ambrosiano de documentación y estudios religiosos, Milán 1987, pp. 65 - 66.

4 A. NICORA, *Educación en la caridad política...*, cit., p. 67.

5 Cfr. *Gaudium et spes*, nn. 75 - 76.

6 C. RUINI, *Introducción al consejo permanente de la CEI* (27 de marzo de 1995), n. 5, en «L'Osservatore Romano», 27 - 28 de marzo de 1995, p. 9.



7 JUAN PABLO II, La responsabilidad de los católicos de frente a los desafíos en el actual momento histórico. Llamada a una gran oración del pueblo italiano (6 de junio de 1994), nn. 5 - 6.

8 JUAN PABLO II, Discurso a la III Reunión de la Iglesia Italiana en Palermo (23 de noviembre de 1995), n. 10, en «L'Osservatore Romano», 24 de noviembre de 1995, p. 5.

9 Cfr *Apostolicam Actuositatem*, n. 4.

10 Cfr. C. RUINI, Introducción al consejo permanente de la CEI (27 de marzo de 1995), n. 5....

11 Ibid.

12 C. RUINI, Introducción al consejo permanente de la CEI (25 de septiembre de 1995), n. 10, en *Avvenire*, 26 de septiembre de 1995, p.5.

13 Cfr. JUAN PABLO II, *Veritatis splendor*, n. 98.

14 Cfr. P. PARISI, La política «con las manos juntas», en «*Avvenire*», 11 de noviembre de 1995, P. 24

15 Discurso a la III Reunión de la Iglesia Italiana en Palermo, n. 11.

16 Bosquejo de reflexiones en preparación a la Reunión de Palermo, n. 8.